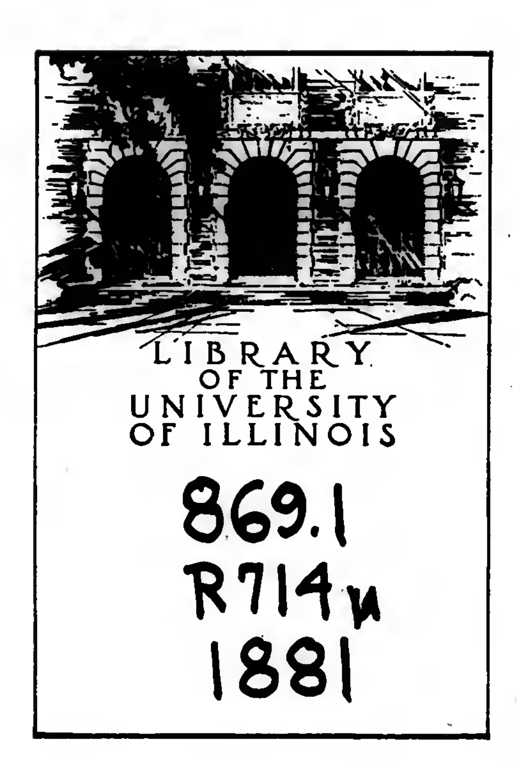


UN VIAJERO DE DIEZ AÑOS.


UN VIAJERO
DE
DIEZ AÑOS

UN VIAJERO
DE DIEZ AÑOS

RELACION CURIOSA E INSTRUCTIVA

DE UNA EXCURSION INFANTIL

POR DIVERSOS PUNTOS DE LA REPUBLICA MEXICANA,

ESCRITA

POR JOSE ROSAS.

2ª EDICION

Corregida por el autor y aumentada considerablemente.

JUAN BUXO Y Cª, EDITORES.

MEXICO

IMPRENTA DE AGUILAR E HIJOS,

1ª de Santo Domingo, 5 y 1ª del Relox 3.

1881

AL DISTINGUIDO GEÓGRAFO MEXICANO

D. ANTONIO GARCIA CUBAS,

En testimonio de fraternal cariño, le dedica este humilde libro, su amigo

El autor.

CAPITULO I.

Una familia feliz.—Ligerísima idea de la historia de México.

En una de las calles mas céntricas de la hermosa ciudad de México, vivia, hace poco tiempo, D. Juan Santiestevan, comerciante honradísimo, respetado generalmente por sus vastos conocimientos mercantiles y apreciado por la bondad de su corazon y por la belleza de su carácter.

La esposa de D. Juan, que se llamaba Luisa, pertenecia á una de las más distinguidas familias de Guadalajara: era una señora de treinta y dos á treinta y cinco años de edad, hermosa todavía, de esmerada y finísima educacion y llena de esa dulce gracia que la virtud y la tranquilidad del alma

hacen resplandecer en el semblante, á pesar de los años y de las vicisitudes de la vida. D. Juan y Doña Luisa se amaban tiernamente, y su union era para ellos un manantial inagotable de ternura y de felicidad.

El cielo habia bendecido cariñoso su matrimonio dándoles tres hijos: Cárlos, Adelina y Luis.

Cárlos tenia diez años, Adelina ocho y Luis seis.

Cárlos era un hermoso niño de complexion débil y delicada, de rostro pálido y simpático y de génio dulce y apacible. En sus grandes ojos negros y melancólicos se dejaba ver constantemente el fulgor de una bella inteligencia, y en sus palabras se advertian una circunspeccion y un buen juicio raros en su edad.

En sus primeros años, su padre mismo le habia enseñado á leer y á escribir; y más tarde, bajo la direccion de distinguidos profesores, habia estudiado la aritmética, la álgebra, la gramática española, el idioma francés y la geografía.

En el colegio y en todas partes, sus sentimientos elevados y generosos, su aplicacion, su docilidad y la amabla dulzura de su carácter le habian granjeado el aprecio y el cariño de sus maestros y de sus condiscípulos.

Era la esperanza y el orgullo de aquella excelente familia.

Adelina era blanca, rubia, de mejillas de rosa, de ojos color de cielo y de sonrisa graciosísima: en su alma, inocente y pura, se reflejaban ya los encantos, la ternura y las virtudes de su amorosa madre.

Adelina, era sencilla, alegre, dócil como Cárlos y llena de cariño hácia sus padres.

Sabia tambien leer y escribir; estudiaba con empeño la geografía, hablaba el francés de una manera encantadora y comenzaba á bordar en canevá, flores, que por ser sus primeros ensayos, eran elogiados por Doña Luisa, aunque ciertamente aquellas hebras verdes y rojas, lamentablemente erizadas, causaban compasion.

El pequeño Luis era un niño robusto y rozagante, de ojos negros y pequeños, pero expresivos y vivísimos; de rostro picaresco y de carácter ardiente y arrebatado. No estaba un momento quieto era alegre, bullicioso, risueño y locuaz.

Tenia tambien una hermosa inteligencia; pero sea por su edad, sea por su génio, aborrecia el trabajo, y todos los esfuerzos de sus padres para ha-

cerle aprender algo de provecho habian sido inútiles.

En el colegio, mientras Cárlos sorprendia con su aplicacion, Luis se entretenia en destrozar el libro segundo, para formar barquillos con las hojas, en referir cuentos á sus camaradas ó en adornar con las respetables gafas del maestro, los inmóviles ojos del busto de Galileo.

Los tres niños eran el encanto y la adoracion de sus padres; pero D. Juan manifestaba una señalada predileccion por Adelina, y Doña Luisa por el pequeño Luis.

Amables y complacientes constantemente Cárlos y Adelina, nunca daban á sus padres motivos de disgusto; Luis, por el contrario, impulsado por su carácter ardiente y arrebatado, obligaba á D. Juan á dirigirle palabras severas, aunque casi siempre terminaban por una sonrisa.

La excelente madre corregia tambien los errores infantiles del niño mimado; pero, no pocas veces, sus reprimendas se mezclaban con lágrimas y con besos.

Cuando alguno de los tres niños estaba triste, Doña Luisa lloraba ocultamente y D. Juan sentia

una extraña inquietud que no acertaba á explicarse.

La alegría de aquellos pequeños séres formaba la felicidad de los amorosos padres.

El afan de ambos por verlos siempre contentos, era infatigable, é inmensa la solicitud con que procuraban formar su corazon en el bien, iluminar su naciente inteligencia con la luz de la verdad, y embellecer su alma, para que un dia llegaran á ser queridos y respetados en la sociedad.

Aquel tranquilo hogar, hermoseado por el santo amor paterno, y protegido por el ángel de la virtud, presentaba constantemente un cuadro tan risueño como encantador.

Era un espléndido cielo de primavera, siempre azul y sin nubes.

En la época en que comienza la accion de nuestra historia, D. Juan vivia, como hemos dicho, en una de las calles más céntricas de la capital, en una casa modesta, pero elegante. El patio de esta casa, pequeño, pero no sombrío, daba entrada á varios almacenes y tenia una escalera en el fondo, perfectamente construida y que conducia á las habitaciones de la familia. En este departamento no se reflejaba el esplendor magnífico del lujo y de la

riqueza, pero sí el agradable bienestar de la comodidad y del aseo. Se componia esta habitacion de tres recámaras, de una sala amueblada con gusto, de un comedor lleno de luz, y de un amplio salon que servia de estudio.

Era uno de los primeros dias del mes de Enero.

En el salon de que hemos hablado, y en el cual tenia D. Juan su corta, pero selecta biblioteca, estaba reunida la mayor parte de la familia. Doña Luisa cosia cerca de una ventana, á su lado Adelina se entretenia en bordar un verde y extraño paisaje, Cárlos leia en voz alta un libro de historia, y el pequeño Luis, de pié sobre una silla, fingiendo que estudiaba, se entretenia en pintar á hurtadillas muñecos y diablillos sobre la carta de la República.

—Mamá, dijo Adelina, alzando la vista del bordado y fijando sus grandes y hermosos ojos azules en el rostro de su madre; ¡cuánto me gustaria contemplar un paisaje así, lleno de árboles y de flores!

—Todos los dias estás viendo los grandes y hermosos árboles de la Alameda y de San Cosme, hija mia, contestó la madre dulcemente.

—Yo quiero ir á San Cosme; llévame al Tívoli,

mamá, exclamó Luis, bajando de su silla y colocándose de un salto al lado de Doña Luisa.

—Niño, por Dios, retírate, me estás ensuciando la costura.

Luis hizo una graciosa mueca y volvió á continuar su inturrumpida tarea.

En la Alameda no hay montañas, ni rios, ni cascadas, ni puentes, dijo Adelina; yo quisiera ver un paisaje como este que estoy bordando. ¡Qué hermoso ha de ser viajar!

—Mi papá dice que uno de estos dias va á Querétaro y que yo le he de acompañar, dijo Cárlos cerrando su libro.

—Gracias á Dios que terminaste tu fastidiosa lectura, murmuró Adelina.

—Oye, mamá, lo que se atreve á asegurar mi hermana, replicó Cárlos. ¡Fastidiosa mi lectura! Papá me ha dicho que la historia de nuestro país es tan bella como interesante.

—Ciertamente, nuestra historia es un tesoro de grandeza y de heroismo, hijo mio, dijo Doña Luisa.

—Deberias estudiarla para que no dijeras esas tonterías, añadió Cárlos. Dime ¿sabes quiénes fueron los que fundaron nuestra hermosa capital?

—Qué sé yo, contestó Adelina desdeñosamente.

—Los aztecas la fundaron el año de 1325, dijo Cárlos satisfecho.

—¿Quiénes fueron esos señores? preguntó Adelina.

—Los aztecas, dijo Cárlos, de los cuales descienden los indios de nuestros alrededores, constituian un pueblo audaz y guerrero, cuya patria era Aztlan, situada al Norte del Golfo de California, segun creen la mayor parte de nuestros historiadores. Fatigados de la miseria en que pasaban su existencia, los aztecas, resolvieron buscar un país más fertil y más hermoso, y siguiendo los consejos de sus oráculos, emprendieron una larga peregrinacion hasta llegar, despues de muchos años, á nuestro incomparable valle, al cual dieron más tar- el nombre de Anáhuac.

—Es decir, preguntó Adelina, que esta calle, y la de Cadena, y la de Zuleta, y las de Plateros, y el Zócalo, y la Alameda formaban el Anáhuac?

—No solamente esas calles, hija mia, contestó Doña Luisa, todo el valle de México que es muy extenso.

—Y por qué se detuvieron aquí, y no en otra parte, preguntó Adelina, llena siempre de curiosidad.

—Porque decian que los dioses de su religion, por medio de sus oráculos, y de sus sacerdotes, les previnieron que solo se detuvieran en el sitio donde encontraran, sobre un nopal, un águila corpulenta y hermosa, con las alas extendidas y devorando una serpiente.

—¿Y aquí la encontraron?

—Sí, dijo Cárlos, en un islote, en el centro de una laguna.

—¿Qué, donde hoy hay calles habia agua? preguntó Luis.

—Sí, hijo mio, dijo la madre; por eso este sitio se llamó ANÁHUAC, nombre que en idioma mexicano quiere decir: *cerca del agua.*

—Luego los aztecas hicieron la Catedral y el Palacio, y la Alameda y la Profesa?

—No, hijo mio, dijo Doña Luisa; los aztecas edificaron una ciudad muy hermosa, pero enteramente distinta de la que hoy vemos. La ciudad actual fué construida por los españoles, en el mismo sitio que ocupaba la ciudad antigua.

—Cuéntanos eso, mamá, exclamó Adelina.

—Con mucho gusto, contestó Doña Luisa.

Los aztecas, despues de haber vencido y dominado á los pueblos cercanos, se establecieron defi-

nitivamente en el valle, levantaron la magnífica ciudad, con templos y palacios, y fundaron más tarde su poderoso imperio.

—¿Cuántos fueron los emperadores aztecas, Adelina? preguntó Cárlos.

La pobre niña no supo qué contestar.

—Fueron once, hija mia, no lo olvides nunca, le dijo Doña Luisa cariñosamente (1). Entre estos emperadores, uno de los más célebres y nombrados en la historia, es Moteuczoma II que figuró en grandes y memorables acontecimientos. Durante su reinado desembarcó en Veracruz el conquistador español Hernan Cortés, uno de los capitanes más ilustres de su época, por su indomable valor y sus heróicas hazañas, aunque desgraciadamente, la crueldad empañó no pocas veces el brillo de la gloria que supo adquirir en los combates.

Cortés desembarcó con su pequeño ejército el Juéves Santo del año de 1519, dijo Cárlos.

—Es verdad, hijo mio, veo con placer que tienes una excelente memoria.

---

(1) Hé aqui los nombres de los reyes de México:

Acamitzin, Huitzilihuitl, Quimalpopoca, Itzcoatl, Moteuczoma I, Ajayacatl, Tizoc, Ahuitzotl, Moteuczoma II, Cuitlahuatzin y Cuauhtemotzin.

—¿Y qué sucedió?

—El audaz capitan español, despues de haber quemado sus naves heróicamente, llegó á la capital del poderoso imperio mexicano, donde fué recibido espléndidamente por Moteuczoma. En cambio de la hospitalidad que recibia, Cortés, aprisionó, por medio de la astucia, al emperador azteca, con el intento de dominar á aquel pueblo valeroso. Moteuczoma murió herido en la frente por una piedra que le arrojó uno de sus vasallos. Despues de la muerte del desgraciado monarca, Cortés, hostilizado constantemente por el ejército azteca, tuvo que abandonar una noche la capital, sufriendo en su retirada la más terrible de las derrotas.

—A esa sangrienta y desastrosa jornada le llamaron "La noche triste," dijo Cárlos.

—¿Y por dónde se fué Cortés? preguntó Adelina.

—Por la calle de Tacuba y las calzadas de San Cosme y de la Tlaxpana, hasta llegar á Popotla, donde existe todavía el árbol memorable, á cuya sombra, es fama, que lleno de ira y de despecho, derramó abundantes lágrimas el indomable y célebre conquistador.

—¿Y no volvieron á México los españoles?

—Sí, hija mia; poco tiempo despues, unidos con los tlaxcaltecas, ocuparon la capital, tras de un prolongado y sangriento sitio, que fué heroicamente sostenido por el jóven y valiente Cuauhtemotzin, último emperador azteca. Llenos de alegría Cortés y sus soldados celebraron su victoria y destruyeron los templos, los dioses y los palacios de la ciudad antigua; sobre los destrozados ídolos colocaron la cruz, y elevaron en el mismo sitio nuestra magnífica ciudad, hoy capital de la República.

—Papá, papá; aquí viene papá, exclamó Luis, saltando gozoso y corriendo á encontrar á D. Juan.

—Otra vez, hijos mios, dijo Doña Luisa, levantándose, os seguiré dando una ligera idea de nuestra historia.

Los tres niños fueron á abrazar á su padre, cariñosamente.

CAPITULO II.

**Preparativos de viaje.—Continúa la historia de México.
—Sueño agitado.**

—Voy á darte una noticia muy agradable, dijo D. Juan á Cárlos.

—¿Vas á llevarnos á Tacubaya, papá? preguntó Luis alborozado.

—No, hijo mio, le contestó D. Juan, sonriendo y besándole apasionadamente; la noticia á que me refiero solo á Cárlos le puede interesar.

—¿Qué es, papá? le preguntó Adelina, ciñéndole el cuello con sus pequeños brazos.

—¡Curiosa, como mujer! exclamó D. Juan.

Adelina se ruborizó y ocultó su hermoso rostro entre las manos.

—Pondremos término á la curiosidad de estos niños, dijo D. Juan; se me ha presentado un negocio muy importante, y mañana emprenderemos ese viaje á Querétaro, de que tanto hemos hablado.

—¿Mañana? ¡Qué gusto! exclamó Luis, agitando sus manecitas y corriendo lleno de alegría.

—Ven acá, loquillo, dijo D. Juan acariciándole; calma tu entusiasmo, porque en ese viaje solo Cárlos me acompañará.

—¿No voy yo, papá? preguntó Adelina, tímidamente.

—¿Qué, no me llevas á mí? dijo Luis.

—No, hijos mios, no es posible; vosotros os quedareis acompañando á vuestra madre.

Adelina suspiró con tristeza, pero no hizo objecion alguna; Luis, más fogoso comenzó á gritar:

—Yo quiero ir, papá, yo quiero ir.

—Vé á preparar tus cosas, dijo D. Juan á Cárlos, porque deseo que salgamos á las cinco de la mañana.

Cárlos obedeció en el acto, y abandonó el salon de estudio, radiante de felicidad.

Al verle salir, Doña Luisa volvió el semblante al lado opuesto y enjugó una lágrima.

—Si te digo una cosa que he aprendido, me lle-

vas á Querétaro, papá? le dijo Luis á D. Juan haciéndole caricias.

—Estás hoy muy zalamero, chiquitin; vamos á ver ¿cuál es esa cosa tan admirable?

—La historia de México que mamá nos ha contado. Ya sé que aquí habia una ciudad muy grande, donde vivian muchos indios, y que entró Cortés y la destruyó para formar otra más bonita.

—Es cierto, dijo D. Juan, sonriendo; ese memorable acontecimiento acaeció el mártes 13 de Agosto del año de 1521, dia de San Hipólito.

—¿Y qué sucedió despues? preguntó Adelina.

—Desde entónces, dijo D. Juan, nuestro privilegiado y extenso país, pasó á aumentar los dominios de la poderosa monarquía española. El imperio azteca quedó para siempre destruido, y México fué gobernado durante tres siglos por vireyes y gobernadores, delegados de los reyes de Castilla.

—¿Y qué, los vireyes eran muy malos? preguntó la curiosa niña.

—Algunos de ellos adquirieron una triste celebridad por sus errores; otros, como Mendoza, que fué el primero, y como Revillagigedo que estuvo aquí en los últimos años del siglo pasado, dejaron gratos recuerdos de su inteligencia como gober-

nantes, de su probidad, dc su rectitud y de su justificacion.

—¿Y por qué se acabaron los vireyes? preguntó Luis.

—El pueblo mexicano, hijo mio, conociendo al fin sus derechos, y no queriendo sufrir por más tiempo el yugo de una nacion extraña, proclamó su independencia el 15 de Setiembre de 1810.

—¿Y qué es la independencia, papá?

—Para los pueblos, la independencia consiste en gobernarse por sí mismos, sin estar sujetos á la voluntad ó al capricho ageno. Para conquistar el inestimable bien de la libertad, México luchó heróicamente durante once años, adquiriendo al fin la victoria, á costa de torrentes de sangre y de inmensos sacrificios. Entre los caudillos más ilustres de esta gloriosa guerra, debeis recordar siempre, hijos mios, con gratitud, á Hidalgo, venerable sacerdote que fué el primero que dió la voz de libertad, en el humilde pueblo de Dolores, la noche del 15 de Setiembre de 1810.

—Sí, dijo Adelina, yo le quiero mucho; he visto su retrato y me parece muy simpático.

—El ejército independiente al mando del liber-

tador Iturbide, entró á la capital el 27 de Setiembre de 1821.

—Qué bonito estaria entónces México papá, exclamó Luis.

—Yo no lo ví en esa época, dijo D. Juan; pero mi padre me ha contado que por todas las calles por donde pasaba el Libertador Iturbide le arrojaban aromas, flores y coronas; que el son de las músicas se mezclaba á los gritos de alegría; que el entusiasmo popular no tenia límites y que en todos los semblantes se pintaba el gozo de la victoria y de la esperanza. Desgraciadamente el tiempo vino á darnos el más doloroso de los desengaños; Iturbide, cegado por la ambicion, se hizo proclamar emperador; poco tiempo despues tuvo que abdicar la corona para evitar la prolongacion de los horrores de la guerra civil; fué desterrado á Europa, y al volver al país pereció en un cadalso, en el pueblo de Padilla, del Estado de Tamaulipas.

—¡Pobre de Iturbide! dijo Adelina, dando á su voz esa expresion de infinita ternura que solo brota del corazon de la mujer.

—Digno fué de piedad por sus faltas graves y su trágico fin, dijo D. Juan; pero siempre es acreedor á nuestra gratitud.

—Y despues de Iturbide, ¿quién fué el emperador? preguntó Luis.

—Habiendo sustituido á la monarquía la república, contestó D. Juan, el primer presidente fué el general D. Guadalupe Victoria, uno de los más ilustres caudillos de la independencia.

—Pues, ¿qué es monarquía, papá?

—Es el gobierno de una nacion ejercido por un solo hombre, á quien se dá el título de rey ó de emperador.

—Dame una idea de lo que es la República, papá, dijo Adelina.

—La República es la más bella de las instituciones, contestó D. Juan, la que está más en armonía con las necesidades sociales y con la dignidad humana; en ella el poder no puede depositarse en un solo hombre, sino que es ejercido por el pueblo legítimamente representado.

—¡Qué gusto que aquí tenemos la República! exclamó Adelina.

—¿Y hay muchas monarquías, papá? preguntó Luis.

—La mayor parte de las naciones de Europa están constituidas bajo el sistema monárquico; en

América, afortunadamente, la única nacion regida por estas instituciones es el Brasil.

—¡Qué felices y qué bonitas han de ser las re públicas, exclamó Adelina!

—Nuestra vecina, la grande y poderosa república de los Estados-Unidos, está demostrando al mundo, desde hace muchos años, la excelencia y la grandeza de las instituciones democráticas. Si México no ha sido venturoso, si no se ha elevado todavía á la altura en que por sus innumerables elementos debe figurar, culpa no es ciertamente del sistema que nos rige, sino de otras mil desgraciadas circunstancias.

—Siempre que hablas de esto te pones triste, papá, le dijo la dulce niña, acariciándole.

—Sí, hija mia, mi corazon se llena de amargura al recordar los infortunios de nuestra patria.

Poco tiempo despues de consumada la independencia, estalló la guerra civil, con todos sus horrores, la gùerra de hermanos, que es la más funesta de las guerras. Desde entónces el espanto reina en las ciudades y en los pueblos, la inseguridad se ha enseñoreado de nuestros caminos, el comercio languidece, la industria muere ahogada en su cuna y muchos de nuestros campos, yermos y abando-

nados, ostentan, en vez de flores y de espigas, en vez de los benditos frutos del trabajo, las blancas osamentas de los mexicanos muertos en las batallas.

—Pues, ¿por qué ha habido tantas guerras? preguntó Adelina.

—La ambicion, hija mia, y las pasiones de los partidos encendieron entre nosotros la tea de la discordia, desde el año de 1821. Los motines y los pronunciamientos se sucedieron unos á otros, casi sin interrupcion; estuvimos cambiando constantemente del sistema federativo al central y de éste á aquel, perdiendo el tiempo en inútiles ensayos y dando pávulo á la anarquía y á la desmoralizacion. Pocos fueron los presidentes que terminaron su período constitucional, y á consecuencia de nuestros desaciertos, otras naciones demasiado severas, olvidando sus estravíos, nos echaron en cara los nuestros, señalándonos al mundo como un pueblo ingobernable, digno de la universal conmiseracion. Y como si no hubieran sido bastantes tantas desventuras, los Estados-Unidos nos declararon la guerra, y fué invadida nuestra República por las tropas norte-americanas, en los años de 1846 y 1847. Despues de varias batallas de éxito diverso, en que el valor mexicano se mostró siempre

grande y digno, particularmente en la accion de la Angostura en el Norte, y en las del Molino del Rey, Churubusco y Chapultepec en el valle de México, los americanos ocuparon la capital, y el pabellon de las estrellas ondeó sobre el palacio nacional.

—¿Y quién hizo salir de México á los americanos?

Habiéndose celebrado, algunos dias despues, el tratado de paz, llamado de Guadalupe Hidalgo, por el cual perdimos más de la mitad de nuestro territorio, las tropas americanas se retiraron, y nosotros, no escarmentados todavía, volvimos otra vez á nuestros desaciertos.

—¿Y posteriormente, no ha habido guerras, papá? preguntó Adelina.

—Sí, hija mia: en 1853, siendo dictador D. Antonio López de Santa-Anna, se levantó contra él, en las montañas del Sur, el patriota Alvarez, proclamando el plan de Ayutla, é iniciando la guerra de Libertad y de Reforma.

Vencido Santa-Anna, huyó al extranjero en 1855, y dos años despues se publicó solemnemente la Constitucion general del país.

Desgraciadamente la paz no duró mucho tiem-

po; el partido reaccionario se apoderó una vez más del poder, aprovechándose de la debilidad del presidente Comonfort, que mal aconsejado, dió el funesto golpe de Estado de 1857, y el clamor pavoroso de la guerra volvió á dejarse oir en el territorio de la República. Entónces, D. Benito Juarez, presidente interino, defendió con heróica constancia la Constitucion y la Reforma. Esta sangrienta lucha duró tres años. Triunfante al fin el partido progresista, fué electo Juarez presidente constitucional.

—¿Y cuándo vinieron los franceses, papá? preguntó la niña.

—Déjame continuar mi relacion y procura no interrumpirme, le dijo D. Juan cariñosamente: con pretexto de la suspension de pagos, decretada por el Congreso mexicano, se firmó la famosa convencion de Lóndres, entre Francia, Inglaterra y España, para intervenir en los asuntos de nuestro país. En Diciembre de 1861, desembarcaron en Veracruz los españoles, y pocos dias despues llegaron los franceses y los ingleses. Reunidos los plenipotenciarios de las tres naciones, firmaron con el ministro mexicano Doblado, los preliminares de un tratado de paz, en virtud de los cuales se suspen-

dieron las hostilidades. Las tropas de España é Inglaterra se retiraron, y solo los soldados de Napoleon III avanzaron hácia México, violando vergonzosamente la fé de los tratados. Fácil y seguro creian el triunfo; pero al llegar á los muros de Puebla, se vieron obligados á retroceder ante el valor del pueblo mexicano, y ante la fé inquebrantable del ilustre y modesto general D. Ignacio Zaragoza. Ya sabeis, hijos mios, cuán espléndida fué la victoria obtenida por las armas nacionales, el 5 de Mayo de 1862.

Al año siguiente, habiendo sido reforzadas considerablemente las tropas francesas, Puebla sucumbió, despues de un prolongado sitio, y el ejército invasor ocupó la capital. El presidente Juarez, sereno siempre, se retiró al Paso del Norte, sosteniendo con firmeza heróica el pabellon de la República.

Los franceses improvisaron una farsa de gobierno, hicieron proclamar el imperio, y llamaron á ocupar el trono al desgraciado príncipe Maximiliano, archiduque de Austria. Pero esta exótica monarquía, no duró mucho tiempo. En 1867 los franceses abandonaron el país, y el imperio se hundió para siempre entre ensangrentados es-

combros en Querétaro. Juzgado por un consejo de guerra y condenado á muerte, Maximiliano fué ejecutado en el cerro de las Campanas, el 19 de Junio de 1867.

—Me causa compasion la triste suerte de Maximiliano, exclamó Adelina.

—Tienes razon, hija mia, le dijo Doña Luisa.

—Digno es ciertamente de piedad, repuso D. Juan; pero tal es el destino de los que se atreven á atentar contra la independencia de los pueblos.

—¿Y qué sucedió despues, papá?

—En 1867, Juarez volvió á la capital de la República (1).

¡Dios quiera, hija mia, que las dolorosas lecciones de nuestra historia nos enseñen el camino de la dicha! ¡Dios quiera que nuestra prudencia y nuestro buen juicio, nos eviten llegar á ser un dia víctimas de la insaciable ambicion de nuestros vecinos!

---

(1) Desde que por primera vez se publicó esta obra, han ocurrido algunos acontecimientos que debemos señalar en esta segunda edicion. Habiendo fallecido en 1872 el presidente Juarez, se encargó del poder el Sr. Lerdo de Tejada, el cual, algunos meses despues, fué electo presidente constitucional. En 1876 triunfó el plan de Tuxtepec, y por este motivo, el año siguiente tomó posesion de la primera magistratura el General Porfirio Diaz. En la actualidad es presidente de la República el General Manuel Gonzalez.

—Luis no ha oido ni una sola palabra de cuanto has dicho, exclamó Adelina.

—No es verdad, papá, se apresuró á decir el niño, tratando de ocultar con su cuerpo un estravagante cróquis de batalla que habia estado dibujando sobre el desventurado mapa.

—Vamos á ver, dijo D. Juan; dime, ¿qué es lo que has entendido?

—Todo, papá.

—Pues bien, refiéreme alguno de los acontecimientos de que he hecho mencion. ¿Qué hicieron en México los franceses?

—¿Cómo, qué? fusilaron á Maximiliano.

—No digas despropósitos, exclamó la madre, riendo.

—Casi tiene razon, dijo D. Juan: ellos fueron la causa de su muerte, por haberle arrojado en una empresa aventurada y loca, abandonándole despues, en su desesperada situacion.

—Voy á estudiar con mucho empeño la historia, papá, dijo Adelina, y cuando vuelvas de Querétaro te voy á sorprender con mis progresos.

—Bueno, hija mia; esos importantes conocimientos, por ligeros que sean, sirven siempre como introduccion al estudio de la geografía.

—¿Qué es geografía? papá, preguntó Luis.

—La geografía es la ciencia que se ocupa de la descripcion de la tierra, dijo Adelina rápidamente, muy contenta por haber hallado una oportunidad de lucir sus conocimientos. Se divide en tres partes: cosmografía, goeografía física y geografía política y descriptiva...

—Esplícame eso, papá, dijo Luis interrumpiéndole.

—La tierra, hijo mio, es una grande esfera que gira en el espacio al rededor del sol. El estudio de las leyes en virtud de las cuales se mueve y sus relaciones con los demás astros constituyen la cosmografía.

—No entiendo bien papá; ¿qué es esfera?

—Una naranja es semejante á una esfera, contestó D. Juan; figúrate que la tierra es una naranja muy grande.

—Es decir, una bola, dijo Luis.

—Perfectamente.

—¿Y qué es geografía física?

—Es una parte de la geografía que tiene por objeto el estudio de la forma y dimensiones del globo, el aspecto de su superficie y sus divisiones naturales.

—Esto lo entiendo menos, papá.

—Tienes razon: procuraré explicarme con mayor claridad. La geografía física se ocupa del aspecto y configuracion de la tierra, de las sustancias que la componen, del aire que la rodea y constituye la atmósfera; del agua que la cubre en parte, de los vegetales que crecen en su superficie, es decir, de las hierbas, de las flores, de los árboles, etc.; y de los séres qne en ella viven.

—¿Y la geografía política?

—Considera la tierra como morada del hombre; describe los países, con sus montañas, sus valles, sus caminos, sus rios, sus lagos, sus ciudades, sus pueblos, etc., etc.; dá noticia de los gobiernos, de las religiones y de las costumbres.

—Esa parte de la geografía es la que mas me ha de gustar, dijo Luis.

—Mira, mamá, qué de cosas trae Cárlos, exclamó Adelina, señalando á su hermano que se aproximaba.

—Aquí tenemos ya al futuro viajero, dijo D. Juan.

Doña Luisa quiso contestar, pero al ver á Cárlos sintió que la voz se le anudaba en la garganta. Tenia razon la amorosa madre; era la primera vez que iba á separarse de su adorado hijo.

Entre tanto, Luis, inquieto y curioso, habia salido á encontrar á Cárlos.

Adelina guardó su bordado suspirando. La pobre niña anhelaba acompañar á su hermano en sus excursiones, pero no se atrevia á manifestar otra vez sus deseos.

Cárlos entró al fin á la sala de estudio, con una multitud de objetos diversos, que se complacia en mostrar á sus padres.

—Compré este sombrero fieltro, dijo; ¿estará bueno para el camino, papá? ¿Qué te parece?

D. Juan no pudo contestar mas que con una carcajada, porque Luis, despues de haberse puesto los guantes de casimir, se caló el sombrero fieltro hasta las narices, haciendo la figura mas grotesca que imaginarse puede.

—¿Cuándo tendrás tú algun juicio? dijo Doña Luisa bondadosamente.

—¿Qué es esto, mamá? preguntó el niño?

—Papá, mira á Luis, exclamó Cárlos; me va á romper el frasco que me regaló mi tio para llevar agua en el camino.

Luis abandonó el frasco precipitadamente, y comenzó á ponerse las botas de hule.

—Qué bonito neceser, dijo Adelina.

—Tambien me lo acaba de regalar mi tio, contestó Cárlos: tiene vaso, tenedor, cuchillo, cuchara y salero.

Luis, pudiendo apenas andar con sus botas de hule, se aproximó á examinar el neceser.

—Niño, niño, exclamó doña Luisa; mira que te vas á hacer daño con el cuchillo.

D. Juan le dirigió una mirada severa, y el niño corrió á refugiarse entre los brazos de su madre, que le estrechó cariñosamente.

—Mamá, dijo Cárlos, aquí está mi ropa para que me la pongas en el cofre de papá; no se te olviden el cepillo y los peines; voy á traer la bufanda y la capa.

—Segun los preparativos, dijo D. Juan, saliendo del salon de estudio, parece que vas á hacer el viaje al polo Norte.

—Dí que traigan el cofre, le dijo Doña Luisa á Cárlos, muy conmovida.

Cárlos obedeció.

—¡Qué ¿se vá Cárlos al Norte, mamá? ¿Qué es el Norte? exclamó Luis.

—Es uno de los cuatro puntos cardinales que los geógrafos han imaginado para determinar la situacion relativa, de los diversos puntos de la tierra. Cárlos no vá al Norte.

—No he comprendido bien.

—Voy á explicártelo, dijo Doña Luisa: pinta una cruz en un papel.

—Aquí está ya, dijo el niño.

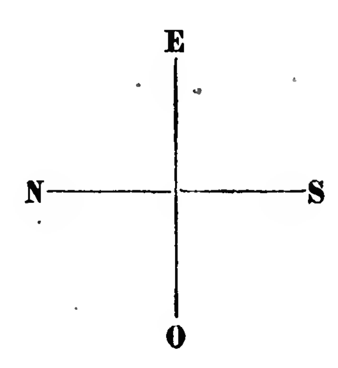
—¿Por qué punto sale el sol?

—Por allí, mamá.

—Bien; pon la parte superior de la cruz, en la direccion del punto por donde el sol sale.

Luis obedeció.

—A ese rumbo, le llaman el Oriente ó Este, añadió Doña Luisa, al opuesto que señala el pié de la Cruz, que es el punto por donde el sol se oculta, se le designa con el nombre de Poniente ú Oeste ó al rumbo que señala el brazo de la izquierda se le llama Norte ó Septentrion y al del brazo de la derecha Sur ó Mediodia.



—¿Y cómo esos puntos cardinales sirven para determinar la situacion relativa de algun lugar? preguntó Luis.

—De una manera muy sencilla, le contestó la madre: supongamos que la cruz que has dibujado se extendiera, no en el papel, sino en el territorio de la república.

—Sí mamá, ya me lo figuro.

—Pues bien, si una poblacion estuviera entre el pié de la cruz y el brazo de la derecha, diriamos que ese lugar estaba situado entre el Sur y el Oeste.

—Ya he comprendido muy bien, exclamó Luis, lleno de alegría.

—Otra vez te explicaré cuales son los puntos ó vientos intermedios, y te enseñaré la figura que los representa y que se llama ROSA DE LOS VIENTOS.

—En ese momento entró Cárlos, seguido de un criado, que conducia un pequeño cofre. Doña Luisa, conteniendo sus lágrimas, comenzó á empacar la ropa y los demás objetos.

—Mira, le dijo á Cárlos: envuelto en este papel color de rosa, vá el peine; acá coloco los cepillos; de este lado están tus libros y encima las camisas y los pañuelos para que los puedas hallar con facilidad cuando los busques.

—¿Qué, no pones mi ropa, mamá? preguntó Luis.

—No, hijo mio, contestó Doña Luisa.

—¿Deveras no voy?

—Doña Luisa nada contestó.

—Yo quiero ir, yo quiero ir, repitió gritando desaforadamente ¿Por qué Cárlos ha de viajar y yo no?

—Tienes razon sobrada, contestó la madre, sonriendo; pero esto lo debes arreglar con tu papá.

—Voy á verle, exclamó el inquieto niño, saliendo precipitadamente.

—Aquí están las llaves del cofre, le dijo Doña Luisa á Cárlos; guárdalas con cuidado, no las vayas á perder.

—No mamá.

—Y te recomiendo que me escribas de todos los puntos á donde llegues, ó que me pongas un telégrama.

—Así lo haré, contestó Cárlos.

Un criado anunció que la cena estaba servida, y la familia pasó al comedor.

Cárlos, inquieto y agitado, sintiendo esa ansiedad tan natural en la víspera de un viaje, no tuvo apetito; Adelina suspiraba con frecuencia y comió poco; solo Luis le hizo á la cena los honores acos-

tumbrados, y su ruidosa alegría contrastaba con el aspecto sombrío y triste del resto de la familia.

Terminada la cena, los tres niños, despues de haber abrazado á sus padres y recibido su bendicion, se dirigieron á su aposento.

Al principio de la noche, Cárlos se agitaba en su cama, en molesto insomnio, sintiendo un vago é inexplicable temor, y pensando á pesar suyo en grandes y desconocidos peligros; Luis por el contrario, fatigado de su continuo movimiento, se durmió al instante, con un dulce y tranquilo sueño. Doña Luisa, en la recámara inmediata, arrodillada cerca de una imágen de la Vírgen, rezaba en silencio y lloraba.

A las dos de la mañana Luis despertó lleno de sobresalto: soñó que D. Juan y Cárlos habian partido sin él, y tomó su sueño por una realidad. Como el resplandor de la luna penetraba por algunas de las hendiduras de la puerta, creyó que amanecia y se levantó precipitadamente.

Al ruido acudió la cariñosa madre; le convenció de su error y le consoló con sus caricias, ofreciéndole que formaria parte de la expedicion. Tranquilo con esta promesa el niño, á los pocos instantes volvió á dormirse profundamente.

CAPITULO III.

De México á Guadalupe.—El ferro-carril.—Despedida.

Al amanecer del dia siguiente, se notaban en la casa de D. Juan, la agitacion inusitada y el movimiento que preceden siempre al momento de la partida.

Los criados entraban y salian, cruzando en todas direcciones y conduciendo diversos objetos al carruaje que esperaba ya en la calle.

D. Juan escribia en el salon de estudio y arreglaba apresuradamente algunos papeles; Cárlos iba y venia recibiendo instrucciones; Doña Luisa sin ocultar ya su llanto, envolvia en las servilletas la comida de los viajeros, y Adelina procuraba ayudarla en sus tareas, suspirando tristemente.

Habiendo terminado D. Juan sus ocupaciones, extrañó á Luis y preguntó por él.

El inquieto niño, calzadas las botas de hule y envuelto en la bufanda de Cárlos, estaba sentado en la testera del carruaje, contemplando con alegría los preparativos, y acrecentando con sus gritos y sus risas la impaciencia de los caballos.

—¿Qué haces tú allí, travieso? le preguntó Don Juan.

—¿Ya nos vamos? dijo Luis sin contestar á la pregunta de su padre.

—Dentro de un momento, chiquitin.

—Ya es muy tarde, papá, mira donde *vá el sol.*

—El sol ni vá ni viene, le dijo D. Juan cariñosamente; nos parece que se mueve, pero la vista nos engaña: el sol está fijo en el espacio y la tierra es la que gira al rededor de él.

—¿Pues por qué vemos que el sol anda; preguntó el niño, manifestando su incredulidad.

—¿Recuerdas cuando fuimos á San Angel en los trenes de vapor del ferro-carril?

—Sí, papá.

—Entonces me decias que las casas y los árboles iban corriendo en sentido opuesto, y sin em-

bargo, esos objetos estaban quietos y tú eras el que te movias.

—Es verdad, dijo Luis.

—Pues de la misma manera nos parece que el sol se mueve; pero en realidad nosotros somos los que giramos al rededor de él.

—Cuando íbamos en el ferro-carril no volviamos á ver las casas que dejábamos atrás, sino otras nuevas.

—Es verdad, dijo D. Juan.

—¿Pues por qué volvemos á ver el sol, aunque ya lo hayamos dejado muy léjos.

—Es que la tierra, contestó D. Juan sonriendo, no sigue un camino recto, sino que da vueltas al rededor del sol, como las mariposas al rededor de una llama, y por eso le vemos constantemente.

—Ya voy comprendiendo, dijo Luis; pero yo he visto que las mariposas van acercándose, acercándose hasta que se queman en la vela: ¿no llegará la tierra á quemarse en la lumbre del sol?

—No tengas cuidado chiquitin, contestó D. Juan, la tierra sigue un camino fijo, describiendo un óvalo, que se llama elipse, y del cual no se aparta ni un solo instante, en virtud de leyes inmutables.

—Me has asegurado, papá, que girando así la

tierra, no habiamos de perder de vista al sol; ¿por qué pues, en la noche se desaparece?

—Ya te he dicho que la tierra es una esfera.

—Sí; como si fuera una naranja muy grande.

—Exactamente; pues esta esfera da tambien vueltas al rededor de un eje, como los globos de las loterías. Cuando la mitad del globo en que nosotros estamos, está frente al sol, es el dia; cuando está en el lado opuesto, no podemos ver al astro bienhechor y es la noche.

—¿Y qué es el sol, papá?

—Para que te formes de él una idea, imagínate una llama enorme.

—Ya me la figuro papá.

—En el centro tiene, segun creen los astrónomos, una masa negra y sólida.

—Esa será la pavesa del sol, exclamó el niño. Cuando no alumbre bien será bueno despavilarlo.

D. Juan rió de buena voluntad al oir esta ocurrencia. Sobre esa sustancia oscura, continuó, hay una atmósfera trasparente, pero no luminosa, y en la parte externa una capa inflamada que se llama *photósfero.*

—¿Y es muy grande el sol, papá?

—Se calcula que es 1.404,928 veces mayor que la tierra, y que pesa 355,000 veces más.

—¿Pues por qué le vemos tan pequeño?

—Los objetos lejanos aparecen siempre á nuestra vista menores de lo que realmente son.

¿No has observado que al ascender un globo, mientras más se eleva parece que su tamaño es menor?

—Es cierto, papá.

—Pues el sol, está muy lejos de nosotros, á una distancia de 15.000,000 de miriámetros, y por esta razon nos parece tan diminuto.

—¿Y dime, papá, la tierra está caminando sola al rededor del sol?

—En torno de este astro, giran tambien otros mundos que se llaman planetas.

—¿Y todos los planetas son del mismo tamaño de la tierra?

—No, hijo mio: unos son mayores; otros más pequeños: unos están más próximos al sol, otros más lejanos.

—¿Y son muchos, papá?

—Voy á decirte los nombres de los principales para que los aprendas de memoria. Casualmente tengo en mi cartera una curiosa tabla formada por

el inteligente geógrafo D. Antonio García Cubas: héla aquí.

	Distancia media al sol en millares de leguas.	Tiempo en que andan los planetas sus órbitas.			
		AÑOS.	DIAS.	HORAS.	MS.
Mercurio . . .	13		88		
Vénus.	25		225		
La tierra . . .	34½		365	5	48
Marte.	52	1	324		
Vesta..	81	3	66		
Juno.	91	4	128		
Céres..	95½	4	220		
Palas.	95½	4	221½		
Júpiter	179½	11	315		
Saturno. . . .	329	29	161		
Urano.	662	83	29		
Neptuno . . .	1036	217	234		

Para poder comprender y apreciar más fácilmente las distancias á que los planetas se encuentran del sol, me serviré de la misma comparacion del ilustrado español Reguero y Argüelles:

"La velocidad más rápida es sin duda la de la luz; corre en cada segundo de tiempo, es decir, en el espacio de una pulsacion, setenta mil leguas; sin

embargo, para venir desde el sol al planeta Mercurio emplea 3 minutos 19 segundos: para venir á Vénus gasta 5 minutos 56 segundos: para llegar á nosotros tarda desde el sol 8 minutos 13 segundos: para ir desde este inmenso astro á Marte necesita 12 minutos 31 segundos: en ir al asteróide Céres tarda 22 minutos 44 segundos: para ir al planeta Júpiter, desde el sol, 42 minutos 45 segundos: para ir á Saturno emplea 1 hora 18 minutos 23 segundos: y por último, se habrán pasado 4 horas 9 minutos 48 segundos antes de haber llegado desde el sol al planeta Urano. Si suponemos que una bala de cañon corre por un promedio en cada segundo de tiempo 2850 piés, ó 950 varas; ó 663 leguas por hora, que vendria á andar de quince á diez y seis mil leguas por dia, con todo, para llegar desde el sol al planeta Mercurio, necesitaria dos años y medio: más de cuatro años para llegar á Vénus: seis años para venir del sol á la tierra, cinco dias y medio para ir de ésta á la luna. Para llegar desde el sol al planeta Marte, emplearia 9 años: 31 para ir al planeta Júpiter: 56 y medio para llegar á Saturno: y en fin, 114 años para encontrarse con Urano.

Respecto de su volúmen, segun el astrónomo

Herschell, si al sol se le representa por un globo de dos piés de diámetro, Mercurio estaria figurado por un grano de mostaza: Vénus y la tierra por dos guisantes ó dos garbanzos: Marte por la cabeza de un alfiler: Juno, Céres, Palas y Vesta, por granitos de arena: Júpiter y Saturno estarian representados por dos naranjas: una mediana, imágen de Júpiter, y la otra pequeña figuraria á Saturno: Urano, en fin, por una grande guinda ó cereza."

—Yo pensaba que el sol era el que se movia al rededor de la tierra, dijo Luis.

—Esta era la creencia general en los antiguos tiempos, siguiendo las teorías de Ptolomeo, sábio que floreció en Alejandría, en el siglo II de nuestra era.

—¿Y qué, no será cierto, papá?

—No, hijo mio: es una errónea suposicion. El sistema admitido hoy, es el que te acabo de explicar, y fué fijado por Copérnico de Torn, que nació en Prusia el año de 1543.

—¿Tambien mamá va á Querétaro? preguntó el niño, viendo que Doña Luisa se aproximaba al carruaje seguida de Cárlos y de Adelina.

—Ella, tú y tu hermana, contestó D. Juan, nos

acompañarán solamente hasta la Villa de Guadalupe y se volverán en el tren del ferro-carril.

—Yo no me vuelvo, papá, yo quiero ir á Querétaro, exclamó Luis y comenzó á llorar.

—Calla, niño, calla por Dios, dijo Doña Luisa subiendo al carruaje.

—Yo quiero ir, papá.

—En la Villa arreglaremos eso, le dijo D. Juan ocupando su asiento al lado de Cárlos.

Un criado cerró la portezuela; y el coche partió rápidamente.

Cárlos, siguiendo la costumbre de todos los viajeros, consultó su relox: eran las siete, menos diez minutos.

En pocos momentos el carruaje atravesó la ruidosa ciudad, llegó á la garita, y siguió rodando apresuradamente por la calzada que conduce á la Villa.

Hasta entonces todos habian guardado silencio; pero en el momento en que Luis vió el campo, no pudo contener su alegría.

D. Juan y Doña Luisa le contemplaban, sonriendo.

—Mira, papá, exclamó el niño, señalando algunos pobres indios que estaban sentados al pié de

un árbol, mira qué vestidos tan feos ¿por qué no usarán levita como nosotros? Mira ese muchacho que va desnudo. ¡Qué figura tan rara!

—No te burles de la pobreza y de la desgracia, hijo mio, le dijo D. Juan severamente. La desventura es siempre digna de amor, de respeto y de compasion. ¿Qué culpa tienen ellos de su desdicha?

—Si tú no tuvieras un padre amante y bueno, le dijo Doña Luisa, si nadie te guiara en el mundo, si hubieran dejado tu corazon y tu inteligencia en las tinieblas, estarias tambien cubierto de harapos y envilecido por la miseria y por la ignorancia.

—Yo no supe lo que hice, mamá, ya no me riñas, no lo volveré á hacer, dijo el niño, queriendo llorar.

—Ahí está exclamó D. Juan, el verdadero orígen de nuestros infortunios políticos. Que venga nuestra sociedad á contemplar la obra de su abandono y de sus extravíos. Nunca podrá resistir, sin llenarse de vergüenza, la mirada sombría de esos pobres desheredados de la suerte á quienes olvida en la barbarie, desde el centro de su orgullosa civilizacion. Bellas son las suntuosas casas que se

elevan en las calles de la capital, admiro los teatros, me placen los jardines; pero más gozaria si pudiera ver en cada calle, al lado de los trofeos del lujo, multiplicarse las escuelas y los talleres, verdaderos monumentos de grandeza, consagrados á la ilustracion y al trabajo. Para que nuestra patria llegue á alcanzar un grado envidiable de prosperidad, preciso es que regeneremos esa raza desdichada que forma la mayoría de su poblacion, apartándola de la ignorancia que conduce al crímen. Debemos hacer que el mundo contemple la mirada del indio, no abatida y triste, fijándose en el suelo, como hasta hoy, si no altiva y gozosa, reflejándose en el libro para buscar el camino de la felicidad.

—Mira el ferrocarril, papá, gritó Luis, asomándose precipitadamente á la portezuela del carruaje.

—Cuidado, no te vayas á caer, dijo la madre, deteniéndole.

—Mira, mira; repitió el niño, expresando con gritos su entusiasmo y su admiracion.

Todos volvieron la vista hácia el punto que Luis señalaba.

El tren que regresaba de la Villa, iba avanzando

rápido, imponente, magestuoso, deslizándose á lo lejos entre los árboles, y retratando su imágen fugitiva en el agua que rodea el camino. En su vertiginosa carrera obedecia dócil el impulso de la brillante máquina que le guiaba y que parecia volar al través de los campos, rodeada de llamas, llena de agua hirviendo, arrojando en la atmósfera bocanadas de humo y de vapor negro, rugiendo impetuosa y traduciendo en su silbido extraño la última palabra de nuestra actual civilizacion.

Un momento despues estaba enfrente del carruaje. Los pequeños viajeros pudieron contemplar un instante el más sublime de los espectáculos. La asombrosa velocidad de aquella especie de mónstruo que volaba sin alas, les deslumbró la vista y la imaginacion; oyeron temerosos el crujir de las ruedas, que por decirlo así, parecian morder los rieles; el huracan de ardientes chispas que se desprendia de la chimenea de la caldera llegó hasta ellos; percibieron la respiracion de las bálvulas y sintieron el estremecimiento del camino que temblaba bajo el enorme peso de aquella mole. En la grupa del mónstruo se veia al maquinista, especie de cíclope, ennegrecido por el humo, que sonreia satisfecho y que precipitaba el tren ó lo detenia,

como pudiera hacer con el más noble de los corceles.

—Hé aquí, dijo D. Juan, extendiendo la mano, hé aquí la verdadera magestad del hombre. Él, inspirado por la ciencia, ha convertido el aliento del fuego en alas para enseñorearse del mundo, haciendo desaparecer las distancias.

La más grande de las maravillas de este siglo es el vapor, transformado en siervo humilde del Rey de la creacion. Y donde el vapor debe admirarse, es en el ferrocarril. Dando movimiento á una fábrica este poderoso agente me admira, pero me parece que no tiene libertad, que está oprimido, que es el caballo encadenado que da vueltas á las ruedas de un molino. En el ferrocarril me entusiasma, me electriza; en el ferrocarril es el corcel fogoso, impaciente, lleno de brío, altivo, independiente, que corre por los campos, y por los bosques, que cruza la montaña, que atraviesa el rio, y que desciende presuroso al abismo para ascender de nuevo y lanzarse impetuoso, como el viento en la llanura.

—Explícame, dijo Cárlos, en qué consiste la velocidad de los trenes del ferrocarril?

—Papá, preguntó Luis, ¿por qué el coche no andá tan aprisa como el tren?

—La fuerza del vapor, contestó D. Juan, es la mayor de cuantas hasta hoy ha utilizado el hombre. Aunque le veis disiparse en la atmósfera como el humo, es más fuerte, más poderoso, cuando está encerrado en la máquina, que aquellos espantosos gigantes de que os hablan en los cuentos de las hadas.

—¿Y cómo da movimiento al tren? preguntó Cárlos.

—Ya lo sabrás mas tarde, cuando estudies física y mecánica, contestó D. Juan; por ahora me limitaré á darte una ligerísima é imperfecta idea de la máquina. Tiene esta, como has visto, una gran caldera que contiene agua; debajo de la caldera hay una chimenea donde se pone el fuego. El agua de la caldera va convirtiéndose en vapor; en este estado se escapa por unos tubos y da movimiento á un émbolo, el cual se combina con otro mecanismo que da impulso á las ruedas.

—No he comprendido muy bien, papá, dijo Cárlos.

—Como careces de ciertos conocimientos indispensables, no me es posible darte otra explicacion.

—¿Y hay muchos ferrocarriles, papá? preguntó Luis.

—La mayor parte de los países de Europa y los Estados-Unidos, están cruzados, en todas direcciones, por estas utilísimas vías de comunicacion; en nuestra patria no hay todavía más líneas férreas que la de México á Guadalupe, la de México á Tacubaya, Mixcoac, San Angel y Tlalpam, la de México á Puebla, la de Veracruz, que pronto estará terminada, (1) y la de Toluca y Cuautitlan, en construccion. Hay, sin embargo, diversos proyectos, de realizacion más ó ménos fácil, para establecer ferrocarriles en toda la República.

—¡Qué bueno que pudiéramos ir á Querétaro en el tren! exclamó Luis.

—Yo creo que dentro de algunos años, si tenemos paz, verás realizado tu deseo, contestó D. Juan.

Hubo un momento de silencio.

---

(1) En la actualidad hay en explotacion las siguientes líneas: De México á Puebla, de México á Veracruz, de Veracruz á Jalapa, de Jalapa á Coatepec, de Veracruz á Medellin, de México á Cuautitlan y Huehuetoca, de México á San Bartolo, de México á Ozumba, de San Luis Potosí á la Soledad de los Ranchos, de Guadalajara á San Pedro, y de Celaya á Irapuato. En construccion el ferrocarril inter-oceánico, y otros muchos que sería largo ennumerar. Ferrocarriles urbanos existen en la capital, en Veracruz, en Córdoba, y hay algunos en construccion.

De repente Luis exclamó:

—Me has dicho que la tierra es redonda, y desde que salimos de México, la estoy viendo plana, papá.

—Como la tierra es tan grande, contestó el padre, cariñosamente, no es sensible á la vista su curvatura. Pero voy á disipar tus dudas, dándote pruebas que te convenzan. ¿Ves aquel pequeño cerro?

—Sí, papá.

—Desde hace tiempo comenzamos á descubrir su cima; conforme nos fuimos acercando percibimos las vertientes, y en este momento aparece á nuestros ojos la falda, clara y distintamente. Esto consiste en la forma de la tierra: su curvatura nos ocultaba la parte inferior de la pequeña elevacion. Si la tierra fuera plana, lo primero que debiamos haber visto es la falda del cerro, que es su parte mas extendida y voluminosa.

—Hay otra prueba de la redondez de la tierra, dijo Cárlos. En los eclipses de luna, la sombra que proyecta nuestro planeta, tiene forma circular.

—Es verdad, hijo mio.

—¿Qué es eclipse, papá? preguntó Luis.

—Ya te lo explicaré, cuando te hable detenida-

mente de la luna y de los demás satélites, contestó D. Juan.

—¿Pues qué son los satélites?

—Son unos pequeños mundos ó lunas, que giran al rededor de algun planeta.

—¿Y son muchos, papá?

—Los conocidos hasta el dia son 21, de los cuales uno gira al rededor de la tierra, que es la luna; cuatro al rededor de Júpiter, ocho al rededor de Saturno, seis al rededor de Urano y dos al rededor de Neptuno.

En este momento se detuvo el carruaje.

—Hemos llegado felizmente á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, dijo D. Juan.

—Son las siete y treinta y cinco minutos, esclamó Cárlos.

Doña Luisa acompañada de Adelina y de Luis se dirigió al magnífico Santuario.

D. Juan fué á buscar una persona que necesitaba para asuntos de comercio.

Cárlos, entre tanto, escribió en su libro de memorias:

"La Villa de Guadalupe es fea y triste, y está situada á una legua al N. de la capital."



Colegiata de Guadalupe.

—Lleve usted *las tortillitas, mi alma, güerito,* dijo una india con voz melosa.

Accediendo al ruego, Cárlos comenzó á saborear la celebrada golosina. Mientras estaba en su sabrosa ocupacion, regresó D. Juan, y pudo leer lo que el niño habia escrito.

—Has omitido muchas cosas, le dijo: la ciudad de Guadalupe Hidalgo, llamada generalmente *La Villa,* es cabecera de la municipalidad de su nombre, en el distrito federal. Está situada al pié de la colina del Tepeyac, que en idioma mexicano significa *punta ó nariz de cerro.* Los españoles llamaron á este sitio *Tepeaquilla.*

Cárlos escribió.

—En el Tepeyac, continuó D. Juan, habia antiguamente un templo dedicado á la diosa Tonantzin, muy venerada entre los mexicanos. Cuando Hernan Cortés puso sitio á la capital, aquí estuvo el campamento del conquistador Gonzalo de Sandoval.

Despues de la conquista, con motivo de la tradicional aparicion de la Vírgen de Guadalupe, comenzó á formarse la poblacion.

—¿Y en qué año fué fundada, papá? preguntó Cárlos.

—Se ignora, hijo mio, contestó D. Juan. Las familias fueron agrupándose lentamente al rededor de la primera ermita, y en 1706 se erigió en curato. Creciendo en importancia el naciente pueblo, fué declarando Villa por reales cédulas de 1733 y 1748. En aquella época, su poblacion era de cincuenta familias de españoles y ciento diez de indios. En 1828, la antigua Villa fué elevada al rango de ciudad, con el título que ahora lleva.

—Me has dicho que aquí se firmó el tratado de paz con los Estados-Unidos.

—Sí, hijo mio, el 2 de Febrero de 1848.

—Vamos á ver el Santuario, papá.

—Con mucho gusto te acompañaré para hacerte algunas explicaciones. La construccion de este templo magnífico y suntuoso, debida en gran parte á los esfuerzos del arzobispo virey D. Juan de Ortega y Montañés, fué terminada el año de 1709. Su costo se ha calculado en más de ochocientos mil pesos.

—Vamos, repitió Cárlos.

—Espera un momento: examinaremos la parte exterior del santuario. Como ves, está situado en la direccion de N. á S. y tiene tres puertas, una al frente que vé al camino de México, y dos latera-

les. En cada uno de sus cuatro ángulos, se eleva una torre de tres cuerpos y de cuarenta varas de altura.

Cárlos formó sus apuntes y siguiendo á D. Juan, penetró al interior del espléndido templo, hermoseado por la piedad cristiana.

—¡Qué bonito es! exclamó, lleno de admiracion.

—Hé aquí uno de los santuarios ma[illegible]ricos y mas famosos del continente americano, le dijo D. Juan, en voz baja.

—Tiene tres naves, papá. Mira qué hermosas columnas. ¿A qué órden pertenecen?

—Al dórico; examínalas bien. Sobre ellas y los muros descansan quince bóvedas. Debes notar que la nave ó galería del centro es mas elevada que las laterales. La longitud del templo es de 67 varas y su latitud de 45.

—El altar me parece de mármol, dijo Cárlos.

—Efectivamente, está formado con hermosísimos mármoles del país, blancos y de colores. Lo comenzó á construir el célebre arquitecto D. Manuel Tolsa, en 1808.

—¿Y el marco de la imágen, es de oro?

—Sí, hijo mio, y el venerado lienzo está resguardado por una lámina de plata, cuyo valor se apre-

cia en mas de dos mil pesos. La riqueza de este templo, antiguamente, era maravillosa. El trono de la vírgen era de plata macisa y pesaba 3,257 marcos. Los candiles que estaban suspendidos de la bóveda del presbiterio, eran de oro y de un valor fabuloso.

—Vamos á ver los otros templos, papá.

—Esperaremos á tu mamá y á tus hermanos para que nos acompañen.

Al fin, Doña Luisa, seguida de Adelina y Luis, salió del templo, y todos juntos se dirijieron al Tepeyac. Ascendieron por la empinada escalera abierta en las rocas y llegaron á la capilla que se eleva en el mismo sitio donde estuvo la primera ermita. Desde esa altura se presenta á la vista un cuadro bellísimo, un panorama verdaderamente pintoresco. Hácia el Sur se descubre en conjunto la poderosa ciudad, reina del Anahuac, con sus elevadas torres y sus soberbios edificios; hácia el Este, elevan su frente al cielo entre lejanos grupos de montañas, el Popocatepetl y el Ixtlasihuatl, coronados de eterna nieve; y hácia el Norte y el Poniente, azuladas fajas de montes lejanos, limitando el horizonte. Extenso, magnífico, fértil y bello en todas direcciones, se contempla el valle de México,

con sus importantes lagos, espejos que reflejan el azul sereno de nuestro cielo, con sus blancos y poéticos caseríos, y con sus verdes arboledas que se extienden en líneas caprichosas, ora formando luengas calzadas donde los ojos se fatigan, ora umbrosos bosquecillos, donde se mezclan el ahuehuete venerable, encanecido por los años, los desmayados sauces y las palmas enhiestas y gentiles.

—Al contemplar este hermoso valle sembrado por todas partes de ruinas, de recuerdos y de memorias, dijo D. Juan, mi corazon palpita agitado por un extraño sentimiento.

—Desde aquí se puede estudiar la Villa perfectamente, abarcándola con una sola mirada, exclamó Cárlos. Ojalá que yo supiera dibujar.

—Es verdad, dijo Doña Luisa, podrias tomar una excelente vista á ojo de pájaro.

—La Villa tiene tambien jardin en la plaza, exclamó Luis. Mira mamá, una fuente, lo único que no puedo ver es el zócalo.

D. Juan y Doña Luisa, no pudieron menos de sonreir.

—¿De dónde viene el agua, papá? preguntó Cárlos.

—De un punto que dista de aquí tres leguas,

contestó D. Juan. La cañería se construyó el año de 1751 y tuvo de costo 129,000 pesos.

—¿Cómo se llama esa casa grande y ese templo? preguntó Luis.

—Es el convento de capuchinas, construido en el año de 1787.

—Vámonos, ya es tarde, dijo Doña Luisa y comenzó á descender.

—Los tres niños, llenos de la inocente alegría propia de su edad, bajaron corriendo la fatigosa escalera.

Al llegar al pié de la colina: mamá, mamá, yo quiero ver el pozito, exclamó Luis.

—Vamos, pues, le dijo D. Juan bondadosamente.

El llamado pozito es un manantial de agua amarillenta, saturada de ácido carbónico, el cual está dentro de una pequeña capilla de forma elíptica. El pueblo atribuye á esta agua grandes virtudes medicinales.

Despues de haber visto el pozito, la familia se dirijió á la estacion del ferro-carril.

Doña Luisa, inundada en llanto, abrazó á Cárlos, le dió la bendicion, introdujo sin ser vista en el bolsillo de su chaleco algunas monedas y se di-

rigió al tren, llevando de la mano á Adelina y á Luis.

Al llegar al wagon luego que Doña Luisa y Adelina ocuparon su asiento, el inquieto y travieso niño logró escaparse y corrió al carruaje en donde se habian colocado ya D. Juan y Cárlos.

Allí tuvo que emprender una lucha para subir

—Ven, Luis, ven, gritaba la aflijida madre, llena de inquietud.

—Anda, niño, te habla tu mamá, decia Don Juan con voz severa.

—Luis; si no vienes pronto, te castigo.

El pequeñuelo seguia luchando, sin oir gritos ni atender razones.

En ese instante partió el tren rápidamente. Imposible detenerle.

Luis habia triunfado.

D. Juan despues de reñirle, le abrió la portezuela del carruaje; pocos momentos despues los tres viajeros, tomaron el camino del interior.

CAPITULO IV.

De Guadalupe á Cuautitlan.—Incidente desgraciado.—Noche serena.

Reclinado en el fondo del carruaje, D. Juan parecia absorto en una profunda meditacion; Cárlos leia en un pequeño libro, y Luis contemplaba los árboles del camino, esquivando las miradas severas de su padre.

Así transcurrió una hora.

Cárlos fué el primero que se atrevió á romper el silencio.

—¿Qué tienes, papá? preguntó.

—Pienso, hijo mio, en la afliccion de tu pobre madre. El aturdimiento de este niño, va á darla muchas horas de inquietud y de angustia. Los hijos son muy ingratos. Por tener él un momento de alegría, por satisfacer un capricho pueril y vano,

no ha vacilado en abandonar al ángel que le ama tanto, que no puede vivir sin él.

—Es cierto; mamá va á sufrir mucho, dijo Cárlos con tristeza.

—Pero en cambio el obstinado niño se va á divertir, dijo D. Juan. Bien se conoce que no comprende cuán grande es el cariño de que es objeto.

Conmovido al oir estas palabras Luis, no pudo resistir y rompió á llorar.

—Llévame con mamá, exclamó, ahogando su voz entre sollozos. Yo deseo verla, yo no quiero que se ponga triste.

—Es imposible ya evitar el mal, dijo D. Juan. Su ausencia, la falta de sus caricias y el remordimiento, serán tu mayor castigo.

El pobre niño, inclinó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

Pocos momentos despues llegaron á la Hacienda de los Ahuehuetes. El carruaje se detuvo.

Cárlos admiró el pintoresco paisaje que á su vista se presentaba, y fijó su atencion en la extensa y magnífica huerta.

D. Juan compró en una tienda pan y queso que distribuyó entre los niños.

Apesar de lo mucho que habia llorado Luis, tu-

vo apetito, y como las aflixiones son en esa edad dichosa, pasajeras como las nubes de verano, su mirada resplandeció al través de sus lágrimas, y en sus labios asomó una dulce sonrisa. A las diez y cuarto continuaron su camino.

El ceño de D. Juan fué poco á poco serenándose, y Cárlos comenzó á ser expansivo.

—Mira la imágen de la tierra, le dijo á Luis, mostrándole una hermosa naranja.

—¿Esta es una esfera, papá? preguntó el niño.

—No es una esfera perfecta, hijo mio, contestó D. Juan: una esfera es completamente redonda, como una bola de billar.

—¿Y la tierra tiene la forma de una bola?

—No; nuestro planeta puede mas bien compararse á una naranja: es una esfera aplanada hácia los polos, y ensanchada hácia el ecuador.

—¿Y qué son los polos?

—Son, por decirlo así, los dos extremos de la tierra. ¿Ves señalado aquí el punto del cual pendia el fruto de la rama?

—Sí, papá.

—Pues este es uno de los polos de la naranja. Para que comprendas mejor, voy á pasar una varilla por este punto y por el centro. Este es el eje;

sobre él voy á hacer girar la naranja con un movimiento semejante al de la tierra. Los dos extremos del eje son los polos.

—El eje de la tierra debe ser muy grueso, exclamó Luis.

—No existe, hijo mio; se ha imaginado, con el objeto de explicar más fácilmente el movimiento de rotacion de nuestro planeta.

—¿Pues qué es movimiento de rotacion?

—El que la tierra ejecuta al rededor de sí misma, dando una vuelta completa, en el espacio de 24 horas, contestó Cárlos. Al movimiento que tiene al rededor del sol, se le llama de traslacion.

—¿Pues cómo la tierra puede moverse sobre sí misma y andar al mismo tiempo al rededor del sol, preguntó Luis. Eso no lo creo.

—Es muy fácil que lo comprendas, dijo D. Juan. ¿No has visto alguna vez el baile que se llama wals?

—Sí; muchás veces.

—Pues habrás observado que las parejas, al mismo tiempo que van girando sobre sus piés, van dando vueltas al rededor de la sala. Un trompo, gira sobre sí mismo y á la vez describe un círculo.

—Es cierto, papá.

—Pues creo que ya no tendrás dudas sobre el doble movimiento de la tierra.

—¿Y sobre qué se apoya la tierra para bailar wals?

—El gran salon de los planetas es el espacio que no tiene término, que no se puede medir, contestó D. Juan, sonriendo.

—¿Pues cómo no se caen?

—Están sostenidos por la ley sublime de la gravitacion universal, cuyo estudio harás mas tarde. Por ahora limítate á admirar, en este maravilloso equilibrio, la sabiduría inmensa del santo y poderoso Autor del Universo.

—¿Pues qué es Universo, papá?

—Es el conjunto magnífico de la creacion?

—¡Ah! la tierra no puede ser redonda, exclamó el inquieto niño, agitándose en su asiento, y manifestando en su mirada y en la expresion de su semblante que habia hallado un argumento incontestable.

—¿Por qué? ¿Cuál es tu razon? le preguntó D. Juan bondadosamente.

—Cómo ha de ser redonda si está llena de cerros y de montañas? dijo Luis, con ademan de triunfo.

—¿Y la naranja es redonda?

—Sí, papá.

—Pues está sembrada su corteza de pequeños granillos y de asperezas.

—Sí, pero son muy pequeños.

—Pues los cerros y las montañas, en relacion con la magnitud de la tierra, son como las asperezas de la naranja; en nada modifican su forma.

Luis se confesó vencido y guardó silencio.

Pocos momentos despues el carruaje comenzó á rodar por las calles de Tlalneplantla.

Nuestros viajeros se detuvieron á almorzar en una fonda situada en una pequeña plaza.

Al terminar el almuerzo, Cárlos y Luis, acompañados de un criado de confianza, fueron á recorrer la poblacion.

A las doce regresaron de su paseo y continuaron su camino.

—¿Qué distancia hay de aquí á México? preguntó Luis.

—Tres leguas, contestó D. Juan.

—Papá, dijo Cárlos; he sabido muchas cosas relativas á Tlalnepantla y voy á formar mis apuntes, para que un amigo escriba mas tarde mis impresiones de viaje.

—Es una excelente idea, dijo D. Juan, sonriendo.

—Tlalnepantla, continuó Cárlos, es cabecera del partido y municipalidad de su nombre, en el Estado de México. Está situada á los 19°32′ de latitud N.

—¿Qué es eso de latitud, papá? exclamó Luis, interrumpiendo á su hermano.

—Despues que hayamos hablado de los círculos de la tierra, te lo explicaré, contestó D. Juan. Deja que Cárlos nos dé noticias de Tlalnepantla.

—Es un pueblito pequeño, pero me gusta, exclamó Luis.

—La poblacion ha sido apreciada, hace algunos años, en 1060 habitantes, dijo Cárlos. Tiene cerca de cien casas, segun me han informado, y existen en el partido 16 fincas rústicas. Dos rios pasan á las inmediaciones de la poblacion: uno de ellos nace de los cerros de Montealto y el otro en Naucalpan.

—Mucho has aprendido en tu paseo, dijo D. Juan.

—Además, Tlalnepantla, tiene una parroquia, continuó Cárlos; administracion de correos, mesones, y un pequeño teatro.

—Lo que yo noté, papá, dijo Luis, es que los indios de Tlalnepantla saben hablar inglés.

—¿Cómo es eso? preguntó D. Juan, riendo.

—Cerca de un portal estaban hablando dos inditas y no les pude entender una palabra.

—No es el inglés el idioma que los indios hablan, hijo mio, sino el mexicano, que es por cierto muy dulce y armonioso.

—Yo creía que habian de hablar como nosotros.

—Casi todos saben hablar el español; pero conservan todavía el hermoso idioma de sus antepasados.

—¿Y en toda la república se habla el mexicano? preguntó Cárlos.

—Solamente en los lugares que los aztecas dominaron, ó en aquellos donde tuvieron contínuamente relaciones, contestó D. Juan. En los demás puntos de la República, se hablan una multitud de idiomas, y dialectos tambien originarios del pais.

—Explícame lo que me ofreciste, papá, dijo Luis.

—¿Qué? preguntó D. Juan.

—Lo de los círculos de la tierra.

—Cárlos vá á decirte cuáles son.

—Los principales círculos máximos son: el ecuador, la eclíptica, el horizonte, y los meridianos: los

menores son los dos trópicos y los dos círculos polares, dijo el pequeño viajero.

—¿Cuál es el ecuador, papá?

—D. Juan tomó la naranja y la partió con un cuchillo en dos partes iguales, no en la direccion de los gajos, sino trasversalmente; volvió á unir las dos mitades y la presentó al niño.

—¿Ves la señal que ha dejado el cuchillo?

—Sí, papá.

—Observa que rodea la naranja, y que está á igual distancia de los dos extremos que llamamos los polos.

—Efectivamente, dijo Luis.

—Pues aquí tienes el ecuador que es un círculo máximo, perpendicular al eje y equidistante de los polos de la tierra.

—¿Y cuáles son los círculos máximos?

—Los que pasan por el centro de la esfera, y por consiguiente la dividen en dos partes iguales. A cada una de las mitades se les dá el nombre de hemisferios.

—Es decir que la tierra está dividida en dos partes iguales, dijo Luis, lleno de admiracion.

—No, hijo mio; los círculos lo mismo que el eje, son imaginarios, y solo sirven para determinar al

situacion de los diferentes puntos de nuestro planeta.

—¿Y cuáles son los meridianos, papá?

—La multitud de círculos máximos que se cruzan en los polos.

Para que el niño comprendiera mejor, D. Juan tomó la naranja y la ciñó con varios hilos, que pasaban de uno á otro de los puntos que él designó con el nombre de polos.

—¿Y por qué se llaman meridianos, papá?

—Porque cuando el sol pasa por alguno de estos círculos, es medio dia para los pueblos que estan situados debajo de él. En el momento en que salimos de Tlalnepantla daban las doce y el sol pasaba por el meridiano de aquella poblacion.

—¿Y qué es la eclíptica?

—Es el círculo máximo que corta á la esfera y la divide en dos partes iguales, en la direccion del plano de la órbita de la tierra.

—No comprendo eso, dijo el niño.

—Mientras no tengas ciertos conocimientos de geometría, indispensables, me es imposible darte otra explicacion.

—Y qué es horizonte?

—El horizonte racional ó verdadero es un círcu-

lo máximo que divide la tierra en dos partes iguales.

—Qué ¿hay horizonte irracional, papá?

—No, hijo mio; pero sí, horizonte visual.

Desde el punto en que nos encontramos en este momento, no alcanzamos á descubrir mas que una corta extension, que tiene á nuestros ojos la forma de un círculo; pues á este círculo se le dá el nombre de horizonte aparente ó visual.

—Y díme ¿qué son trópicos, papá? dijo Luis, que me gusta mucho ese nombre.

—Los trópicos, contestó D. Juan, son dos círculos menores, cuyos puntos están igualmente distantes de los puntos del ecuador.

—¿Y por qué se llaman menores?

—Porque dividen á la tierra en partes desiguales. Me anticiparé á tu pregunta, añadió, viendo que el niño hizo ademan de hablar: los círculos polares son tambien menores, y están situados á corta distancia de los polos. Los trópicos y los círculos polares dividen á la tierra en cinco fajas que se llaman zonas. La faja comprendida entre los dos trópicos se llama zona tórrida, las que se extienden entre los trópicos y los círculos polares,

templadas, y las comprendidas entre los círculos polares y los polos, glaciales ó heladas.

—Ahora si podrás explicarme lo que es latitud, papá.

—Sí, hijo mio, y lo haré con mucho gusto. La latitud de un lugar es su distancia al ecuador.

—¿Y la longitud?

—Es su distancia á un meridiano anticipadamente designado. La longitud de Tlalnepantla, por ejemplo, con respecto al meridiano de México, es la distancia del pequeño pueblo al meridiano de la capital.

—¿Qué es aquello, papá? preguntó Cárlos, señalando un grupo de gente que se adelantaba por el camino.

—Parece ser una procesion, hijo mio, contestó D. Juan.

—Sí, sí, exclamó Luis, mira los cohetes.

—Ya comienzo á percibir el sonido de la música, dijo Cárlos; y allá á lo lejos creo ver algo semejante á una imágen.

—Efectivamente, es una procesion, dijo D. Juan; los campesinos no se cuidan mucho de las leyes de las ciudades.

—En ese momento la piadosa comitiva pasó tan

cerca del carruaje, que los caballos, asustados, se encabritaron, rompieron las riendillas, y se lanzaron por el campo, al través de las malezas, sin que al conductor le fuera posible detenerlos. El carruaje se volcó con estrépito, haciéndose pedazos entre las piedras; y los labradores se alejaron cantando, indiferentes á la catástrofe de que habian sido causa.

Los tres viajeros se levantaron pálidos, y palpitantes.

—¿Cómo se llama este punto? preguntó Cárlos con voz conmovida.

—El puerto de Barrientos, contestó D. Juan.

—¿Qué tienes, hijo mio? le dijo á Luis, estrechándole tiernamente contra su corazon.

—Está lleno de sangre, exclamó Cárlos.

—¿Qué tienes? repitió D. Juan.

—El pobre niño no podia contestar mas que con su llanto: en la caida, uno de los vidrios rotos le habia causado una ligera herida en la mano.

Al notarlo el amoroso padre, ayudado de Cárlos, restañó la sangre que corria en abundancia é improvisó una venda con una tira de su pañuelo.

—Mamá, exclamaba, Luis, yo quiero ver á mamá.

—Pronto estarás á su lado; vamos, no llores, no seas tonto, le dijo D. Juan, acariciándole.

Cárlos tambien procuraba consolarle.

Al fin, bajo la dulce influencia de la santa ternura paternal, la afliccion y el dolor del niño se fueron mitigando poco á poco; cesaron sus sollozos, se secaron sus lágrimas, y volvió á aparecer en sus lábios la sonrisa.

Despues de dos horas, el carruaje quedó en estado de poder caminar y D. Juan y los dos niños continuaron su viaje.

A las seis de la tarde llegaron á Cuautitlan.

—El nombre de esta pequeña poblacion, dijo D. Juan, trae al alma del viajero mil tristes pensamientos. Antes de la conquista fué capital de un poderoso reino, del cual no quedan ya ni los escombros.

—¿Qué distancia hay de Cuautitlan á México, papá? preguntó Cárlos.

—Siete leguas, contestó el padre.

—¡Qué lejos está mi mamá, exclamó Luis, suspirando.

—D. Juan sonrió, y guardó silencio.

—¿Si siguiéramos caminando así, todos los dias, llegariamos al fin del mundo, papá?

—Ya te he dicho que la tierra es redonda, le contestó D. Juan.

—¿Entonces qué sucedería?

—¿Qué dariamos la vuelta al mundo, volviendo despues de algun tiempo, al punto de donde hubiéramos salido. Muchos célebres navegantes han realizado ya este viaje, y sus relaciones son la prueba mas incontestable de que nuestro planeta tiene la forma de una esfera.

—Vamos á ver la poblacion, dijo Cárlos.

—Como quieras, hijo mio; aunque ciertamente Cuautitlan no tiene mucho que admirar.

—¿A qué Estado pertenece este pueblo, papá?

—Al Estado de México, y es cabecera del partido y municipalidad de su nombre. Su poblacion se calcula en 2,100 habitantes.

—Al llegar he visto un rio, dijo Cárlos.

—Ya comienzas á ser observador, y esto me causa mucho placer, porque así te será útil este pequeño viaje. El rio de Cuautitlan nace en el punto llamado Agua Nueva, en los cerros de Montealto. En su curso que es de Poniente á Oriente, recorre algunas haciendas de importancia y varios pueblecitos; se inclina luego al Norte y llega al célebre desagüe de Huehuetoca, continuando des-

pues su carrera hasta desembocar en el rio de Tula, del cual es afluente.

—Me dijeron que en Cuautitlan hay varios templos, papá, exclamó Cárlos, mostrando sus apuntes; que hay juez de letras, oficina de correos, algunos mesones, muchas fondas, tiendas bastante bien surtidas, y un pequeño hotel.

—Hay tambien una línea de diligencias especial, que hace viajes diarios á México, dijo D. Juan.

—Yo ví una vez un periódico que se publicaba aquí, exclamó Cárlos.

—Tendrá cuanto ustedes quieran, dijo Luis, pero no me gusta.

—No debes comparar los pequeños pueblos con las grandes capitales, replicó el padre: no estamos en Paris, ni en Lóndres, sino en Cuautitlan.

—Pero podia ser mejor, añadió el niño.

—Ya pronto el ferro-carril lo trasformará de una manera maravillosa.

—¿Qué significa aquella cruz que está en el cementerio? preguntó Cárlos.

—Es la única antigüedad que existe en Cuautitlan: esa cruz fué labrada en 1525, cuatro años despues de la toma de México por las tropas de Hernan Cortés.

—Oye, papá, exclamó Luis; aquellos indios están hablando el mexicano. Mira qué tasas negras tan raras, añadió.

—La principal industria de los habitantes de Cuautitlan es la alfarería; los productos de sus pequeñas fábricas se venden con mucho aprecio en México y en los pueblos de los alrededores.

—En ese momento llegaron nuestros viajeros á la puerta del meson donde estaban alojados.

—Vamos á cenar, papá, dijo Luis.

—Parece que el susto del camino no te ha quitado el apetito, contestó D. Juan, sonriendo. Vamos, pues.

Terminada la cena volvieron á dar otro paseo por la poblacion.

La noche estaba hermosa y serena; ni una nube empañaba el azul purísimo del cielo, y la luna llena brillaba en todo su esplendor.

—¡Qué noche tan bonita! dijo Luis.

—Admira, hijo mio, en la magnificencia del cielo, la maravillosa grandeza del autor del Universo.

—¿Y qué el cielo tambien es redondo, papá?

—Lo que llamamos el cielo es el espacio inconmensurable que á nuestra débil vista tiene la forma de una inmensa bóveda.

—Yo creia que las estrellas estaban clavadas en el cielo.

—Las estrellas fijas son soles enormes y lejanos y las estrellas errantes ó planetas, son mundos como el nuestro que giran al rededor del sol, y reflejan la luz espléndida del astro rey.

—¿Y por qué es azul el cielo, papá?

—Por la gran *refrangibilidad* del color azul que es uno de los componentes de la luz solar.

Cárlos expresaba su asombro en su mirada.

Luis abria la boca desmesuradamente como si quisiera hablar.

—Voy á procurar explicarme, de manera que me comprendas, dijo D. Juan, sonriendo. La luz solar se compone de siete colores y uno de ellos es el azul.

—Pero ¿cómo no los veo? interrumpió Luis.

—Porque todos estos colores juntos forman la luz que llamamos blanca: descomponiendo esta luz, los colores se perciben perfectamente.

—¿Y cómo se puede descomponer la luz? preguntó Cárlos,

—De una manera muy sencilla: basta para esto hacer pasar la luz al través de un prisma de cristal.

—No comprendo, dijo el travieso Luis.

—¿Qué es esto preguntó D. Juan mostrando á los niños un prisma de cristal.

—Una *almendra* de candil, contestó Cárlos.

—Ya estoy viendo los colores, exclamó, ¡qué bonitos son!

Efectivamente, los rayos de la luz solar, pasando al través del pequeño prisma, reflejaban los colores del iris, en el papel en que Cárlos hacia sus apuntes.

—Ya sé que la luz tiene siete colores dijo Luis; pero no comprendo por qué el cielo se ve azul y no verde ó amarillo.

—Por la refrangibilidad de la luz azul, dijo D. Juan. Los rayos de la luz solar, al pasar por un medio cualquiera, como el cristal, el vidrio, el agua ó el aire, se refractan, es decir se quiebran, no conservan la misma direccion.

Luis sonreia maliciosamente para manifestar así su infantil, incredulidad.

—Esto, dijo D. Juan, puedes observarlo introduciendo una parte de una varilla en un cubo de agua; la varilla parecerá rota, y sin embargo estará intacta.

—Es verdad, papá.

—Pues bien: esto consiste en que los rayos de la

luz se refractan al pasar por el agua; no es la varilla la rota, sino la luz.

—¿Quiere decir que *refractarse* la luz es quebrarse? preguntó Luis.

—Sí hijo mio: ahora bien; el color azul de la luz del sol es el que mas se refracta ó se quiebra en el aire y por eso es el mas visible, y por eso el aire se ve azul.

Sí, papá, sí, exclamaron los niños, llenos de alegría.

—¿Y cuántas son las estrellas?

—Su número es infinito: las que se descubren á la simple vista se calculan en mas de trescientas mil, y las que pueden observarse con el telescopio en mas de setenta y cinco millones.

—¿Y están muy lejos, papá?

Las mas cercanas distan de la tierra mas de seis trillones de miriámetros: una bala de cañon, arrojada con toda la fuerza de nuestras mas poderosas máquinas de guerra, necesitaria mas de seis millones de años para llegar hasta la estrella mas próxima.

—¿Y qué es el camino de Santiago?

Es una inmensa multitud de estrellas que parecen acumuladas confusamente, formando un con-

junto blanquecino, que tiene la semejanza de una nubecilla.

—El camino de Santiago es lo que llamamos la vía láctea, dijo Cárlos: á los grupos de estrellas que le forman, se les dá el nombre de nebulosas.

—¿Y qué son las siete cabrillas, papá? ¿por qué se llaman así? preguntó Luis.

—Los astrónomos, contestó D. Juan, han tenido necesidad de clasificar las estrellas en grupos, que llaman constelaciones ó asterismos. El grupo de estrellas que el vulgo conoce con el nombre de SIETE CABRILLAS, es una de esas constelaciones. Entre las constelaciones más notables, debo mencionar las que constituyen el zodiaco, que es una faja ó zona celeste que el sol parece recorrer en su camino aparente.

Los nombres de estas constelaciones son los siguientes:

Aries......................	Libra.
Tauro......................	Escorpion.
Géminis....................	Sagitario.
Cáncer.....................	Capricornio.
Leon.......................	Acuario.
Virgo......................	Piscis.

—¿Y por qué á esa faja celeste se le llama zodiáco, papá? preguntó Cárlos.

—Porque todas las constelaciones que la forman tienen nombres de animales: zodiaco se deriva de la voz ZODIUN que significa ANIMAL.

—¡Qué lástima que no veamos ahora un cometa! exclamó Luis.

—Estos astros no aparecen con frecuencia, porque recorren espacios inmensos, y solo son visibles cuando están cerca del sol.

—Y los cometas tienen cabellos, papá? preguntó el niño.

—No, hijo mio; los cometas están formados de tres partes: del núcleo que es el cuerpo del planeta y se distingue por su brillantez; de la cabellera que no es mas que una nebulosidad luminosa, que rodea el núcleo, y de la cola ó cauda, ráfaga que se extiende en un inmenso espacio de cielo, del lado opuesto al sol. No todos los cometas tienen la misma forma: unos arrastran tras de sí una cauda recta ó curva, otros la tienen en figura de abanico y muchos carecen de ella.

Los principales cometas periódicos son los siguientes:

Cometa de Halley, reaparece cada 75 ó 76 años.

Cometa de Enke, cada tres años y medio.
„ de Biela, cada 6 años tres cuartos.
„ de Faye, cada 7 años.

—Pero la luna es el mas grande de todos los astros, dijo Luis.

—No te fies de las apariencias, hijo mio, dijo D. Juan, ya se trate de los planetas ya de los hombres: á veces los que nos parecen mayores suelen ser los mas pequeños. La luna es cincuenta veces menor que la tierra, y solo nos parece grande porque es el astro que está mas próximo á nosotros. Examinada con buenos telescopios, la luna presenta un aspecto árido y triste, y parece estar llena de cavidades profundas y de montañas, cuya elevacion se calcula en seis ó siete mil metros. Estas montañas, cuyas sombras aparecen como manchas móviles, tienen forma circular; parecen coronadas de cráteres, y presentan un carácter señaladamente volcánico. Se cree que la luna no tiene atmósfera. La forma de este satélite es aproximativamente esférica, es decir, tiene la figura de una bola: gira sobre su eje, y se mueve al rededor de la tierra, acompañando á nuestro planeta en su viaje anual al rededor del sol.

—¿Y cuánto tiempo tarda la luna en bailar wals al rededor de la tierra? preguntó Luis?

—Veintisiete dias, siete horas y cuarenta y tres minutos, contestó D. Juan.

—El período de tiempo que la luna emplea en su revolucion, se llama *mes lunar ó lunacion*, dijo Cárlos.

—¿Y qué son las fases de la luna, papá? preguntó Luis.

—Los diferentes aspectos luminosos, las varias figuras que nos presenta periódicamente en su camino. La luz del sol ilumina constantemente la mitad de la luna, y nosotros unas veces vemos esta mitad ó hemisferio iluminado, otras descubrimos nada mas una parte, y otras veces no podemos observarlo ni en todo ni en parte, porque se oculta completamente á nuestros ojos.

En el momento en que la luna nos presenta el hemisferio oscuro, se dice que está en su conjuncion ó que hay luna nueva: cuando nos presenta la mitad del hemisferio iluminado, se dice que se halla en el *cuarto creciente*; cuando descubrimos todo el hemisferio es la luna llena ó plenilunio y cuando solo vemos la otra mitad del hemisferio, que el sol alumbra, es el cuarto menguante.

—¿Y qué es eclipse, papá?

—La ocultacion momentánea de un astro por la interposicion de otro.

—¿Pues cuando el sol se eclipsa, quién se interpone?

—La luna, hija mio.

—¿Y cuando se eclipsa la luna?

—Entonces la tierra es la que evita que el sol alumbre á nuestro satélite y le cubre con su sombra, en todo ó en parte. Cuando el disco del sol ó el de la luna se ocultan completamente, se dice que el eclipse es total, cuando la sombra solo cubre una parte del disco, se llama parcial.

—Cuando vuelva á ver á mamá le esplicaré lo que son los eclipses, dijo Luis, y tú me lo repetirás ahora para que no se me olvide.

—Con mucho gusto, contestó D. Juan, pero será otro dia, porque es ya muy tarde y mañana tenemos que madrugar.

Cesó la conversacion y se dirigieron todos á su alojamiento.

Luis pasó mala noche á causa de su pequeña herida, y soñó que el carruaje, arrastrado con furia por las siete cabrillas, habia tropezado en el cráter de uno de los volcanes de la luna.

CAPITULO V.

Tepeji del Rio. Calpulalpam. Arroyozarco. La Soledad. San Juan del Rio. La cuesta china. Querétaro.

Al amanecer del dia siguiente, D. Juan y los dos niños abandonaron Cuautitlan y se dirigieron á Tepeji.

—En el camino no tuvieron contratiempo alguno.

Tepeji del Rio es una poblacion de mayor importancia que Cuautitlan; extraordinariamente fértil y de agradable temperatura.

Cerca de Tepeji pasa un rio, sobre el cual hay un puente de gran extension que tienen que atravesar los viajeros que se dirijen al interior. A las orillas de la poblacion existe una fábrica de hilados y tejidos de algodon, que nuestros viajeros no pudieron visitar porque luego que almorzaron en

la fonda de las diligencias, tomaron el camino de la cañada, con objeto de pasar la noche en esa hermosa hacienda.

Al descender por la inclinada pendiente del camino, se descubre un paisaje verdaderamente encantador. La senda, abierta al traves de las montañas, forma una atrevida espiral, y en el fondo del estrecho valle se descubre el blanco y risueño caserío, medio oculto en una selva de antiguos árboles que ostentan constantemente un magnífico follaje. Los dos niños no sabian cómo expresar su alegria, al contemplar aquel bello y pintoresco paisaje. La vista del campo, el aspecto de las montañas, el magnífico espectáculo de la naturaleza parece siempre dar vigor y entusiasmo al corazon.

El aire purísimo que en los campos se respira, nos infunde nuevo aliento; las mejillas, que el mefítico ambiente de las ciudades ha hecho palidecer, se animan con el color purpúreo de las rosas de primavera y al alma le parece que tiene nuevas álas, que en aquellos inmensos horizontes hay mas luz, mas aire, mas libertad y mas placer.

El carruaje se detuvo frente á la puerta del meson de la hacienda. Eran las cinco y veintidos minutos.

—Papá, dijo Cárlos, yo creo que el ferrocarril no podria llegar hasta aquí; difícil seria que atravesara estas montañas.

—Para evitar el paso por la cañada, hijo, mio; la vía férrea debia trazarse por Tula; pero aun por aquí podria construirse perfectamente. En el camino de Veracruz á México, el arte y el génio del hombre han vencido las mayores dificultades que pueden imaginarse; allí los trenes ascienden audaces hasta la region de las nubes y las tempestades, y parecen cernirse como las águilas, sobre el abismo profundo y pavoroso.

Las montañas mas elevadas son un obstáculo insignificante que se humilla ante la magestad de nuestra actual civilizacion.

—¿Y qué son las montañas, preguntó Luis.

—Se dá este nombre á toda eminencia de grande elevacion: el Ajusco que has visto muchas veces desde México, es una magnífica montaña. Una série de montañas no interrumpida, y que sigue determinada direccion es una cadena. Las cadenas de corta extension, ásperas, riscosas y pobladas de árboles, se llaman sierras. Cuando varias cadenas de montañas están unidas, forman una cordillera. La parte mas elevada de una montaña

es la cumbre ó cima; la parte mas cercana á la llanura se llama falda. El terreno sobre el cual descansa una elevacion cualquiera, se conoce con el nombre de base, y constituyen el pié de la altura cada uno de los puntos del llano que están mas próximos á la falda.

—¿Y qué diferencia hay entre la montaña y la colina, papá?

—Las colinas son eminencias aisladas, de corta elevacion, prolongadas y de escasa altura.

—Ayer el coche se volcó en el Puerto de Barrientos: ¿qué es puerto, papá? preguntó Luis.

—Puerto ó collado, contestó D. Juan, es un paso estrecho de la montaña entre dos cimas.

—Explícame lo que es llanura.

—Es una extension de terreno perfectamente plana. Mañana verás la magnífica llanura del cazadero, llamada así porque pocos años despues de la conquista, se verificó allí una grande cacería, siguiendo la costumbre de los aztecas.

—¿Y qué es valle?

—Una llanura mas ó menos extensa, rodeada de montañas.

—¿Y por qué no hay ferrocarril á Querétaro, papá? preguntó Cárlos.

—La principal causa, hijo mio, es la guerra civil, que por espacio de muchos años ha agotado las fuentes de la riqueza nacional, ensangrentando y haciendo estériles nuestras fértiles campiñas. Ademas de esto, debe tenerse en cuenta el egoismo y la indolencia de nuestros grandes capitalistas. El egoismo es la muerte de los individuos y de las naciones. La paz, y el patriotismo realizan las mas asombrosas maravillas. La paz, el patriotismo y el espíritu de empresa, han hecho la grandeza de nuestros vecinos.

—¿Cuáles vecinos? preguntó Luis.

—Los Estados-Unidos.

—¿Qué, tenemos muchos vecinos, papá?

—La república mexicana, hijo mio, confina al Norte con los Estados-Unidos; al Sur con la República de Guatemala, al Este con el Golfo de México y mar de las Antillas y al Oeste con el mar pacífico.

—La república, dijo Cárlos, esta situada entre los 15° y los 32° 42' de latitud septentrional, y los 83° 54' 30" y 119° 25' 30" longitud occidental del meridiano de Paris.

—Veo con placer que no has olvidado la geografía de tu patria, dijo D. Juan.

—Me admiro que Luis no la sepa, exclamó Cárlos. ¡Es tan interesante!

—La mayor extension de la república, continuó, de N. O. á S. E. desde el rio colorado hasta la extremidad del Estado de Chiapas, es de 700 leguas; en su mayor anchura mide 200. La extension de sus costas, bañadas por el golfo y mar de las Antillas es de 610 leguas; la extension de las del mar pacífico de 861 y la de las de la Baja California 742.

—¡Jesus, qué sábio! exclamó Luis, con tono burlon.

Cárlos replicó acaloradamente, contestando la ironía de su hermano; éste por su parte no permaneció mudo, y el cuarto del meson de la Cañada estuvo á punto de convertirse en un campo de batalla.

Afortunadamente D. Juan intervino en la cuestion y restableció la paz.

—Ya que te burlas de mí, exclamó Cárlos despues de un rato de silencio, dime ¿qué gobierno tiene la república?

—¡Gran pregunta!

—Vamos ¿qué gobierno tiene?

—Todo el mundo lo sabe: el gobierno de Don Benito. (1)

D. Juan se rió con gran placer de la ocurrencia.

—Siempre sales tú con tus tonterias, dijo Cárlos, amostazado. El gobierno de la república es el representativo, popular, federal. Los poderes del Estado están divididos en tres cuerpos independientes: ejecutivo, lejislativo y judicial.

Luis, por toda contestacion, hizo una graciosa mueca.

—¿Cuál es la division política de la república?

—Yo no sé, contestó Luis.

—La república se compone de 27 Estados, libres é independientes, del Distrito Federal y del Territorio de la Baja California.

—Hé aquí los nombres de estos Estados, dijo D. Juan; procura retenerlos en la memoria.

Estados	Poblacion.	Capitales.
Sonora................	147,133......	Ures.
Chihuahua..............	179,971......	Chihuahua.
Coahuila	67,691......	Saltillo.
Nuevo Leon.........	171,000......	Monterey.

---

(1) Esta obra fué escrita en Enero de 1872.

ESTADOS.	POBLACION.	CAPITALES.
Tamaulipas...........	108,000......	Ciudad Victoria.
San Luis Potosí......	397,735......	S. Luis Potosí.
Zacatecas	398,977......	Zacatecas.
Aguascalientes......	86,000......	Aguascalientes.
Durango...............	173,000......	Durango.
Sinaloa................	190,958......	Culiacan.
Jalisco..................	924,580......	Guadalajara.
Colima.................	48,649......	Colima.
Michoacan.............	618,075......	Morelia.
Guanajuato	874,500......	Guanajuato.
Querétaro.............	166,644......	Querétaro.
México..................	509,810......	Toluca.
Hidalgo...............	404,207......	Pachuca.
Morelos................	121,409......	Cuernavaca.
Guerrero..............	270,000......	Tixtla.
Puebla..................	830,000......	Puebla de Zaragoza.
Tlaxcala...............	117,940......	Tlaxcala.
Veracruz..............	380,000......	Veracruz.
Oaxaca.................	601,000......	Oaxaca.
Tabasco...............	80,000......	San Juan Bautista.
Chiapas...............	193,987......	San Cristóbal.

ESTADOS.	POBLACION.	CAPITALES.
Campeche............	80,000......	Campeche.
Yucatan................	300,000......	Mérida.
Distritc Federal.....	225,000......	México.
Territorio de la Baja California......	21,000......	La Paz.

—¿Cuál es la poblacion total de la República, papá, preguntó Cárlos.

—Aproximativamente se calcula en ocho millones y medio de habitantes, contestó D. Juan. El documento mas antiguo que poseemos sobre nuestra poblacion, y que con alguna justicia puede llamarse censo, es el formado por el virey Revillajijedo en 1793, pues todos los trabajos anteriores son extremadamente defectuosos. Este censo dió por resultado una poblacion de 5.200,000 habitantes, sin comprender las intendencias de Veracruz, Guadalajara y Coahuila.

El célebre baron de Humboldt en su "Ensayo político sobre la Nueva España," calcula la poblacion de nuestro país en 7.000,000 de habitantes. Despues de este sábio viajero, muchos estadistas se han ocupado de averiguar la poblacion total de México; pero han tropezado con gravísimos incon-

venientes, siendo entre ellos el principal la falta de noticias exactas ó dignas de crédito. El Sr. D. Antonio García Cubas, calcula la poblacion de la república en 8.743,614 habitantes.

—Papá, exclamó Luis, bostezando, y atengo mucho sueño.

—Vamos pues á recojernos para salir mañana, lo mas temprano que sea posible, dijo D. Juan.

Media hora despues los viajeros dormian perfectamente.

A las cinco de la mañana del dia siguiente se dirigieron á Arroyozarco.

Luis dormia profundamente sobre las rodillas de D. Juan y Cárlos perfectamente envuelto en su capa, se entretenia en contemplar, al traves de los vidrios, la vaga luz del crepúsculo que comenzaba á colorar con tintas de púrpura y de oro, los lejanos bordes del horizonte.

El carruaje caminaba lentamente.

El silencio era apenas interrumpido por el monótono ruido de las ruedas, al chocar contra las piedras.

Al fin llegaron á la cumbre de la cuesta.

Despues de algun tiempo, Luis despertó sonriendo.

En ese momento el camino pasaba, por una especie de hondonada y á uno y otro lado se elevaban grupos de cerros, coronados de encinos y de otros árboles.

Luis bajó el vidrio para ver mejor, pero tuvo que subirlo en el acto, porque el frio era muy intenso.

—¿Qué punto es este, papá? preguntó.

—La sierra de Calpulalpam, contestó D. Juan: el pueblecito que pronto vamos á ver es célebre por la memorable batalla de Calpulalpam, donde fué derrotado el general reaccionario D. Miguel Miramon.

No bien habia acabado de hablar D. Juan, cuando algunos centenares de indios de todas edades, rodearon el carruaje, extendiendo las manos en ademan suplicante.

—¿Qué quieren, papá? preguntó Luis.

—Estos infelices que estás viendo, casi desnudos, enflaquecidos por la miseria y embrutecidos por la ignorancia, viven de la caridad pública y han hecho una profesion de la mendicidad. Ellos no tienen la culpa de su envilecimiento. Los gobiernos que embellecen las ciudades, que levantan estátuas, que gastan inmensas sumas en fiestas,

han abandonado á estos desgraciados en su desventura. Seguro estoy de que en este pueblo, cuyo aspecto debia hacernos ruborizar, nadie ha pensado en establecer una escuela, ni en dar proteccion al trabajo. ¡Y estos infelices son ciudadanos mexicanos! ¡Oh! en vez de despedazarnos en inútiles contiendas, deberiamos estar pensando continuamente en regenerar, por medio de la educacion, á estos pobres hermanos nuestros, que imploran nuestra piedad, pálidos y macilentos, cuando podrian levantarse erguidos como nosotros, grandes por la ilustracion y poderosos por el trabajo.

Hubo un momento de silencio.

El grito plañidero de los pobres indios que corrian tras del carruaje, llevando á la espalda á sus pequeños hijos, volvió á escucharse más próximo.

Cárlos tomó algunas monedas de cobre y se las arrojó.

D. Juan dió á Luis dinero para que lo distribuyera entre aquellos infelices.

Al caer las monedas al suelo, todos los mendigos se precipitaron sobre ellas, y se presentó á los ojos de los viajeros un espectáculo repugnante.

—Un anciano de más de setenta años habia logrado tomar una moneda de plata, y se levantaba

gozoso, cuando tres ó cuatro indios completamente desnudos, emprendieron con él una terrible lucha para arrebatarle su tesoro.

El anciano se defendia heroicamente.

Al fin sucumbió, cayendo entre las piedras, ensangrentado y lleno de contusiones.

La india que habia triunfado corrió con su moneda y los demás la siguieron dando gritos horrorosos.

Cárlos y Luis estaban profundamente conmovidos.

—Os he llamado la atencion, hijos mios, sobre este triste cuadro, dijo D. Juan, para que si algun dia llegais á tener influencia en los negocios públicos, no os olvideis de estos infelices, como lo hacen en la actualidad muchos de nuestros grandes hombres.

El carruaje siguió caminando con rapidez.

A las diez y cuarenta y dos minutos, llegaron á Arroyozarco.

Esta hacienda es bastante extensa; pero tiene un aspecto triste.

El mezon y hotel de las diligencias, es un viejo edificio, de dos pisos, feo y desaseado.

Nuestros viajeros fueron alojados en el segundo piso.

Inmediatamente pasaron al comedor, que es un gran salon, que se calienta en invierno por medio de una chimenea antigua.

El apetito de los niños era excelente; pero el almuerzo estaba verdaderamente detestable.

El mal servicio de esta posada es proverbial entre los viajeros. La empresa de diligencias sirve mal pero cobra bien.

Despues del almuerzo, D. Juan se dirigió á la oficina del telégrafo.

—¿Papá, preguntó Luis, las cartas pasan por el alambre?

—No, hijo mio, le contestó D. Juan.

—¿Pues explícame qué es el telégrafo?

—Grande dificultad tendré para hacerlo porque careces de algunos conocimientos que son indispensables; sin embargo, procuraré darte una idea de esta maravillosa invencion, que hará eterna la memoria del célebre profesor Morse.

La electricidad es un fluido invisible, cuya velocidad es asombrosa.

—¿Pero si no han visto nunca la electricidad, ¿cómo saben que existe? preguntó Cárlos.

—Porque se sienten sus efectos, contestó D. Juan. El viento no puede ser visto y sin embargo nadie duda de su existencia.

—Y qué ¿la electricidad corre más de prisa que el viento? preguntó Luis.

—Mucho más, hijo mio; su velocidad es tal, que en un segundo recorre algunos millares de leguas.

—Y qué ¿la electricidad lleva los partes?

—Ella misma nos sirve de idioma para comunicarnos con los amigos distantes. Las corrientes eléctricas pueden hacerse pasar por el alambre voluntariamente, ó interrumpirse cuando sea necesario; ahora bien, estas interrupciones sirven de señales y con ellas se ha formado un alfabeto. El empleado en la oficina de Arroyozarco interrumpe una, dos, tres ó más veces la corriente eléctrica; estas interrupciones son notadas en México, y como ellas significan una letra ó una palabra, comprenden perfectamente los oficinistas en la capital lo que nosotros pretendemos decirles.

—¿Y hay muchos telégrafos en el mundo, papá?

—En 1867 existian en las varias partes del mundo, las siguientes líneas telegráficas: en Europa 188,072 kilómetros con 517,074 de alambre; en América 105,646 kilómetros de línea, con 260,290

de alambre; en Asia 35,146 kilómetros de línea con 40,100 de alambre; en Australasia 13,670 con 16,800; en Africa 11,160 kilómetros de línea con 16,800; y submarino 11,816 con 16,697 de alambre. Suma total 365,476 kilómetros ó 49,255 millas geográficas de líneas, con 866,555 kilómetros de alambre que equivalen á 116,786 millas geográficas. En la república mexicana existian en 1870 catorce líneas telegráficas con 4,152 kilómetros y estaban abiertas al público ochenta y dos oficinas. De 1870 á la fecha se han construido nuevas líneas, que se extienden en diversas direcciones. (1)

La extension de todas las líneas telegráficas que existen en el mundo seria casi suficiente para hacer una comunicacion telegráfica entre la tierra y la luna, mientras que la longitud de los alambres, no solamente bastaria para esa comunicacion dos veces, sino que sobraria un pedazo que podria rodear la tierra casi tres veces. Con todos los alambres telegráficos que están en servicio en la actualidad, se podria circular la tierra veintidos veces.

—¿A qué hora nos vamos, papá? preguntó Luis.

(1 Las líneas telegráficas se han multiplicado en estos últimos años, y hoy se extienden en todas direcciones por la vasta extension de nuestro territorio.

—Hoy nos quedamos aquí, contestó D. Juan.

—Pues vamos á dar una vuelta, dijo el niño, abrazándose de las rodillas de su padre.

—Yo tengo necesidad de poner unos telégramas y esperar la contestacion; pero Cárlos te acompañará.

Los dos niños salieron del hotel, radiantes de alegría.

—Mucho juicio, hijos mios, les dijo D. Juan, cariñosamente.

—¡Qué portal tan feo! exclamó Luis: este debe ser el de Mercaderes.

—Aquí no hay mas que una tienda, dijo Cárlos, apuntando en su cartera, y sin fijarse en lo que decia su hermano.

—Mira, mira allí la sierra; qué alta es y qué llena de árboles.

—Es la sierra de Calpulalpan que acabamos de atravesar.

—¿Y por qué se llamará esta hacienda Arroyozarco?

—Yo creo, contestó Cárlos, que le dieron ese nombre por el riachuelo que hemos visto desde el balcon.

—Efectivamente, dijo Luis, allá voy yo á hacer

torrecitas en la arena. Ya verás qué bonita catedral voy á construir.

—Corrió el niño dando saltos de alegria y su hermano á pesar suyo tuvo que seguirle. Allí, forjando frájiles edificios, recogiendo piedrecitas y conversando amigablemente pasaron algunas horas.

En la tarde D. Juan los llevó á ver la fábrica de casimires que existe en la hacienda.

A las siete, comieron é inmediatamente se fueron á reposar.

A las seis de la mañana del dia siguiente continuaron su viaje.

El mal estado del camino hacia á D. Juan temer otra catástrofe y se mostraba inquieto. Luis y Cárlos dormian profundamente.

Al fin el carruaje se detuvo frente á un extenso portal.

—¿Cómo se llama este punto, papá? preguntó Cárlos, despertando.

—La Soledad ó Pololotlan, contestó D. Juan. Este pueblo comenzó á formarse hace veinte años y creció con asombrosa rapidez al principio; desgraciadamente de algun tiempo á acá ha permanecido estacionario.

—Allá enfrente veo una capillita, exclamó Luis.

—En este momento lo que debemos buscar son las fondas, dijo D. Juan, sonriendo.

—Sí, papá, sí, vamos á almorzar, gritó Luis aplaudiendo.

El apetito de nuestros viajeros les hizo calificar el almuerzo de excelente. No valia gran cosa; pero para ser justos, debemos decir que en la Soledad se come mejor que en Arroyozarco.

Al salir de la fonda, vieron á un pobre anciano ciego, que cantaba con triste voz algunas coplas populares. La estraña y dulce expresion de su canto, indefiniblemente melancólico, llamó la atencion de los dos niños.

El viejo bardo del pueblo comprendió que habia excitado la curiosidad y la compasion de los viajeros y para mejor cautivarlos comenzó á tocar en la *jaranita* una alegre sonata nacional.

En el campo, el sonido de la música causa siempre una profunda impresion, y es natural: en la agitacion de las grandes ciudades, los mas dulces acordes se pierden entre los mil rumores de las multitudes; en la soledad, al pié de las montañas, ó al borde de los caminos, cada una de las armonías arrancadas á un instrumento, nos conmueven

tiernamente porque nos revelan la existencia de un corazon que palpita en el goze ó en el dolor, inspirado por el magnífico espectáculo de la naturaleza.

Al ver á aquel anciano ciego, cubierto de harapos, y que con santa resignacion sonreia, exhalando en dulcísimos ecos sus pesares, D. Juan tuvo que ocultarse para enjugar una lágrima.

—¿Está vd. muy triste, cieguito? le dijo Cárlos, acercándose.

El anciano preludió una cancion, y derrepente, como inspirado, contestó cantando:

Estoy triste por lo "probe";
Por lo ciego no lo estoy;
Que usté mira con los ojos
Y yo con el corazon. (1)

Cárlos dió una moneda de plata al pobre poeta de los campos. que se llama José María Rubin.

Entónces el ciego, agradecido, haciendo pasar su aliento por el hueco de las manos, y modulando su voz de una manera extraña, imitó con admirable propiedad el sonido de la flauta y el armonioso canto del zentzontle.

(1) Histórico.

Luis manifestaba su admiracion y su entusiasmo con gritos de alegria y con aplausos.

—Vámonos, dijo D. Juan, dirijiéndose al carruaje, y procurando disimular su emocion.

Los dos niños le siguieron.

El bardo ciego volvió á cantar:

En un camino de flores,
Feliz y "perfecto" dia,
Les desea con alegria
El cieguito á los señores.

El coche se alejó rápidamente, dando saltos entre las piedras de la única calle de la Soledad.

Durante algun tiempo los viajeros percibieron de una manera vaga las lejanas y dulcísimas armonías del admirable ciego.

—¡Cuán bellas inteligencias hay ignoradas y oscuras en nuestro pueblo, exclamó D. Juan. El desarrollo de la instruccion pública hará la felicidad y la grandeza de nuestra patria.

Los dos niños guardaron silencio.

A las once y cincuenta y dos minutos llegaron á San Juan del Rio.

—Hé aquí, dijo D. Juan, una de las ciudades mas importantes del pequeño Estado de Querétaro.

—¿Qué extension tiene este Estado, papá? preguntó Cárlos.

—La superficie de su territorio es de 506 leguas cuadradas ó sea 8,883 kilómetros. Está situado entre los 20° 1′ y 21° 36′ de latitud septentrional y los 0° 4′ y 0′ 14″ de longitud O. del meridiano de México.

—¿Y cuáles son los Estados que están cerca de Querétaro, preguntó Luis?

—Querétaro tiene por límites: al N. el Estado de San Luis Potosí, al E. el de Hidalgo; al S. el de Michoacan, y al O. el de Guanajuato.

—¿Y tambien hay en Querétaro presidente, papá?

—No, hijo mio; el Estado de Querétaro es libre, soberano é independiente, como los demás Estados de la federacion; pero no es una república ni constituye una nacionalidad. Como una de las partes integrantes de la República Mexicana, está unido por medio del pacto general á los demás Estados. Para su régimen interior, tiene su constitucion particular y sus leyes. El poder ejecutivo está depositado en el gobernador, el lejislativo en el

congreso del Estado, y el judicial en el tribunal superior de justicia.

—¿Cuál es la division política del Estado? preguntó Cárlos.

—Querétaro está dividido en seis distritos que son: Querétaro, S. Juan del Rio, Amealco, Jalpam, Toliman y Cadereita.

—¿Y hay aquí muchos habitantes, papá?

—La poblacion del Estado, contestó D. Juan, se calcula en 153,286 habitantes; la del distrito de S. Juan del Rio, donde estamos, en 31,412 y la de esta agradable y pintoresca ciudad, cabecera del distrito, en 9 ó 10,000.

—¿Y qué figura tiene el Estado de Querétaro?

—Es muy irregular: la línea que lo circuye, dividiéndolo de los Estados limítrofes, presenta una multitud de ángulos entrantes y salientes. En el interior del país hay algunos cerros áridos, y no léjos de estos, montañas cubiertas de frondosos bosques. En este distrito, como habrás visto, el aspecto es enteramente diverso; el viajero descubre valles bellísimos, entrecortados por colinas pintorescas y poco elevadas.

—Efectivamente, papá, dijo Cárlos: S. Juan del

Rio está situado en un valle estrecho, pero hermosísimo.

—San Juan del Rio, es la perla del Estado de Querétaro: en su distrito, la agricultura es de grande importancia, porque posee excelentes tierras de labor.

—Aquí hace menos frio que en Arroyozarco, papá, exclamó Luis.

—El clima del Estado de Querétaro es muy variado, contestó D. Juan; en Amealco: Mextitlan y otros varios pueblos, el temperamento es muy frio; en el mineral del Doctor, el invierno es tambien riguroso; en Toliman, San Pablo y otros lugares de la Sierra, el temperamento es caliente y en San Juan del Rio y Querétaro es templado y agrabable.

—¿Y hay muchas montañas en el Estado, papá? preguntó Cárlos.

—Hay algunas, hijo mio; las principales son: la del Gallo en el Distrito de Amealco á legua y media al S. O. de la cabecera; la de Santa Rosa, la de Minteji á dos leguas N. E. de Cadereita. Los cerros mas notables son: el de Mastranto á tres leguas al Sur de Tequisquiapam; el del Aguacate, y el del Cimatario, al Sur de Querétaro. El de la

peña de Bernal es celebrado por la altísima roca que lo corona.

—¿Y cuáles son los rios principales?

—Creo que no te ha llamado mucho la atencion la geografía de Querétaro y la vas olvidando, dijo D. Juan bondadósamente.

—¿Pues no decia que era tan sábio? exclamó Luis.

—Cárlos se ruborizó y bajó los ojos.

—¿A dónde se le fué la ciencia? insistió el pequeñuelo burlándose.

—Papá, mira á Luis, exclamó Cárlos, pudiendo apenas contener su llanto.

—Vamos, no seas tonto; es broma de tu hermano, le dijo D. Juan acariciándole. Voy á decirte cuales son los rios principales de Querétaro y procura que no se te olviden sus nombres. Uno de los mas notables es el de San Juan, que nace en Huapongo y pasa por San Juan del Rio, Tequisquiapam, la Magdalena, Venta de San José, Hacienda de los Charcos, y Rancho de Paté, uniéndose al fin al rio de Moctezuma del cual es afluente.

—Es decir que ese rio pasa á las orillas de esta poblacion, dijo Luis? ¿cómo no lo hemos visto?

—Mañana lo verás, contestó D. Juan; pero te ruego que no me interrumpas.

—Luis guardó silencio un momento; pero cediendo al impulso de su génio fogoso, derepente se puso de pié sobre su asiento y comenzó á tocar marchas en los vidrios del carruaje.

—¿Cuáles son los otros rios que riegan al territorio del Estado, papá? preguntó Cárlos.

Los siguientes: el de Huimilpam, que nace en el cerro de las Neverías y recorre diez y seis leguas en el Estado, pasando por el Batan y el pueblito; el de Querétaro que nace en la hacienda de Servin y va á aumentar las aguas del rio de la Laja, y el de Moctezuma que forma parte de los límites orientales del Estado.

El carrauje se detuvo en la puerta del hotel de las diligencias.

—Me gusta mucho esta poblacion, exclamó Cárlos.

—¡Qué calle tan ancha! dijo Luis.

—Esa doble hilera de árboles que le dan sombra, la hace muy agradable, añadió D. Juan.

—He oido decir que San Juan del Rio no tiene mas que una calle ¿será esta, papá?

—Te han engañado, hijo mio: esta es la vía prin-

cipal, pero la ciudad es bastante extensa; dentro de un momento iremos á conocerla.

—He observado que la mayor parte de las casas son de un solo piso, dijo Cárlos.

—Efectivamente; pero hay casas de construccion moderna y muy cómodas.

—Vamos á dar una vuelta, papá.

—Estás muy ansioso; tomaremos algo en la fonda y despues iremos, dijo D. Juan.

Su idea fué aprobada por los dos niños.

La comida que les sirvieron en el hotel de diligencias les pareció excelente.

A las dos de la tarde, se dirigieron á la oficina del telégrafo, y de allí á la casa de correos. D. Juan recojió sus cartas, y despues de haberlas leido, comenzó á vagar por la ciudad, seguido de sus hijos.

—¿No te escribe mamá? preguntó Luis.

—No hijo mio; y estoy bastante inquieto por su silencio, temiendo que esté enferma.

—Y Luis tiene la culpa, dijo Cárlos, aprovechando la oportunidad que se le presentaba para vengarse. Bien se conoce que no la quiere como yo, añadió dando á su voz una marcada expresion de reproche.

—Eso no es cierto, exclamó Luis; yo quiero mucho á mamá, mas que tú; y comenzó á llorar.

—¡Juicio niño! que estamos en la calle, dijo D. Juan.

—Llévame con mamá, gritó Luis, sollozando.

—No es cosa muy fácil; estamos ya bastante lejos de ella.

—¿Pues qué distancia hay de aquí á México? preguntó Cárlos.

—Cuarenta y tres leguas.

—Luis continuó llorando, y D. Juan tuvo que comprarle unos dulces para hacerle callar.

—¿Qué edificio es este, papá? preguntó el niño, enjugando sus lágrimas.

—Es la casa del ayuntamiento, construida hace poco tiempo: aquí está la jefatura política y algunas otras oficinas públicas.

—He visto muchos templos, papá.

—Sí, hay algunos.

—¿A dónde vamos ahora?

—A la plaza principal.

—Allí está, exclamó Luis; tiene una columna en el centro, coronada por un águila.

—Lo mas notable de San Juan del Rio es el

panteon nuevo; vamos á verlo para que Cárlos complete sus apuntes, dijo D. Juan.

—Vamos, papá.

Los tres viajeros retrocedieron en el acto; atravesaron algunas angostas callejuelas, y comenzaron á subir por la suave pendiente de una loma poco elevada.

En la cumbre de esta pequeña altura está el panteon. Antes de visitar la fúnebre morada, D. Juan hizo admirar á los dos niños el magnífico paisaje que á su vista se presentaba. Al pié de la loma se extiende la ciudad, irregular y caprichosa apiñada en el estrecho valle, ostentando sus esbeltas torres y presentando á los viajeros sus estrechas calles bordadas de arboledas extensas, y salpicadas, por decirlo así, de festones de verdura; á la orilla de la poblacion corre el rio, entre huertos frondosísimos y serpenteando en diversas direcciones, se pierde entre las colinas.

La puerta del panteon se abrió en ese momento para dar paso á un lúgubre cortejo. En un pequeño ataúd, dos hombres conducian el cadáver de un niño de pocos años: á pocos pasos una mujer del pueblo lloraba silenciosamente. Al ver aquel

dolor mudo y profundo; se comprendia que la pobre mujer era una madre.

D. Juan y los dos niños penetraron á la triste morada, detras de la mortuoria comitiva.

El panteon de San Juan del Rio es un cuadrado de poca extension, cercado por todas partes por una alta barda. Su aspecto es melancólico, pero no pavoroso; la luz penetra libremente allí, y algunos árboles plantados á cortas distancias, purifican el ambiente. En el centro se eleva un magnífico monumento, que cubre los restos del fundador de aquel sagrado asilo.

Cárlos y Luis se entretuvieron en mirar la multitud de epitafios que cubren las paredes; D. Juan conversaba entre tanto con el sepulturero.

La indecisa luz del crepúsculo, vino al fin á dar un tinte indefinible á aquel doloroso cuadro.

Los tres viajeros salieron de allí conmovidos y se dirijieron á su alojamiento.

Al llegar á la casa de diligencias, D. Juan sentado cerca de una mesa, tomó el album de Cárlos y escribió lo siguiente:

"A la orilla del rio se eleva una casita pobre medio oculta en un silvestre bosquecillo. Allí viven desde hace mucho tiempo, tranquilos y felices

un honrado jornalero y su esposa María. Ambos amaban con todo su corazon á su pequeño hijo Miguel.

María habia sido una esposa escelente y era una madre tierna y cariñosa.

Un dia Miguel, que tenia ya seis años, se entretenia en hacer puentes y casitas, en la arena del rio, metido en el agua, y recibiendo los rayos de un sol abrasador.

María lo reprendió bondadosamente, y le dijo que nunca volviera á bajar al cauce del arroyo porque las avenidas de éste, eran muy frecuentes y podia llegar á sucederle una desgracia.

—El niño prometió obedecerla, llenándola de besos y de caricias.

Trascurrió algun tiempo.

Una tarde Miguel estaba solo en la casa.

—Su madre, al salir, le habia mandado que no se apartara del punto donde lo dejaba; pero al cabo de algunas horas, olvidándose de los consejos maternales, el inquieto niño se sentó á la sombra de unos fresnos. Poco á poco fué venciendo su temor y al fin desendió al rio.

La tarde declinaba.

Miguel oyó á lo lejos un ruido extraño; pero no

alcanzando á descubrir nada que pudiera alarmarle, continuó en sus infantiles juegos.

De repente oyó un grito penetrante y desgarrador; volvió los ojos y descubrió á su pobre madre, que pálida como la muerte, le llamaba y corria hácia él.

En ese instante se sintió arrebatado por la corriente.

Tendió las manos con indecible angustia, pero en ninguna parte encontró un apoyo.

Dos labradores recogieron esa misma noche el cadáver del hijo desobediente.

Cárlos y Luis han asistido esta tarde á los funerales del desdichado niño."

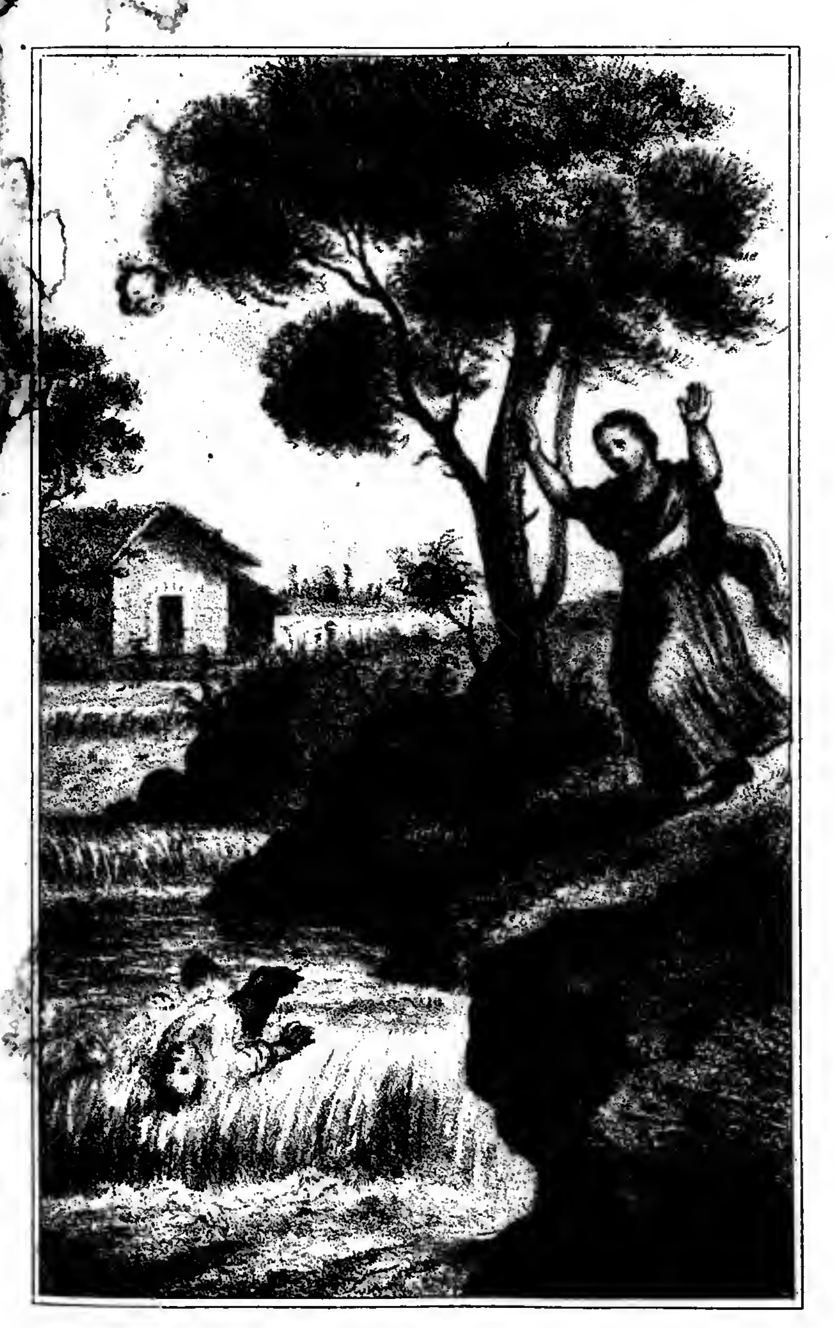
Al leer Cárlos estas líneas, abrazó á D. Juan cariñosamente, y le ofreció no desobedecerle nunca.

—Hazlo así, hijo mio, dijo D. Juan, pues sobre el hijo cariñoso y bueno desciende siempre la bendicion del cielo.

A las seis de la mañana del dia siguiente salieron nuestros viajeros para Querétaro.

A las once llegaron á la cuesta china.

Como la rápida pendiente de la montaña es bastante peligrosa, D. Juan y los dos niños descendieron del carruaje.



Se sintió arrebatado por la corriente.



Desde allí pudieron contemplar un espléndido panorama. A lo lejos se descubre la ciudad de Querétaro, célebre en nuestra historia, extendiéndose en una tendida loma, rodeada de árboles y ostentando orgullosa las elevadas torres de sus numerosos templos. A alguna distancia se eleva el Cimatario; mas cerca el memorable Cerro de las Campanas, y al terminar la cuesta, el soberbio acueducto, monumento notable que se desprende de las sinuosidades de las montañas, serpenteando en varias direcciones, cruzando cerros y colinas y extendiéndose en el espacio de dos leguas, atrevido y caprichoso, hasta tocar los muros de la ciudad.

Despues de haber andado algun tiempo D. Juan y los niños, volvieron á subir al carruaje; y á las doce y cuarto, atravesaron las estrechas calles de Querétaro, deteniéndose en el hotel del Aguila Roja.

CAPITULO VI.

Querétaro.—El acueducto.—La Fábrica de Hércules.—La cañada.—Agradable sorpresa.—Nuevo viaje.—Sorpresa desagradable.

—En este hotel, dijo D. Juan, estuvo algun tiempo el desgraciado príncipe Maximiliano. Cuéntase que al llegar á Querétaro por primera vez, su caballo tropezó frente á este edificio, y él entónces, pálido de emocion, auguró que esta ciudad deberia serle fatal.

—Por lo poco que he visto de Querétaro, dijo Cárlos, me parece que es una de las ciudades mas importantes de la república.

—Querétaro debe colocarse entre las ciudades de segundo órden, contestó D. Juan; es inferior á Guadalajara, á Puebla, á Guanajuato, á S. Luis Potosí y á otras varias capitales de Estado. En

la época del gobierno colonial, era de las mas importantes ciudades de la Nueva España, tanto por la actividad de su comercio como por el desarrollo que habia adquirido su industria manufacturera. Esta ciudad era tenida en alto aprecio como punto de depósito para todas las demás provincias centrales.

La fábrica de tabacos producia al gobierno vireinal enormes cantidades y las demás rentas eran verdaderamente pingües.

Hoy Querétaro no es ni la sombra de lo que en otro tiempo fué: lánguido y silencioso, revela en su actitud inerte el profundo malestar que le devora.

La animacion, el movimiento, el placer de otra época mas bonancible, parece haber desaparecido para jamás volver: su comercio está casi inmóvil, su industria se apaga, su agricultura decae: todo, en una palabra, está manifestando que la miseria y la desolacion se aproximan á grandes pasos para destruirlo.

—¿Y por qué le dieron á esta ciudad el nombre de Querétaro, papá?

—Lo ignoro, hijo mio; lo único que puedo de-

cirte es que Querétaro en idioma Tarasco, significa: "lugar donde se juega á la pelota."

—¿Y cuándo fué fundado?

—Por los años de 1545 ó 1546, segun el sábio escritor mexicano D. Cárlos de Sigüenza y Góngora. Los españoles capitaneados por D. Fernando de Tápia, conquistaron esta ciudad el dia 25 de Julio de 1531. Es fama que durante el sangriento combate que tuvieron que sostener, se les apareció el apóstol Santiago, cubierto de armadura magnífica y refulgente, y caballero en un brioso corcel, tan blanco como la nieve. Por esta razon dieron á la poblacion el nombre de "Santiago de Querétaro."

Habiendo progresado rápidamente; el año de 1665 fué elevada al rango de ciudad, con el título de muy noble y muy leal y el goce de varias exenciones y privilegios.

—¿Qué distancia hay de México á aquí, papá? preguntó Luis.

—Sesenta leguas, al Oeste Noroeste, contestó D. Juan.

—Ya tengo mucha hambre, dijo Cárlos.

—Yo tambien, exclamó Luis.

—Parece que nuestra salud no va mal con los viajes, dijo D. Juan, con bondadosa sonrisa.

—¿Vamos á comer, papá?

—No tengo ningun inconveniente.

—Despues de haber almorzado bastante bien, en la fonda del hotel, nuestros tres amigos salieron á recorrer las calles de la ciudad. Querétaro tiene un aspecto extremadamente triste; cierto es que en sus angostas calles se levantan magníficos edificios y soberbios templos, pero en todas partes reinan el silencio y la soledad. Con excepcion del movimiento industrial y mercantil que era mayor en el tiempo del gobierno colonial, se puede asegurar que Querétaro no ha cambiado. Las revoluciones lo han conmovido frecuentemente; la reforma con su hacha formidable ha destruido sus viejos conventos, haciendo desaparecer las decrépitas instituciones; un sitio terrible lo azotó con el fuego de sus granadas, reduciendo á escombros sus mas importantes arrabales; pero á pesar de esto, Querétaro, considerado moral y socialmente, está en el mismo estado que hace cien años. Un ilustrado escritor, dice con mucha justicia, que las costumbres se arraigan en los pueblos como los grandes árboles en la tierra.

El teatro generalmente está cerrado. Nosotros hemos permanecido algun tiempo en esta ciudad, y la impresion que nos ha causado nos entristece aun con su recuerdo.

D. Juan y los dos niños comenzaron por recorrer la calle del hospital que es la mas ancha, y mejor de la poblacion: de allí se dirigieron á la plaza donde últimamente se ha formado un bonito jardin.

—Mira, papá, el zócalo, exclamó Luis. ¿Cómo se llama aquel templo?

—Es la catedral, contestó D. Juan. Querétaro es residencia de un obispo y tiene tres curatos que son: Santiago, Santa-Ana y San Sebastian.

—¿Cuáles son los templos mas notables? preguntó Cárlos.

—El Santuario de Guadalupe, el Oratorio de San Felipe Neri, San Francisco, la Cruz, S. Antonio, Santo Domingo, S. Agustin y la Merced. Los conventos de religiosas que existian antes, eran los siguientes: Capuchinas, Santa Clara y Santa Teresa. Hoy, al través del magnífico convento de Santa Clara, está abierta una fea calle que veremos otro dia.

—Vamos á ver las otras calles, papá.

—No es fácil que puedas conocer hoy á Querétaro: ¿A dónde quieres ir?

—Adonde tú quieras.

—Estamos muy cerca del portal, compraremos los celebrados dulces cubiertos, que nunca dejan de consumir los viajeros.

Al salir de la dulcería comenzaron á vagar á la ventura.

—¿Qué edificio es ese, papá? preguntó Cárlos

—Es el palacio del gobierno, contestó D. Juan.

—¿Pues cuáles son los edificios mas notables?

—Ese que estás viendo, el colegio y el teatro.

—¿Vamos á ver el teatro, papá? exclamó Luis.

—Hay dos teatros, hijo mio, el de Iturbide que es el mejor, está situado en el ángulo que forman dos calles: es pequeño; pero elegante.

—Allí está, papá, allí está.

Efectivamente: ese es el famoso teatro de Iturbide.

—Los dos niños penetraron al interior del teatro y D. Juan se quedó en la calle conversando con un amigo.

Despues de un momento salieron los curiosos niños.

—Por dentro es igual al Nacional de México, dijo Luis; pero este me parece una miniatura.

—¿Y cuánto costaria la construccion de este teatro, papá? preguntó Cárlos.

—He oido decir que mas de ciento cincuenta mil pesos, contestó D. Juan; pero creo que hay exajeracion en la cantidad.

Despues de haber vagado toda la tarde por la ciudad, regresaron á su alojamiento.

—Papá, dijo Cárlos, ya sé que en Querétaro hay un colegio, un hospital y un hospicio.

—¿Cuándo vamos á la cañada, papá? preguntó Luis.

—Mañana en la tarde, despues que arregle unos negocios; en la mañana iremos á ver las magníficas fábricas de hilados y tejidos pertenecientes al Sr. D. Cayetano Rubio.

D. Juan pasó escribiendo una parte de la noche.

Cárlos y Luis dormian perfectamente.

A las seis de la mañana del dia siguiente, se dirijieron á la fábrica de Hércules. El edificio agradó mucho á Cárlos: pero lo que mas le llamó la atencion fué la grande estátua que adorna el patio y que está tallada primorosamente en mármol blanco.

—¿Quién es este señor? preguntó Luis.

—Es Hércules, hijo mio, contestó D. Juan, riendo.

—Pues yo no le conozco, papá.

—Hércules es uno de los semidioses de la mitología de los griegos: otra vez te explicaré mas detenidamente esto y otras muchas cosas.

Los dos niños estaban verdaderamente encantados.

El poderoso ruido de la corriente que dá impulso á la grande rueda hidráulica; el movimiento de las máquinas, el rumor de los telares, todo los sorprendia agradablemente.

—¡Qué grande es este edificio, papá! exclamó Cárlos.

—Efectivamente, hijo mio: ocupa una superficie de mas de 100,000 metros cuadrados, y se emplean en la fábrica mas de dos mil quinientos operarios.

—¿Y cuántas fábricas de hilados y tejidos existen en Querétaro?

—Además de esta y la de la Purísima, perteneciente tambien al Sr. Rubio, hay otra en la hacienda del Batan.

—Vámonos, papá, dijo Luis, abrazándose de las rodillas de su padre.

—Estás muy ansioso y muy inquieto, le dijo D. Juan, bondadosamente.

—Quiero ir á la cañada, exclamó el niño.

—En este momento no es posible, iremos en la tarde.

—Está bien, papá.

—Don Juan se despidió del administrador de la fábrica y los tres viajeros regresaron á Querétaro.

—Papá, preguntó Cárlos, ¿cuál es la industria de los habitantes de Querétaro?

—La mas importante es la agricultura; en el Estado existen haciendas magníficas que dan á sus propietarios cuantiosos productos. La industria fabril se ha desarrollado tambien considerablemente. En otro tiempo la industria manufacturera tenia un grande impulso, y los artefactos fabricados en Querétaro se vendian con mucho aprecio en toda la República.

—El almuerzo está servido, dijo un criado.

Inmediatamente nuestros viajeros pasaron al comedor.

Cárlos y Luis hicieron grandes elogios de la comida.

Despues del almuerzo, Don Juan salió á arreglar algunos negocios mercantiles.

A las cuatro de la tarde se dirigieron todos á la Cañada.

El paseo de la Cañada, situado á dos leguas al Este de la ciudad, es indudablemente uno de los sitios mas hermosos y mas pintorescos que existen en el Estado. Es un valle estrechísimo, rodeado de montañas elevadas, cubiertas de verdura, y bordado en todas direcciones de huertas y de jardines. Allí se agrupa el blanco caserío entre bosques de frondosos fresnos y de altísimos aguacates, que entrelazando sus ramas, forman un magnífico dosel, al través del cual no pueden penetrar los rayos del sol.

El agua del canal que dá movimiento á las fábricas, derrama la fecundidad y la frescura; y por todas partes se ven frutos, festones de flores, y pájaros que cantan en las enramadas.

Cárlos y Luis no sabian cómo manifestar su alegría.

Don Juan les contemplaba sonriendo.

—¡Qué contento estoy! exclamaba Luis, saltando con ese gozo purísimo de la infancia.

—Qué lástima que mamá y Adelina no puedan admirar este paisaje, decia Cárlos.

—Mucho me va gustando Querétaro, dijo el pequeñuelo.

—Bien se te conoce, dijo Don Juan; seguro estoy que no te has de olvidar en muchos años del paseo de la Cañada.

—Y mañana ¿á dónde vamos, papá?

—Creo que no te disgustará admirar otra vez el acueducto.

—Sí, sí, dijo Cárlos; y espero que me harás explicaciones para enriquecer mis apuntes.

—Con mucho gusto, hijo mio.

—¿Qué, ya nos vamos? preguntó Luis, viendo que Don Juan se dirigia al carruaje.

—Sí; ya es bastante tarde, y en los alrededores de Qnerétaro hay siempre mucha inseguridad.

Al dia siguiente, á las ocho de la mañana, se dirigieron á ver el acueducto.

El acueducto de Querétaro, es uno de los mas bellos monumentos que existen en la República.

Cárlos le contemplaba con verdadera admiracion.

—¡Qué arcos tan grandes! exclamó Luis.

—Cada uno de ellos tiene treinta y cuatro varas contestó D. Juan.

—¡Qué pilares tan macizos! dijo Cárlos, aproximándose.

Los cimientos tienen veinticuatro varas en cuadro y catorce de profundidad.

Cárlos escribió en su album.

—¿Y cuántos pilares serán, papá? preguntó Luis.

—Setenta y dos, la distancia que media de uno á otro es de diez y ocho varas.

—¿Y de dónde viene el agüa?

—De un punto que dista de la ciudad dos leguas· al construir esta magnífica arquería, hubo necesidad de cortar parte de algunos cerros y de hacer otras obras de grande magnitud. Ved hácia la izquierda: parece que suben y descienden los arcos por la montaña, siguiendo las sinuosidades del camino; rozan las rocas, desaparecen á trechos y vuelven á aparecer, arrojándose al fin al valle, atrevidos y magestuosos, centinelas eternos de la ciudad. Este espléndido monumento, testigo mudo de los acontecimientos de dos siglos, ha sido herido por los cascos de las granadas y ha visto hundirse á su planta la gloria y la grandeza de un imperio.

—¿En qué año fué construido, papá?

—El 15 de Enero de 1726 se colocó solemne-

mente la primera piedra, y la obra quedó terminada el 27 de Octubre de 1738.

El costo total ascendió á ciento veinticinco mil pesos. Los queretanos deben esta importantísima mejora al celo y á la riqueza del Sr. Don Juan de Urrutia y Arana, marqués del Aguila.

—Me gusta mas el acueducto que la cañada, dijo Cárlos.

—Pues á mí no; replicó su hermano.

—¡Qué entiendes tú de esto!

—Vamos niños, juicio; dijo D. Juan comprendiendo que la discucion comenzaba á acalorarse.

Hubo un momento de silencio.

Don Juan se dirigió al carruaje.

Los niños le siguieron.

Media hora despues estaban en la alameda.

—Hé aquí, dijo Don Juan, un paseo hermosísimo, entristecido por la soledad y por el desaseo; aquí la naturaleza está luchando constantemente contra el abandono de los hombres.

—En la glorieta central está la estátua de Hidalgo, exclamó Cárlos.

—No es la de Hidalgo, hijo mio, es la del marqués del Aguila.

—¡Qué fea! dijo Luis.

—Ciertamente no es una obra maestra de escultura, contestó Don Juan.

—Vámonos, papá; yo quiero ver el cerro de las Campanas.

—Nada tiene de particular; pero, ya que deseas ir, te daré gusto.

El cerro de las Campanas es una colina árida y de poca elevacion, que se ha hecho memorable por haberse levantado en ella el cadalso del archiduque de Austria, Fernando Maximiliano.

—Ahí están las tres cruces, exclamó Luis.

—En ese sitio, en la cumbre de la colina, dijo Don Juan, fueron fusilados el desgraciado príncipe, y los generales imperialistas Miramon y Mejía, el 19 de Julio de 1867.

Cárlos escribió.

Despues de un momento de muda contemplacion, los tres viajeros volvieron al hotel.

En la tarde Don Juan fué á arreglar un negocio y los dos niños permanecieron en su alojamiento, esperándole.

Cárlos leia un libro de viajes; Luis cantaba alegremente.

Habian pasado algunas horas.

Los últimos rayos del crepúsculo penetraban

al través de los vidrios del balcon, y se reflejaban de una manera vaga y fantástica en las blancas paredes del aposento.

Cárlos cerró su libro.

Luis salió al corredor.

—Ven acá, Luis, exclamó Cárlos; mira que papá nos dijo que le aguardáramos aquí, acuérdate del hijo de María.

Luis habia bajado ya las escaleras, corriendo, y no pudo oir la voz de su hermano.

Cárlos salió á buscarle.

Al llegar á la puerta del hotel los dos niños lanzaron un grito de alegría.

Mamá, mamá, exclamaron á la vez y corrieron á abrazar á su excelente madre que entraba, acompañada de Don Juan y seguida de Adelina.

Doña Luisa, pálida y conmovida, los extrechó contra su corazon y los besó apasionadamente.

Adelina se aproximó cariñosa al hermoso grupo y abrazó tambien á sus hermanos.

Durante un largo rato no se escucharon mas que frases afectuosas y dulces reconvenciones.

Doña Luisa llena de inquietud por no haber recibido carta alguna de Don Juan, habia tomado la

diligencia y en dos dias, habia llegado á Querétaro.

—Celebro tu venida, dijo Don Juan, porque los negocios me obligan á ir á Guadalajara, y hubiera sentido mucho tener que hacer solo un viaje de mucho tiempo.

—Que viva mi papá! exclamó Luis, dando saltos de alegría.

—¿Y cuándo nos vamos? preguntó Cárlos.

—Mañana, al amanecer, saldremos todos para Celaya; contestó Don Juan.

En ese momento llegaron al cuarto donde estaban alojados.

Cárlos, empujó la puerta y lanzó un grito. El cuarto presentaba un cuadro verdaderamente desolador: el suelo estaba sembrado de papeles y de otros objetos; la cerradura del cofre estaba rota; el neceser, el vestido de viaje, la ropa de los viajeros y el dinero, habian desaparecido.

Por la imprudencia de estos niños nos han robado, dijo Don Juan.

—Se llevaron mis dulces, exclamaba Luis llorando inconsolable.

—Hé aquí el fruto de la desobediencia, dijo Don

Juan severamente; yo te recomendé que me esperases aquí y no dejaras salir á tu hermano.

—Luis tuvo la culpa, decia Cárlos.

—¿Quién dejó la puerta abierta? preguntó Luis.

—Si tú no hubieras salido......

—Basta, niños, dijo Doña Luisa; este acontecimiento hará que seais prudentes y cuidadosos en lo sucesivo y que nunca desobedezcais á vuestros padres.

—Lo que yo mas siento es mi album, exclamó Cárlos; en él habia escrito mis apuntes y mis impresiones de viaje.

—¡Qué lástima! dijo Don Juan, sonriendo; es ciertamente una pérdida inmensa que nunca deplorarán suficientemente las generaciones venideras.

—No te burles de mí, papá.

—Vamos á cenar para recojernos porque tenemos que levantarnos al amanecer, dijo Don Juan.

—Una hora despues, todos dormian profundamente.

CAPITULO VII.

Precauciones.—Alarma.—El Estado de Guanajuato.—Apaseo.—El puente de la Laja.—Celaya.—El templo del Cármen y el de San Francisco.—Tres Guerras.—Encuentro inexperado.

Antes de amanecer, nuestros viajeros se pusieron en camino.

Al atravesar las angostas calles de Querétaro, solo el ruido del carruaje interrumpia el silencio que en todas partes reinaba.

De trecho en trecho se veia la expirante luz de algun farol, derramando inciertos y vacilantes fulgores.

Los serenos dormian tranquilamente.

En menos de un cuarto de hora el carruaje llegó á la garita.

En el campo se extendia una niebla blanquísima, que daba á todos los objetos una forma vaga y fantástica.

—Nos vienen siguiendo, papá, exclamó Cárlos, de repente, asomando la cabeza por la portezuela.

Doña Luisa lanzó un grito; Adelina temblaba á pesar suyo, y Luis se refugió asustado entre los brazos de su padre.

Don Juan tomó su rifle y lo preparó.

—¿Cuántos son? preguntó Doña Luisa.

—¿Qué se ofrece, señor? pregunto un ginete, acercándose al carruaje.

—Nada, hombre, nada.

—¿Qué sucede? pregunto Doña Luisa.

—Son los criades que armé en Querétaro para que nos acompañaran, dijo Don Juan.

—Buen susto me has dado; exclamó Doña Luisa, dirigiéndose á Cárlos, en tono de reconvencion.

—Mamá, yo creia que eran ladrones......

—El camino, no está muy seguro, dijo Don Juan, y por eso tomé algunas precauciones. El Estado de Querétaro, ha adquirido una triste celebridad.

Despues de este incidente, todos guardaron silencio.

Trascurrió media hora, y los primeros rayos de

la mañana comenzaron á iluminar los bordes del horizonte.

—Mira, papá, ¡qué bonito! exclamó Luis, lleno de alegría, señalando algunos ligeros celajes que flotaban en el Oriente, teñidos de oro y de púrpura.

Ya va á salir el sol, dijo Adelina.

El cielo, hácia la parte oriental, resplandeció en ese momento con un vivísimo fulgor color de fuego.

Un instante despues, la luz del astro rey se reflejó en los cristales del carruaje.

Doña Luisa, conmovida, recitó una oracion.

—¿Qué punto es este, papá? preguntó Cárlos

—La Estancia de las Vacas,

—Ahí están, exclamó Cárlos.

—Efectivamente, dijo Don Juan; tras de aquella cerca veo cuatro hombres sospechosos.

Los criados se acercaron.

Don Juan tomó su rifle y bajó.

Cárlos le siguió animosamente.

—Niño, ven á acá, gritaba Doña Luisa, llena de angustia.

Nuestro pequeño viajero, enardecido al aspecto del peligro, habia tomado una de las pistolas de Don Juan, y sin oir las súplicas de Doña Luisa, avanzaba resuelto hácia el enemigo.

Uno de los malhechores, dejó en ese instante la emboscada y se adelantó.

Doña Luisa, impulsada por el amor maternal corrió hácia su hijo.

Cárlos apuntó al bandido, cerró los ojos y disparó.

Doña Luisa en ese instante, alcanzó á Cárlos y le cubrió con su propio cuerpo.

Los ladrones huyeron precipitadamente, internándose en un bosquecillo de nopales.

—Ya se fueron, exclamó Luis, ya se fueron.

Don Juan, Doña Luisa y Cárlos volvieron á subir al carruaje y continuaron su camino.

Durante dos horas, todos hablaron de la aventura de los ladrones.

Doña Luisa reconvenia á Cárlos amargamente, y Don Juan sonreia.

—¿Qué punto es aquel, papá? preguntó Adelina, señalando un pueblecillo que se descubria á lo léjos.

—Es Apaseo, contestó D. Juan. Afortunadamente estamos ya en el territorio del Estado de Guanajuato; aquí se disfruta un apacible bienestar; aquí todo florece; aquí se respira el ambiente de la seguridad y de la paz.

Guanajuato, es uno de los Estados mas ricos y mas importantes de la República, dijo Cárlos, tanto por su poblacion, como por la importancia de su industria minera, y por su agricultura. Su situacion geográfica y topográfica, la suavidad de su clima dulce y benigno, y sus numerosos elementos de prosperidad y de grandeza, lo han elevado ya á una altura verdaderamente envidiable. En la agitacion de las funestas discordias que desgraciadamente han conmovido á nuestro país, él ha sabido conservar la paz; cuando todo decae él progresa; es un náufrago venturoso, salvado del furor de nuestras tormentas políticas. Guanajuato está situado entre los 20° y 21° 41' latitud septentrional y entre 0° 37' y 3° de longitud Oeste del meridiano de México.

—Muy sospechoso es tu entusiamo en favor de Guanajuato, dijo D. Juan,

—Todo esto me lo ha enseñado un amigo mio, hijo adoptivo del Estado, que me ha ofrecido escribir la relacion de mis viajes.

—¿Y cuáles son los Estados que están cerca de Guanajuato, papá? preguntó Luis.

—Al Norte está San Luis Potosí, al Este Querétaro, al Sur Michoacan y al Oriente Jalisco.

—La extension de su territorio es de 1642 leguas cuadradas ó sea 28,827 kilómetros, dijo Cárlos.

—Mucho cariño has tomado á este Estado, exclamó Doña Luisa.

—Su historia es muy gloriosa, su porvenir magnífico, dijo el niño. Segun un sábio escritor, cerca de las tres cuartas partes del dinero que circula en el mundo, ha salido de las minas de Guanajuato.

—Parece que aquí naciste, dijo Adelina.

—A mucha honra lo tendria, contestó Cárlos. Vas á ver qué país tan rico, qué territorio tan fértil, qué paisajes tan pintorescos, qué ciudades tan hermosas, qué habitantes tan sencillos, tan sinceros y tan hospitalarios.

—Tiene mucha razon, dijo Don Juan: todos los viajeros elogian á Guanajuato.

Dos cadenas de montañas no interrumpidas, magestuosas é imponentes, recorren el territorio de S. E. á N. O., una de ellas es la *Sierra gorda*, la otra la *Sierra de Guanajuato.* Hácia el Sur se elevan varias cordilleras, bordadas de magníficos bosques, entre los cuales lleva su corriente el famoso rio de Lerma. Entre las montañas se extien-

den dilatadas y florecientes praderas, campos cultivados y huertas hermosísimas.

Las llanuras mas notables, son las que vamos pronto á admirar y que se conocen con el nombre de "el Bajío."

—¿Y cuáles son las montañas mas elevadas, papá? preguntó Luis.

—La de los Llanitos, situada á tres leguas al Norte de la capital y cuya altura absoluta sobre el nivel del mar es de 2,815 metros; la del Gigante al N. O. de Guanajuato, y cuya elevacion es de 2,346 metros; la del Cubilete, formada de basalto y que se encuentra al O. de la capital, á las inmediaciones de la ciudad de Silao; la de los Calzones, de pórfido en su mayor parte y situada al N. del Estado; la del Fraile cerca de San Felipe; la de San Júdas en la municipalidad de San Miguel de Allende; la de Culiacan cerca de Salvatierra; la de la Batea, inmediata al Valle de Santiago, y la del Agustino, á corta distancia de Tarimoro.

—¿Y hay muchos bosques, papá? pregutó Adelina.

—No escasean, hija mia; los principales son los

de la sierra, al N. E. y el bosque de mezquites de Marañon, situado en el centro del Estado.

—¿Y en qué punto se encuentran las llanuras mas extensas?

—En el centro del territorio, prolongándose hácia el O.

—¿Y cuáles son los valles mas notables, papá?

—¡Vaya, que la niña pregunta mas que el catecismo! dijo Don Juan, sonriendo.

—¿Te has enfadado por eso?

—No por cierto, y voy á satisfacer tu curiosidad. Entre los valles mas notables, debemos mencionar el de Santiago, el de San Felipe, el de Leon y el de Celaya, que muy pronto vamos á ver.

—¿Y hay muchos rios, papá?

—No hija mia, los principales son: el de Lerma, que naciendo en el Estado de México, atraviesa la parte meridional del de Guanajuato, entrando por el S. E. y recorriendo una extension de treinta y cinco leguas en el Estado; el de la Laja que tiene su orígen en la parte E. de la sierra y va á desembocar en el rio de Lerma, cerca de Salamanca, despues de haber recorrido una extension de treinta leguas, y el Turbio, que naciendo en la hacienda de los Altos de Ibarra, al

N. O. del Estado, recorre veintisiete leguas hasta desembocar en el rio de Lerma. Las corrientes mencionadas son navegables por canoas, sobre todo en la estacion de las lluvias; con el auxilio del arte podrian mejorar mucho sus condiciones y ser utilísimas para el tráfico del Estado.

—¿Es decir que no hay mas que tres rios? preguntó Luis.

—Los demas son riachuelos de mayor ó menor importancia, contestó Don Juan.

—Tampoco hay lagunas, exclamó Cárlos.

—Cuidado con la memoria, niño.

—¿Pues cuáles son las lagunas, papá?

—La principal es la de Yuririapúndaro, situada al Sur del Estado y que tiene cuatro leguas de largo y una y media de ancho.

—Qué buen pescado se ha de comer allí, dijo Luis.

—Tú no piensas mas que en lo positivo.

—Yo quiero ver todo el Estado de Guanajuato, exclamó Cárlos: su capital, sus ciudades florecientes, sus montañas, sus rios, sus llanuras, sus paisajes pintorescos, todo, hasta la laguna de Yuriria.

—No es difícil que veas realizado tu deseo.

—Bien, muy bien; que viva mi papá! exclamó Luis.

—En este Estado hay diversas fuentes termales, dijo Doña Luisa, y me han asegurado que esas aguas tienen maravillosas propiedades medicinales. Ojalá que me fuera posible ir á tomar unos baños.

—Pues si quieres, iremos, dijo Don Juan.

—¿Y cuáles son esos manantiales, papá? preguntó Cárlos.

El de Comanjilla, en la jurisdiccion de Leon; el de Aguas Buenas, cerca de Silao, y el que se conoce con el nonbre de Lodos de Munguia. El mas notable de todos es el de Comanjilla, que brota de una roca basáltica y tiene una temperatura de 96° del termómetro centígrado.

—¿Y es muy bueno el clima de Guanajuato, papá?

—En lo general es dulce y benigno y en extremo agradable. En la mayor parte del Estado la temperatura es templada, siendo algo ardiente en el departamento de Leon, y fria en el distrito de la Luz y en algunos puntos elevados de la Sierra Madre y de la de Guanajuato.

—¿Y cuál es la poblacion del Estado?

—Se calcula en 874,000 habitantes.

—¿Y cuál es la division política de Guanajuato?

—Está dividido el Estado en cinco departamentos que son: Guanajuato, Leon, Celaya, Allende y Sierra Gorda. Yo he recorrido varias veces el Estado y tengo en mi cartera los nombres de los diferentes puntos por donde pasa la línea que lo divide de los demas Estados: Comenzando en la hacienda de Lagunillas, en el departamento de Leon, se dirije esta línea hácia el Norte y toca algunos puntos de la municipalidad de San Felipe; de allí cambia al Oriente y entra á la Sierra Gorda por la municipalidad de Xichú; luego sigue la direccion del Sur, pasa por el municipio de San José de Iturbide, toca el de Chamacuero y entra al departamento de Celaya: en seguida se dirije á la municipalidad de Acámbaro, pasa por la de Salvatierra, luego toca el Rio grande, en el punto llamado Conguripo, sigue la corriente del rio en el espacio de algunas leguas y vuelve al departamento de Leon, entrando por la municipalidad de Piedra Gorda.

—¿Qué figura tiene el teritorio del Estado, papá?

—Una figura completamente irregular, como puedes observarlo en el mapa.

—¿Habia aquí muchos indios antes de la conquista? preguntó Adelina.

—Muy escasas son, hija mia, las noticias que se tienen sobre los primeros pobladores de esta comarca tan rica é importante: su historia por desgracia es absolutamente desconocida. Algunos escritores creen que diversas tribus bárbaras y errantes de las que emigraron del Norte, compuestas de indios Pames, Otomites y Guachichiles, que los historiadores designan con el nombre de Chichimecas, se extendieron en las márgenes del rio de Lerma y allí levantaron algunas chozas miserables.

Pocos años despues de la llegada de Cortés á México, existia en Yuririapúndaro una poblacion de cerca de seis mil indios, gobernados por un cacique, el cual despues de su conversion al cristianismo, se llamó Don Alfonso de Sosa, general de los chichimecas. En Acámbaro, Apaseo y Pénjamo, habia tambien algunas chozas de indios Tarascos y Guachichiles.

En el año de 1526 penetraron en el territorio de Guanajuato, los conquistadores de Acámbaro, al mando del cacique de Jilotepec Don Nicolás Montañez de San Luis. En 1531, el celebre Nuño

de Guzman, agregó á sus conquistas estas fértiles comarcas. Desde el año de 1599 hasta el de 1603 se formaron los principales pueblos del Bajío.

—Aquí está Apaseo, exclamó Luis, saltando de alegría.

—Me parece muy fértil y muy bonito, dijo Cárlos: mira, papá, las huertas.

—Apaseo es uno de los pueblos mas antiguos del Estado, dijo Don Juan: fué conquistado el año de 1526 por los capitanes Montañez y Fernando de Tapia.

—Ya tengo hambre, papá.

—Pues aquí almorzaremos, dijo Don Juan.

El carruaje se detuvo frente á la fonda de un meson.

—Mientras preparan el almuerzo vamos á recorrer el pueblo, dijo Doña Luisa.

—El susto de esta mañana me ha aumentado el apetito, exclamó Luis, corriendo, haciendo cabriolas y aplaudiendo ruidosamente.

—¡Juicio, niño! que estás llamando la atencion de los habitantes de Apaseo.

—¡Qué callecitas tan angostas! dijo Cárlos.

—Allí está la plaza, mamá, se atrevió á decir Adelina tímidamente.

—¡Qué fea es! exclamó Luis.

—¿Cómo se llama ese templo grande? papá.

—Es la parroquia, hijo mio.

—¿Y cuántos templos hay? preguntó Cárlos.

—Ademas de la parroquia, existen otros tres que son: El Hospital, la Divina Pastora y San Antonio.

—Apaseo es un pueblo pequeño, pero tiene un agradable aspecto y parece que progresa, dijo Doña Luisa.

—Mira, mamá, aquellas dos casas no son tan feas, exclamó Luis.

Cárlos sacó un pequeño libro y comenzó á escribir.

Nuestro incansable viajero, continua escribiendo la maravillosa relacion de sus excurciones; lástima que haya perdido la primera parte de sus apuntes.

Cárlos guardó silencio.

—Yo te ayudaré, continuó Don Juan. Apaseo, cabecera de la municipalidad de su nombre, en el Departamento de Celaya, está situado á los 20° 24' de latitud N. y 20° 1' longitud O. del meridiano de México, á ocho leguas de la ciudad de Querétaro y á tres de la de Celaya.

—Al pasar he visto la administracion de correos y la de rentas y dos escuelas, dijo Cárlos.

—Hay aquí tambien algunas tiendas y tres mesones.

—Vamos á almozar, dijo Don Juan, porque ya es tarde.

Media hora despues, el carruaje atravesaba rápidamente el pintoresco pueblecillo y se dirigia á Celaya.

A las doce, Luis asomó la cabeza por la portezuela.

—Allí está Celaya, papá, exclamó alborozado.

—Dentro de un momento, verás el magnífico puente de la Laja, construido por el célebre arquitecto D. Francisco Eduardo Tresguérras.

—¿Y de dónde viene ese rio? preguntó Cárlos.

—Tiene su orígen en un punto próximo á la villa de San Felipe, y pasa por San Miguel de Allende y el pueblo de Amoles ó Cortazar.

—El carruaje se detuvo y los viajeros descendieron á admirar el elegante puente.

—¿Qué distancia hay de aquí á Celaya, papá?

—Cerca de tres cuartos de legua, contestó Don Juan.

La bella é importante ciudad se levanta en la

extensa y fértil llanura, risueña y agradable, ostentando entre el apiñado caserío sus elevadas cúpulas y sus esbeltas torres.

—Vámonos, papá, exclamó Luis, que deseo mucho conocer esta poblacion.

—Actualmente es la tercera ciudad del Estado de Guanajuato, dijo Don Juan.

—Complaceremos á este niño, añadió Doña Luisa, acariciando á Luis y subiendo con él al coche.

Media hora despues, los viajeros se detuvieron frente al hotel de las diligencias.

De algun tiempo á esta parte, Celaya se ha transformado verdaderamente, embelleciéndose de una manera notable.

Ya no es la ciudad desaseada y triste, la ciudad huraña, si se nos permite la expresion, que á pesar de poseer buenos edificios, causaba una impresion dolorosa y oprimia el corazon con su aspecto melancólico. Hoy la anima y le da nueva vida un inusitado movimiento; hoy en ella todo respira alegría, prosperidad, progreso. Celaya debe mucho á la benéfica influencia de su excelente gefe político el Sr. general D. Florencio Soria. (1)

(1) El Sr. Soria falleció hace pocos años, sentido generalmente.

—Dime, papá ¿en qué época fué fundada esta poblacion?

—El 12 de Octubre del año de 1570, contestó Don Juan; cuarenta y nueve años despues de la toma de la ciudad de México por los españoles, y diez y seis despues de la fundacion de la ciudad y Real de minas de Santa Fé de Guanajuato, siendo virey, gobernador y capitan general de la Nueva España, D. Martin Enriquez de Almanza.

—¿Y por qué le pusieron Celaya?

—Celaya es una palabra del idioma vascuence que quiere decir, llanura, tierra llana: los fundadores de esta poblacion eran hijos de las provincias vascongadas de España.

El primer ayuntamiento fué nombrado por el virey, antes de que se trazara la planta de la poblacion, y aquellos bravos montañeses, orgullosos y enérgicos, acostumbrados á tener sus consejos bajo el árbol histórico y sagrado de Güernica, celebraron su primer cabildo á la sombra de un mezquite corpulento, que segun me han informado, existia todavía hace pocos años. La naciente villa progresó con rapidez y el año de 1655, el rey Felipe IV le dió el título de ciudad, concediéndole todos los privilegios, fueros y preeminencias de

que gozaba la ciudad de Puebla. El escudo de armas de Celaya consistia en una imágen de la Vírgen María, en campo azul, la cifra del rey al pié, y en el fondo dos manos llenas de flechas, á la sombra del árbol historico de que acabo de hablar.

—Vamos á dar una vuelta, papá, dijo Luis.

—Tú eres incansable, hijo mio.

—Usted está contando cosas que yo no puedo comprender; Cárlos escribe y yo me fastidio, dijo el niño haciendo una mueca.

Don Juan se sonrió, acariciando á Luis, cariñosamente.

—Id pues, dijo Doña Luisa; aquí os espero.

Don Juan y los niños salieron.

—A mí me gusta mas Celaya que Querétaro, dijo Adelina.

—A mí, no; exclamó Luis.

—Niños, ya estais dando vuestra opinion y todavía no conoceis la ciudad.

—Las calles de Celaya son mas anchas que las de Querétaro.

—Sí; pero Querétaro es mas bonito.

—Eso no.

La disputa hubiera sido interminable, si Cárlos no la hubiera cortado á tiempo, diciendo de repente:

—Ayúdame á formar mis apuntes, papá.

—Escribe, pues.

Celaya, ciudad, cabecera del Departamento y de la municipalidad de su nombre, en el Estado de Guanajuato, está situada á los 20° 32′ 31″ de latitud N. y 1° 28′ de longitud O. del meridiano de México, á la altura de 2,095 varas sobre el nivel del mar. El clima es muy saludable y la temperatura templada y agradable. En las inmediaciones hay hermosos y frondosos bosques de sabinos, fresnos y saúces del Perú. En todas direcciones se descubren sembrados de trigo, de cebada y de maíz, regados por las aguas del rio.

—Ahí está la plaza, exclamó Luis.

—¡Qué bonito jardin! dijo Adelina; se conoce que está cuidado con mucho esmero.

—¡Qué hermosas son las flores! papá.

—¿Vivirias aquí muy contenta? preguntó Don Juan.

—Sí, me gusta mucho la poblacion.

—Seguiremos nuestro paseo.

—¿Qné edificio es este? preguntó Cárlos.

—La casa del Ayuntamiento; aquí está la gefatura política y las demas oficinas públicas.

—En el centro del patio hay un monumento.

—Es el pozo artesiano, dijo Don Juan, riendo.

—¿Qué es eso, papá? preguntó Luis.

—Voy á esplicarte, lo mejor que me sea posible, lo que es un pozo artesiano. Debajo de la superficie de la tierra existen diversas corrientes de agua, que forman una red en todas direcciones y á distintas profundidades.

—Es decir que hay arroyos y rios interiores, dijo Cárlos.

—Exactamente.

—¿Y de dónde vienen esas corrientes?

—La mayor parte de ellas se forman por las filtraciones del agua de las lluvias en las montañas.

—¿Y cómo se hacen los pozos artesianos?

—Existen unos grandes aparatos que sirven para taladrar la tierra; se practica una abertura perpendicular y profunda, hasta encontrar una corriente subterránea, cuyo manantial esté situado en alguna elevacion, y el agua en virtud de las leyes físicas, á que obedece, tendiendo á buscar su nivel constantemente, se lanza por el camino nuevamente abierto, derramando en la superficie de la tierra la frescura y la fecundidad.

—Qué bonito ha de ser ver brotar el agua por la primera vez, dijo Adelina.

—El génio del hombre todo lo intenta y todo la alcanza, hija mia; para ese mago maravilloso que se llama el trabajo, no hay barreras, ni obstáculos, ni imposibles.

—¿Y qué profundidad tiene este pozo? preguntó Cárlos.

—No lo sé á punto fijo, pero me parece haber oido decir que no pasa mucho de cien metros.

—¿Y produce mucha agua?

—La suficiente para las necesidades de la poblacion. Desde que se abrió este pozo se establecieron unos magníficos baños, frente al hotel de las diligencias.

—¿Y antiguamente de dónde se tomaba el agua?

—Del rio de la Laja, y de unos manantiales que existen en los puntos llamados Juan Martin y el Algodonal.

El agua del pozo artesiano es clara, trasparente y de muy buen sabor, escribió Cárlos.

—Vamos á ver el templo del Cármen, papá, dijo Adelina, he oido hablar mucho de él y tengo deseos de conocerlo.

—Tendré mucho gusto en complacerte, contestó Don Juan.

El templo del Cármen es uno de los mas bellos monumentos elevados por la piedad cristiana en nuestro país. No hay un solo viajero que al pasar por esta poblacion no admire el magnífico edificio, que inmortalizó el génio de Tresguerras. Audacia en el pensamiento, maestría en la ejecucion, armonía en las proporciones, originalidad en el conjunto, todo se encuentra reunido en este soberbio templo.

—Vamos á verlo, papá, exclamó Cárlos.

—Ahí lo tienes, dijo D. Juan, en el momento en que daban vuelta á la calle.

—¿De qué órden son esas ocho columnas elevadas y airosas que forman el pórtico?

—Pertenecen al órden corintio; sobre ellas está construida la bóveda en que se apoya la torre.

—¡Qué bonita! parece que está en el viento, exclamó Adelina.

—Ya vereis la cúpula, hijos mios; es tan artística como atrevida.

—Tiene al frente tres puertas, dijo Cárlos, tomando sus apuntes.

—¿La cúpula? preguntó D. Juan, sonriendo.

—No te burles de mí, papá; yo hablaba del templo.

—Vamos á ver el interior.

—Es como todos los templos que yo conozco, dijo Luis, desdeñosamente.

—Muy delicado es tu gusto, y muy descontentadizo te muestras.

—Un cañon con dos cruceros; no le hallo nada de particular.

—¿Qué dimensiones tendrá, papá? preguntó Cárlos.

—Ochenta varas de largo, veinte de ancho y veinticinco de elevacion.

—A la derecha, en el crucero, veo una capillita.

—Allí está la celebrada pintura "El Juicio Final," obra tambien de Tresguerras, que aunque ha sido muy elogiada, no creo que vale gran cosa.

—¿En qué época fué construido este templo?

—En los últimos años del siglo pasado se comenzó, bajo la direccion del arquitecto Tresguerras, que gozaba ya de gran fama. El padre San Cirilo, á cuyos esfuerzos se debe este magnífico edificio, dió al ilustre hijo de Celaya la preferencia, desdeñando las recomendaciones que se le habian hecho de Ortiz, Zapari y otros varios artistas mexi-

canos y extranjeros, que residian entonces en la capital de México. "Tresguerras siguió en esta obra, dice un biógrafo, las inspiraciones de su génio, y contra el torrente de la opinion y de la envidia, escogió lo más hermoso, lo más original, lo más sencillo y lo más sólido de la arquitectura, elevando un monumento que hará eternos su nombre y su memoria. Este suntuoso templo se cansagró solemnemente el año de 1798.

—Vamos á la sacristía, papá.

—Poco hay que ver en ella: dos ó tres cuadros de pintores mexicanos antiguos, y alguno de la escuela moderna.

—Al entrar ví una Santa Teresa que me llamó la atencion.

—Yo ví unas andas de madera, preciosas, añadió Adelina, me parecieron primorosamente talladas.........

—¿Qué tienen que ver las andas con las pinturas? exclamó Cárlos interrumpiéndola.

—Subiremos á la torre, dijo Don Juan, para que os goceis admirando el bellísimo paisaje que desde allí se descubre.

El templo del Cármen se eleva magestuoso, dominando completamente la ciudad y la llanura

Por todas partes se ven campos cultivados, huertos y jardines: hácia el camino de México, el rio de la Laja deslizándose entre los árboles rumoroso, y á lo léjos grupos de montañas azuladas.

Despues de haber visto la ciudad, á ojo de pájaro, nuestros viajeros se dirijieron al templo de San Francisco.

Este edificio es tambien un monumento: es ménos artístico, ménos elegante que el del Cármen, pero no ménos digno de admiracion ni ménos grandioso. Fué construido en 1751. Adherido al templo está el antiguo colegio, famoso en un tiempo, en que en virtud de una cédula real, estuvo agregado á la pontificia Universidad de México. (1) Los altares de la Iglesia de San Francisco fueron construidos por Tresguerras, en los primeros años de nuestro siglo.

Don Francisco Eduardo Tresguerras, arquitecto célebre, y uno de los mexicanos más ilustres, tanto por su génio como por sus virtudes, nació en la ciudad de Celaya el 13 de Mayo de 1765. Fué educado con esmero y desde los primeros años de su juventud se dedicó con entusiasmo al culti-

---

(1). En la actualidad existe en este edificio un notable colegio, sostenido por los fondos del Estado.

vo de las nobles artes. La pintura, la arquitectura, la música y la poesía fueron sus amantes favoritas, y á ellas consagró la mayor parte de su larga existencia. Dotado de una alma ardiente y generosa, Tresguerras no podia ser insensible á los acontecimientos memorables de su época; desde que se inició la idea de la independencia de México, se declaró uno de sus más fervientes partidarios. Fué varias veces miembro del Ayuntamiento de su ciudad natal, é individuo de la diputacion provincial de Guanajuato.

Honrado por sus conciudadanos, como excelente patriota, y admirado como gran artista, falleció en 1833, víctima del cólera morbo.

Sus obras más notables son: el Templo del Cármen de Celaya, el Puente de la Laja, el Templo del Cármen, en San Luis Potosí y el Teatro de aquella ciudad.

—¿Cuáles son los otros templos, papá? preguntó Cárlos?

—La Cruz, el Señor de la Piedad, San Miguel, el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, San Antonio y otros cuyos nombres no recuerdo.

—He visto muy buenas tiendas, papá, dijo Adelina.

—Efectivamente, hija mia, el comercio es de bastante importancia.

—¿Y á qué se dedican los habitantes? preguntó Cárlos.

—A la agricultura y á la fabricacion de tejidos de lana y de algodon.

En las inmediaciones, existe una magnífica fábrica de tejidos é hilados perteneciente á los Sres. Valencia y Gonzalez. Para que termines tus apuntes, te lo diré todo de una vez.

En Celaya hay un gefe político; Ayuntamiento, dos juzgados de letras; administracion de rentas y de correos y una oficina telegráfica. Tiene tambien la ciudad buenos hoteles y mesones, un teatro provisional y dos imprentas. La instruccion pública está bien atendida: segun una Memoria del gobierno de Guanajuato, hay más de cuarenta escuelas públicas en el Departamento.

Cárlos escribió.

Existen además varios establecimientos particulares de instruccion primaria, muy dignos de recomendacion. Celaya está llamada á ocupar un alto puesto entre las ciudades principales de la República.

Cuando Cárlos terminó sus anotaciones, nuestros viajeros rcorrieron toda la poblacion.

Al oscurecer, pasaban por una calle de los suburbios en que está un meson.

—Papá, dijo Luis de repente, yo conozco á ese señor.

La persona aludida, que era un hombre de mal aspecto, se cubrió el rostro con el embozo del jorongo y se caló el ancho sombrero de palma.

—Calla, niño, calla por Dios.

—Es uno de los ladrones de esta mañana, no me cabe duda, murmuró Cárlos, buscando su pistola.

Adelina temblaba.

Don Juan apresuró el paso; los niños apenas podian acompañarle.

El hombre sospechoso los siguió de léjos.

Al llegar al hotel, Don Juan refirió á Doña Luisa lo que pasaba.

La excelente madre se asustó de una manera extraordinaria.

—¿Qué hacemos? preguntó.

—Ya lo pensaremos.

—La sopa está en la mesa, dijo un criado.

Todos pasaron al comedor.

Luis fué el único que hizo los honores; los demas apenas probaron la comida.

—Yo me vuelvo á México, dijo Doña Luisa, al levantarse de la mesa.

—Como quieras, contestó Don Juan, pero yo continúo mi camino porque tengo necesidad de estar pasado mañana en Guanajuato.

—Yo no te he de abandonar.

—Entonces, saldremos dentro de un momento: es lo mas seguro.

A las nueve de la noche el carruaje corria rápidamente por el camino de Salamanca.

CAPITULO VIII.

La Cruz de Culiacan.—Leyenda.—Salamanca.—La Penitenciaria.—El Rio Grande.—Irapuato.—Guanajuato.

La noche estaba hermosa y tranquila; la luna brillaba en el azul purísimo del cielo con todo su esplendor.

En el fondo del carruaje, el pequeño Luis dormia profundamente, sonriendo; Doña Luisa y Adelina rezaban; Cárlos, envuelto en su capa, inclinaba la cabeza pensativo, y Don Juan, sin poder ocultar su inquietud, asomado á la portezuela, observaba el camino.

La extensa llanura de la mesa central, por donde caminaban, solo era interrumpida á veces por pequeños montecillos de nopales; á uno y otro lado de la calzada, el agua de las lluvias, estancada todavía, reflejaba la luz brillante de las estrellas.



La Cruz de Culiacan.

Esta es, dijo Don Juan, la famosa Charca de Salamanca; esta larga calzada fué construida en 1851, siendo Gobernador del Estado el Sr. Lic. D. Octaviano Muñoz Ledo. En la estacion de las aguas este camino es verdaderamente penoso; veces hay en que la diligencia tarda tres y cuatro dias en recorrer el pequeño tramo que separa á Celaya de Salamanca.

—¿Qué nombre tiene aquella alta montaña que se descubre á la izquierda? preguntó Cárlos.

—El cerro de Culiacan: en su elevada y riscosa cumbre se levanta una gran cruz que es muy venerada por los campesinos. En un dia sereno se puede descubrir, aun á la simple vista, á pesar de la distancia.

—¿Y por qué pusieron allí esa cruz? papá.

—La piedad cristiana ha colocado siempre en todas partes el sagrado signo de la redencion.

—Yo he oido referir una poética leyenda, dijo Doña Luisa, á propósito de la Cruz de Culiacan.

—Cuéntanosla, mamá.

—Poco tiempo despues de fundada la ciudad de Salvatierra, un indio anciano, acompañado de su mujer y de una hija de diez y seis años, llegó

á la cumbre de la montaña y allí construyó una pequeña choza.

La rara y magnífica hermosura de la jóven María comenzó á llamar la atencion de los habitantes de la comarca.

En las inmediaciones de Salvatierra residia un español, mozo de arrogante presencia, que se llamaba Pedro Núñez.

Pedro Núñez vió á María, y se enamoró de ella.

María correspondió tiernamente á aquel amor.

Pasó algun tiempo.

Una noche el anciano le dijo á su hija: sé lo que pasa, pero te advierto, que antes te veré muerta que esposa de uno de los asesinos de nuestros padres.

María lloró mucho.

Un dia, al fin, fué depositada por su amante en la casa del alcalde de Salvatierra.

Un mes despues se verificó el matrimonio, en la iglesia parroquial.

El anciano indio, sombrío y feroz permaneció en la choza de la montaña.

Los nuevos esposos salieron una tarde de la ciudad á pasear á la florida márgen del rio de Lerma.

Al oscurecer un campesino encontró el cadáver de María, sobre el musgo de la ribera.

Nada mas pudo saberse.

El anciano indio habia desaparecido, la choza habia sido destruida por un incendio.

A la noche siguiente los moradores de las cercanías oyeron un llanto tristísimo y prolongado, y creyeron ver una fantasma blanca, errando al rededor del cerro de Culiacan.

Durante veinte años, noche por noche, el llanto se dejó oir de la misma manera.

Al escuchar el doliente gemido, es la llorona, decian los labradores y se santiguaban.

Una tarde, un sacerdote subió á la cima de la montaña.

Era Pedro Núñez.

El mismo leventó al dia siguiente la venerable cruz de Culiacan.

El llanto nocturno no volvió á oirse.

El padre Pedro iba todas las noches á orar al pié de aquella cruz.

Al resplandor de la luna solia verse, junto al sacerdote, una figura blanca que se confudia á veces con las nubes que coronan la montaña.

—Esa cruz, célebre ya por la tradicion, dijo

Don Juan, inspiró magníficos cantos á un ilustre y malogrado poeta guanajuatense. Siempre que paso por aquí no puedo dejar de consagrar un cariñoso recuerdo á Francisco Bárcena. Su alma altiva, su corazon ardiente, su génio elevado, atrajeron sobre él las tempestades del infortunio. Murió pobre, oscuro y olvidado; pero la posteridad le hará justicia, y el nombre del cantor de Culiacan será un dia orgullo de la literatura nacional. (1)

Todos guardaron silencio.

A las tres de la mañana llegaron á Salamanca.

Fatigados nuestros viageros de la marcha nocturna, al dia siguiente se levantaron muy tarde.

Despues del almuerzo, fueron á recorrer la poblacion.

Salamanca está situada á la márgen derecha del rio de Lerma, á los 20° 32' 8" de latitud N. y á 1° 52' de longitud O. del meridiano de México.

—¡Qué aspecto tan triste tiene esta poblacion!

---

(1) Francisco Bárcena nació en el Valle de Santiago, de una familia pobre y humilde; en el colegio del Estado hizo brillantes estudios y desde muy jóven se hizo admirar como excelente poeta. Jóven aun falleció en Leon el año de 1866. Entre sus poesias mas notables debemos mencionar la Oda á la ciencia. El Salvage, la Inmortalidad y varios sonetos magníficos.

exclamó Cárlos: las calles están desiertas, en ninguna parte se nota movimiento.

—Allí está la parroquia, papá, dijo Adelina.

—Nada tiene que pueda llamar la atencion, hija mia; es un templo feo y pobre.

—¿Cuántos templos hay ademas de la parroquia?

—Los que yo recuerdo son los siguientes: el magnífico templo de San Agustin, que veremos despues, el santuario del Señor del Hospital, la Santa Escuela y varias capillas.

—¿En qué época fué fundada esta villa? preguntó Cárlos.

—En 1603, segun asegura un antiguo cronista.

—¿Y en qué número puede estimarse su poblacion?

—En diez ó doce mil habitantes.

—Vamos á ver la penitenciaría, papá.

—El antiguo convento de Agustinos, está transformado hoy en penitenciaría. El gobierno del Estado tuvo un feliz pensamiento: en ningun objeto mas útil y mas benéfico pudo haberse empleado este extenso y grandioso edificio.

—¿En qué época fué construido, papá?

—En los primeros dias del año de 1771, quedó enteramente terminada la obra.

—Está situado el convento en una elevacion, en la ribera del rio, dijo Cárlos, escribiendo.

—Mas bien que un convento parece una fortaleza.

El templo es magnífico, sobre todo en la parte interior: en toda su extension los muros están cubiertos de altares de gusto churrigueresco, tallados primorosamente y dorados. Antiguamente habia aquí una selecta coleccion de cuadros de los mas renombrados artistas.

La penitenciaría es muy extensa y tiene celdas y salones para los presos y grandes localidades para una multitud de talleres. La buena ventilacion, la buena luz, el aseo y el órden, dán al edificio un aspecto agradable. Al ver semblantes alegres en vez de fisonomías patibularias, al oír el rumor del trabajo, el viajero se olvida de que visita una prision. Hay allí una escuela para los presos, baños y un pequeño teatro. (1)

---

(1) Hace algunos años el autor de esta pequeña historia, logró reunir un número considerable de libros, que bondadosamente le cedieron las personas mas distinguidas del Estado y hoy la penitenciaria tiene una pequeña biblioteca.

Despues de haber recorrido la penitenciaría, Don Juan, Doña Luisa y los niños, regresaron á su alojamiento.

—Nada hay ya que ver en Salamanca, dijo D. Juan.

—¿No existe aquí una fábrica de loza? preguntó Doña Luisa.

—Hace ya muchos años que fué trasladada á México, dijo Don Juan.

En la noche nuestros viajeros fueron á dar una vuelta á la plaza. Un hombre sospechoso los seguia. Al dia siguiente, á las cuatro de la mañana. salieron para Guanajuato.

A las siete llegaron á Irapuato.

El carruaje se detuvo frente á un hotel.

—¡Qué alegre es este pueblito! dijo Adelina.

—Irapuato progresa rápidamente, contestó Don Juan.

—¿En qué época fué fundada la poblacion? preguntó Cárlos.

—En 1547, reinando en España el rey Cárlos V. En 1833, el congreso del Estado concedió á Irapuato el título de Villa.

—Al pasar he visto tres plazas y buenos edificios.

—¿Cuántos templos hay aquí, papá?

—No recuerdo exactamente el número; pero son dignos de llamar la atencion los siguientes: la Parroquia, San Francisco, el Hospital, la Enseñanza, San Cayetano, Santa Ana, el Santuario de Guadalupe y Santiago.

—¿Qué poblacion tiene Irapuato?

—Catorce mil habitantes, contesto Don Juan.

—Vamos á desayunarnos, dijo Doña Luisa.

Los niños no se hicieron repetir la proposicion.

A las siete y treinta y dos minutos salieron para Guanajuato.

—Ya verás qué hermoso es Guanajuato, dijo Don Juan, sonriendo, y acariciando á Luis; la ciudad está sentada sobre plata y tiene su entrada de "Marfil."

—No te quieras burlar de mí, papá.

—No, hijo mio, es la verdad.

Antes del medio dia llegaron á la profunda cañada, en cuyo fondo está situado el pequeño pueblecillo de Marfil.

—Qué olor tan desagradable, dijo Doña Luisa.

—He aquí el orígen de las frecuentes epidemias, que llenan de luto la ciudad.

—Mira, papá, exclamó Luis, esos castillos con torres que se elevan en la falda de la montaña.

—Son haciendas de beneficio, hijo mio; y esas contrucciones extrañas que parecen torres sirven para elevar el agua.

—Ahí está Guanajuato, exclamó Cárlos.

—No es Guanajuato, hijo mio, es el pueblo de Marfil.

—Las casas diseminadas, como si fueran subiendo en tropel por los cerros, presentan un conjunto verdaderamente pintoresco, dijo Doña Luisa.

—¿Qué nombre tiene ese templo grande que se descubre en este momento? preguntó Adelina.

—Es la parroquia, fué construida en los primeros años del siglo XVIII.

—¿Qué distancia hay de aquí á Guanajuato? papá.

—Una legua, contestó Don Juan.

—Mira, exclamó Doña Luisa; á la izquierda, sobre la montaña, está el camino nuevo; para hacerlo fué necesario cortar los cerros, por esa razon se llama el camino del cerro trozado.

—¿Qué están haciendo ahí esos honbres? ¿por qué echan agua del arroyo sobre esas piedras? preguntó Cárlos.

—Se ocupan en lavar los desperdicios de las haciendas, para sacar la poca plata que contiene ese lodo. De esa manera viven aquí muchos infelices.

—Ya estamos en Guanajuato, exclamó Adelina.

—¡Qué hermoso jardin! dijo Luis.

—Es el paseo del Contador. Un jardin en Guanajuato es un verdadero lujo; para plantar esos árboles, ha sido necesario cortar el cerro y poner tierra vegetal sobre las rocas.

—¡Qué tristes y áridos son los cerros que rodean la ciudad!

—Esta es la calzada; ese edificio que se eleva á la izquierda es la hacienda de Flores: esa plazuela tiene el nombre de los Angeles; ahí está el templo de Belen y el hospital; vamos á dar vuelta á la calle de Alonso, que es la más ancha y mejor de la poblacion; ese templo que se eleva en el fondo de la calle es San Diego; aquí está el hotel del Emporio.

El carruaje se detuvo.

—¡Qué animacion, qué movimiento hay en Guanajuato! exclamó Cárlos.

—Hoy, á causa de las revoluciones y de la decadencia de la minería, el movimiento es menor que otras veces. Guanajuato, hijo mio, es una de

las ciudades más bellas, más pintorescas, más ricas, y más importantes de la República.

—Vamos á nuestro cuarto, dijo Doña Luisa.

Subieron y al llegar á su alojamiento los niños se asomaron al balcon.

—Aquí hay una plazita muy bonita y un jardin, exclamó Adelina; ven á ver, mamá.

—Es la plazuela de San Diego; lo que ántes era el convento es hoy el hotel del Emporio, en donde estamos; á la izquierda se eleva el templo.

—Guanajuato ha de tener una historia muy interesante, dijo Cárlos; hazme favor de contármela papá.

—Con mucho gusto te referiré, hijo mio, lo poco que sé de ella.

—El lugar que la ciudad ocupa, era antiguamente una fragosa sierra, despoblada y peligrosa, perteneciente al conquistador Don Rodrigo de Vazquez. Pasando por este sitio unos viajeros, que se dirigian á Zacatecas, descubrieron la mina de San Bernabé, en el mes de Octubre de 1548. Inmediatamente se organizó una compañía para explotar ésta y otras minas, y en 1554 se formó una pequeña congregacion y se construyó una fortaleza que tuvo el nombre de real de minas y que diversas

veces estuvo á punto de ser incendiada por las belicosas tribus chichimecas que recorrian la comarca. La congregacion de Guanajuato permaneció sujeta, durante muchos años, á la alcaldía mayor de Celaya. En 1679, la poblacion fué elevada al rango de villa y real de minas, con el título de Santa Fé de Guanajuato. El primer juez de minas fué Don Perafan de Rivera, á quien el rey Felipe II le encargó la conduccion de la milagrosa y venerada imágen de Nuestra Señora de Guanajuato.

—¿Qué orígen tiene el nombre de Guanajuato, papá? preguntó Cárlos.

—Quanashuato, es una palabra del idioma tarasco que significa cerro de las ranas. Los primeros pobladores de estas montañas construyeron unos ídolos con figuras de ranas y les rendieron culto y adoracion. Con el trascurso del tiempo, la palabra fué corrompiéndose, hasta convertirse en la de Guanajuato, que hoy conocemos.

—¿Qué poblacion tiene Guanajuato, papá?

—Sesenta y tres mil habitantes, segun los cálculos del distinguido geógrafo Don Antonio García Cubas. Desde su fundacion, Guanajuato ha tenido épocas felices y de progreso y épocas de decaden-

cia y su poblacion ha ido variando bajo la influencia, de las circunstancias. En 1600 la ciudad no contaba mas que con 4,000 habitantes; en 1700 su poblacion ascendía á 16,000 y en 1800, podia calcularse en 66,000. Las agitaciones de la guerra de independencia y los diferentes combates que Guanajuato tuvo que sostener, hicieron disminuir su poblacion hasta el extremo de reducirse á 10,000 habitantes. Consumada la independencia, progresó rápidamente, y en 1825 contaba ya con cerca de 35,000 habitantes.

—Lo que me gusta de este Estado, dijo Cárlos, es que no se camina una legua, sin encontrar un caserío, un pueblo ó una pequeña ranchería.

—La poblacion de la República, hijo mio, está aglomerada en la mesa central; el Estado de Guanajuato es sin duda el que en un territorio ménos extenso, reune el mayor número de habitantes.

—¿Y está muy alto Guanajuato, papá?

—Su elevacion sobre el nivel del mar es de 2,084 metros.

—¿Qué nombre tiene ese cerro que se eleva casi perpendicular, á la derecha del hotel?

—Es el cerro de San Miguel; al lado opuesto, es decir, al Norte, está el cerro del Cuarto; al E. el

de Sirena, y al N. E. los de Mellado y Valenciana. Como habrás observado, la ciudad está colocada en el fondo de una cañada estrecha, extendiéndose por las faldas de los cerros que la circuyen. Hácia el E. tiene orígen un torrente que pasa por el centro de la poblacion. Guanajuato está situado á los 21° latitud N. y 1° 49′ longitud O. del meridiano de México.

—Vamos á dar una vuelta, papá.

—Está bien; dijo Don Juan.

Inmediatamente salieron del hotel.

CAPITULO IX.

Guanajuato.—La Parroquia.—La Compañía.—San Francisco.—Loreto.—Panorama.—La luz de la luna.—El Colegio.—El Palacio.—La Presa.—Juan Valle.

La situacion topográfica de Guanajuato es verdaderamente singular, y su aspecto tan extraño como pintoresco. Sus bellos edificios, amontonados, por decirlo así, unos sobre otros, forman estrechísimas calles, siguiendo los accidentes del terreno. Sucede frecuentemente, que despues de haber subido fatigosas escaleras, el viajero se encuentra en un pequeño jardin ó terrado y sin descender un solo escalon, sale por otra puerta á la calle.

Don Juan se complacia, viendo la admiracion de los niños.

—¡Qué calle tan irregular, papá! exclamó Cárlos; ¿qué nombre tiene?

—Es la plaza, contestó Don Juan.

—Esto no puede ser plaza, dijo Luis.

—Pues desgraciadamente no hay otra, hijo mio, y tendrás que contentarte con ella.

—Los edificios son hermosísimos.

—Debes fijar tu atencion muy particularmente en la cantera ó "cuarton" con que están construidos.

—Yo creia que era mármol, y me sorprendia lo extraño de su color.

—¿De quién esa casa magnífica, que se vé á la derecha, papá? preguntó Adelina.

—Pertenece á la familia Otero; esa otra que está á la izquierda, de construccion moderna y elegante, es del Señor Ibargüengoitia.

—¿Y ese gran templo, papá?

—Es la Parroquia.

—Vamos á conocerla, dijo Cárlos.

La Parroquia es un vasto templo elevado y magestuoso, coronado por dos grandes torres y una soberbia cúpula. La parte interior, recientemente restaurada, presenta un aspecto agradable. En la sacristía existen algunos bellísimos cuadros de Va-

llejo y de otros célebres pintores mexicanos. Este templo, construido á expensas del marqués de San Clemente y de Don Pedro Retana, se consagró con imponente solemnidad religiosa, en 1696.

—¿A dónde vamos ahora, papá? preguntó Cárlos al salir de la parroquia.

—Iremos á ver el templo de la Compañía, que es el más suntuoso de los que existen en Guanajuato.

—Mé parece muy bien, y te ruego que me des todos los datos que necesito para mis apuntes.

—Hé aquí, hijo mio, lo que dice el Señor Don José Guadalupe Romero, en su "Historia del Obispado de Michoacan." El soberbio templo que levantaron los jesuitas, comenzó á fabricarse el dia 6 de Agosto de 1747, con inmenso trabajo y gastos, porque fué preciso allanar el terreno donde debia edificarse la basílica proyectada, y consumir grandes sumas en fabricar una presa que suministrase el agua. Los Padres Ignacio Rafael Coromina y José Joaquin de Sardaneta, corrieron con la fábrica, bajo la direccion de un hábil arquitecto que habia en la ciudad; llamábase éste Fray José de la Cruz, lego belemita, que fué sustituido despues por el hábil ingeniero Don Felipe Acuña: á

los diez y ocho años de asíduos trabajos hubo de dedicarse el templo, con inaudita pompa y nunca vista solemnidad, el dia 8 de Noviembre de 1765, cuando ya habian muerto los ilustres Padres Sardaneta y Coromina.

Tenia entónces el edificio las dimensiones siguientes: setenta y cuatro varas y media de longitud, treinta y cuatro de latitud y veinticuatro de altura: la nave de enmedio estaba coronada con una magestuosa cúpula que remataba en una cruz, de gran mérito artístico: el costo total del colegio y templo excedió de quinientos mil pesos.

Expulsados los jesuitas, el templo quedó bajo la jurisdiccion y cuidado del párroco, hasta que el Padre Perez fundó el oratorio de San Felipe Neri y la dotó con la hacienda de Cerritos que era de su pertenencia. La fundacion de los oratorianos se hizo el 16 de Mayo de 1783: desde entónces cuidaron del culto con empeño; pero tuvieron la debilidad de permitir que se reformara la obra material del templo, adelgazando las columnas que sustentaban la cúpula del edificio: ésta se desplomó el mártes 24 de Febrero de 1808, á las once y media de la mañana. Por mas esfuerzos que ha hecho el vecindario no ha podido reparar esta igle-

sia con la magnificencia que tenia: se han aprovechado las naves primeras desde la entrada hasta la del cuarto arco que son las que cierran el templo actual: éste, apesar de una pérdida tan lamentable, es todavía el primero de la ciudad, tanto por su hermosura como por la magnificencia con que en él se hacen los actos del culto.

Despues de haber admirado el templo de la Compañía, nuestos viajeros se dirijieron al colegio.

—¿Cuáles son los demas templos qne hay en Guanajato? preguntó Adelina.

—Ademas de la Parroquia, la Compañía y San Diego, existen los siguientes: San Francisco, Loreto, Belen, San Roque, y el Santuario de Guadalupe, construido en 1732.

—Aquí está el colegio, papá, dijo Cárlos. El edificio me parece bastante pequeño.

—Ya verás la parte interior, contestó Don Juan.

—Tú quieres mucho este colegio, papá.

—Sí hijo mio; en él pasé los mas hermosos dias de mi juventud, y los dulces recuerdos de aquella hermosa edad me son siempre gratos. Este colegio es uno de los mejores establecimientos de instruccion que existen en la República. En otras

épocas ha estado servido por profesores ilustres y distinguidos, muchos de los cuales han dejado un nombre glorioso en la historia.

—Vamos á verlo, exclamó Luis, que era tan inquieto como curioso.

Atravesaron el estrecho patio, que por decirlo así, sirve de vestíbulo al edificio, subieron las escaleras y penetraron en los salones del primer piso donde está la biblioteca.

—¡Cuántos libros! exclamó Adelina.

—¿Y hay quien lea todos estos? preguntó Luis.

—Desgraciadamente no, hijo mio, casi siempre estos salones están desiertos.

—¿Cuántos volúmenes tiene esta biblioteca? preguntó Cárlos.

—Sin contar los muchísimos libros que pertenecieron á los conventos, hay aquí cerca de treinta mil volúmenes de obras magníficas de religion, historia, filosofía, ciencias, artes, literatura y variedades. (1) Las mas notables producciones de los sábios de todos los países se encuentran aquí reunidas. Esta biblioteca, muy superior á todas

---

(1) Contando los libros de los conventos, tiene esta biblioteca cerca de cien mil volúmenes.

las que existen en la capital de la República, hace honor al ilustrado y floreciente Estado de Guanajuato.

Despues de haber recorrido los salones de la biblioteca, Don Juan y los niños, subieron otras escaleras y se encontraron en un extenso patio que tenia la figura de un paralelógramo.

—Este era el antiguo patio de estudios, dijo Don Juan: aquí pasé yo muchas horas agradablemente entretenido con la dulce amistad de mis libros. En el fondo del patio se elevan unas elegantes escaleras que conducen al piso superior: á la izquierda está el gabinete de física que posee una excelente coleccion de instrumentos y de aparatos, digna de llamar la atencion: á la derecha, corredores prolongados conducen á las habitaciones de los alumnos. Hay en este colegio un laboratorio de química, bastante bien montado, y excelentes modelos de dibujo natural y de pintura. Las materias de enseñanza son todas las que comprenden los cursos preparatorios para las carreras profesionales, idiomas, matemáticas, física, etc. y ademas la ciencia del derecho y la de la medicina en todos sus ramos, y los conocimientos especiales que deben exijirse al injeniero civil y al minero.

—¿Y quién fundó este colegio, papá? preguntó Cárlos.

—La marquesa de San Clemente y Don Pedro Lascurain y Retana, ricos é ilustrados propietarios cuyos nombres serán siempre bendecidos por la generosa juventud guanajuatense. Los jesuitas dirijieron mucho tiempo este establecimiento; á su expulsion, el colegio quedó abandonado. En los últimos años del siglo XVIII fué abierto de nuevo por el gobierno español, siendo su primer rector Don Pedro Regil y contando entre sus profesores á los célebres sábios Rojas y Diosdado, mártires de la independencia nacional. En 1826 el primer congreso del Estado, hizo emplear y reconstruir el edificio, dispensando una señalada proteccion al establecimiento. Entre los hombres mas benéficos á este colegio, me complazco en mencionar, con profunda gratitud, al virtuoso sacerdote Don Marcelino Mangas, al Señor general Don Pedro Cortazar, á Don Manuel Doblado, y al Señor Don Mariano Lejarza.

Desoues de haber visto el colegio, nuestros viajeros se dirijieron al palacio del gobierno.

—¿Es este el único colegio del Estado que hay en Guanajuato? preguntó Cárlos.

—Sí, hijo mio; pero existen otros establecimientos particulares.

—¿Y hay tambien muchas escuelas, papá? preguntó Luis.

—La instruccion primaria está perfectamente atendida, contestó Don Juan; ademas de la escuela normal existen una multitud de escuelas primarias sostenidas por los fondos públicos. Entre las sociedades protectoras de la instruccion, me complazco en mencionar la benemérita sociedad de enseñanza gratuita fundada por el Señor Don Anatolio Galvan.

—¿Este es el palacio del gobierno, papá?

—Sí, hijo mio.

—No era posible que en el quebrado terreno de Guanajuato hubiera podido construirse un edificio tan vasto como el palacio nacional de México. Pero aunque sea este un palacio en miniatura va á admirarte el lujo y elegancia de sus habitaciones.

Inmediatamente conducidos por el ujier penetraron al espacioso salon del gobernador.

—¡Qué preciosas lámparas! ¡qué espejos tan grandes! ¡qué alfombra tan bonita! ¡qué ajuar tan lujoso! exclamó Luis.

—Mejor hubiera sido emplear tanto dinero, aquí gastado, en el sostenimiento de nuevas escuelas; dijo Don Juan, gravemente.

—No, papá; ¡si todo esto es muy bonito!

—Mas bonita es la ilustracion del pueblo.

Luis no replicó.

—¿Qué retratos son esos, papá? preguntó Cárlos.

—Los de los gobernadores que ha habido en el Estado, contestó Don Juan. El primer gobernador fué el Señor Lic. Don Cárlos Montesdeoca.

Despues de haber recorrido el palacio Don Juan y los niños, se dirijieron al hotel de los baños.

Ascendieron con trabajo por estrechas calles y llegaron frente á un extenso edificio.

—Vais á ver un magnífico establecimiento de baños, tan elegante como los mejores de México, dijo Don Juan.

—¿Y de dónde viene el agua, papá? preguntó Cárlos.

—De una gran presa, construida á poca distancia de la poblacion.

—Yo quiero verla, exclamó Luis.

—Mañana iremos, hijo mio, porque hoy es tarde ya, y tenemos que visitar el célebre castillo de Granaditas.

—Tienes razon, papá; dijo Cárlos, estos baños son magníficos.

—Yo estoy muy fatigada, exclamó Adelina.

—Con razon, si hemos subido ya quinientos escalones, dijo Luis.

Atravesaron un corredor y llegaron al fin al pequeño Jardin de Rocha.

El jardin está en el último piso; es un fragante canastillo de flores, oculto entre las aberturas de las rocas.

Del jardin, sin bajar escaleras, salieron á la calle.

La sorpresa de Luis no podia ser mayor.

—Vamos á ver el castillo, dijo Don Juan.

El castillo ó alhóndiga de Granaditas, está situado en la cuesta de su nombre y fué construido el año de 1783 por el intendente Don Juan de Riaño, célebre en nuestra guerra de independencia. En vez de una descripcion en prosa, de este edificio, pondremos aquí un romance nuestro, que dá una idea del episodio histórico de 1810. Hélo aquí:

Trémula, inquieta, asorada,
Como ave que espanta el trueno,

La opulenta Guanajato
Despertaba de su sueño:
Todo era alarma y rumores,
Y confuso movimiento;
Repicaban las campanas,
Sonaba el clarin guerrero;
Por todas partes corrian
Los soldados europeos,
Y eran las angostas calles
Bulliciosos campamentos.
En las torres elevadas
De los magníficos templos,
Las banderas españolas
Se agitaban con el viento;
Y á poca distancia, altivo
Como si fuera un recuerdo
De las épocas feudales;
A la luz de un sol espléndido,
El fuerte de Granaditas,
Dominador y altanero,
Viendo estrellarse en sus muros
Las tempestades del tiempo,
De anchas trincheras ceñido
Y de soldados cubierto;
Guarnecido de cañones

Y coronado de hierro,
Sobre un pedestal de rocas,
Inespugnable y soberbio,
Se alzaba, como un coloso,
Su frente elevando al cielo.
Ya el ejército de Hidalgo,
El horizonte cubriendo,
Imponente por su audacia
Y por su número inmenso;
Irresistible y ruidoso
Descendia por los cerros,
Como un caudaloso rio
Que se despeña violento.
Cantos de guerra y de muerte,
Entre un pavoroso estruendo,
Por donde quier resonaban,
Repetidos por los ecos.
Tronó el cañon; anchas nubes
De un humo pálido y denso
Por la atmósfera cruzaron:
Los montes se conmovieron
Al ver el fulgor rojizo,
Cual relámpago sangriento,
Y al escuchar de las balas
El raudo silbar horrendo.

Los valientes sitiadores
Un punto se estremecieron,
Como las ramas que azota
El huracan en su vuelo;
Y cual herido leopardo,
Que mira á sus hijos muertos
Se lanzaron al castillo,
Con mas ardiente denuedo.
Poderoso respondia,
En medio al marcial estrépito,
A la voz de ¡Viva España!
El grito de ¡Viva México!
Creció el espanto, y horrible
Nuncio de muerte funesto,
Del cañon el estallido
Volvió á escucharse de nuevo
Luchaban los insurgentes,
Sin desmayar un momento;
Seis veces se aproximaron
Y seis rechazados fueron.
Hidalgo entónces, terrible,
Gritó con sonoro acento:
"Pípila, ven; necesita
La patria de tus esfuerzos".
A su voz, lleno de harapos,

Alzóse un hombre del pueblo;
De gigantesca estatura,
De altivo y feroz aspecto.
Tomó en sus nervudos brazos
Una ancha piedra, y ligero
Apoyándola en su espalda,
Cruzó la calle sereno.
Tomó una encendida tea,
Y sublime como el génio
De la muerte y la venganza,
Siguió avanzando resuelto:
En rededor escuchaba
Espantosos juramentos,
Imprecaciones, blasfemias
Y gemidos lastimeros.
Las balas silbar oia;
Y rozaba sus cabellos
El humo de las granadas,
Como un huracan ardiendo.
Con el choque repetido
De proyectiles certeros,
Su escudo tosco y estraño
Voló al fin, pedazos hecho.
Llegó á la puerta, detúvose,
Y la antorcha sacudiendo,

La aproximó á la madera.
Las llamas en el momento,
Cual serpientes retorcidas
Se derramaron crujiendo:
Reinaba en aquel instante
Un angustioso silencio.
Animado entónces Pípila,
Un grito lanzó tremendo;
Y el peligro despreciando,
Entró al castillo el primero.
En el pórtico, agitándose
De enojo y de rabia ciego,
Destrozado por las armas
De los contrarios guerreros,
Su pié apoyado en cadáveres,
Desnudo el valiente pecho,
Roto y quemado el vestido,
Los brazos de heridas llenos,
El corazon palpitante,
Los ojos lanzando fuego,
Los cabellos esparcidos
Agitados por el viento;
Con la tea en una mano
Y en la otra el agudo acero,
Sublime en su patriotismo,

Terrible en su odio y siniestro,
Reflejándose las llamas
Sobre su rostro sangriento,
Luchaba como un gigante
Entre el horror del incendio.

Despues de haber recorrido el histórico castillo de Granaditas, donde hoy está establecida la cárcel de la ciudad, nuestros viajeros se dirigieron á su alojamiento.

Al dia siguiente fueron á ver algunas haciendas de beneficio. Luis contemplaba con admiracion el movimiento de las grandes piedras que pulverizan los minerales, y no podia creer que aquel fango hacinado en el patio era plata.

En la casa de moneda fué muy grande la alegría de Cárlos, y no se cansaba de examinar las poderosas máquinas que sirven para la acuñacion de la moneda. En un momento las barras de plata se convertian en pesos hermosos y relucientes.

Salieron de la casa de moneda y comenzaron á recorrer las escuelas municipales. Los establecimientos de instruccion primaria están en Guanajuato perfectamente atendidos, y me atrevo á asegurar que pueden servir de modelo á los demas Estados de la República.

En la tarde toda la familia fué á reconocer el paseo de la presa.

—¡Qué paisaje tan hermoso! ¡qué sitio tan pintoresco! exclamó Cárlos.

—Este grande estanque que surte de agua á la poblacion, es la Presa de la Olla, dijo Don Juan. Este valle, aunque estrecho, es verdaderamente delicioso. Esa gigantesca montaña coronada de rocas colosales y que se eleva á la derecha, es la Bufa; á la izquierda está el cerro de Sirena. Las estendidas y frondosas arboledas que en todas direcciones brindan sombra y frescura, al pié de rocas áridas y desnudas, dan á este sitio un aspecto indefinible de belleza y melancolía.

—Mira, papá, exclamó Cárlos, qué hermosas casitas rústicas aquellas que se descubren entre los árboles.

—Los capitalistas de Guanajuato han construido aquí magníficas habitaciones de recreo que podrian ostentarse en las inmediaciones de la Capital de la República.

—Cada año hay aquí un famoso paseo; dijo Doña Luisa.

—Sí, contestó Don Juan; en el mes de Julio y Agosto, se abren las compuertas de la presa para

limpiarla y con este motivo hay una gran fiesta. Los cerros que rodean el valle se cubren de chozas y de tiendas de campaña, y una multitud inmensa se agita en todas direcciones. Por todas partes se oyen ese dia músicas y se ven alegres bailes populares.

—Vamos á ver los loseros, papá, dijo Cárlos.

—Está bien, te acompañaré, contestó D. Juan.

Los loseros son unas grandes grutas, que se han formado, al sacar de las montañas las losas que sirven para la construccion de los edificios. El losero que vió Cárlos, tenia cuatro extensos salones, cuyas bóvedas estaban sostenidas por columnas elevadas. En el fondo del último salon, habia un lago de agua turbia é intensamente fria. Cárlos escribió su nombre en una de las paredes de la gruta para no privar á la posteridad del recuerdo de esta memorable excursion.

Cuando Don Juan y Cárlos descendieron al valle donde está la presa, comenzaba á oscurecer y la vaga luz del crepúsculo daba al paisaje un tinte verdaderamente indescriptible.

—¡Cómo me recuerdan esta hora y este sitio al malogrado Juan Valle, al pobre ciego, al tierno y sublime poeta de Guanajuato! exclamó Don Juan.

—¿Por qué te acuerdas de ese ciego, papá?

—Porque le conocí y le profesé un inmenso cariño, y porque aquí compuso una de sus mas lindas é inspiradas poesías. Hé aquí como describe este paisaje:

Silencio, soledad, melancolía
Reinan doquier, tan solo la campana,
La oracion dando en la ciudad lejana,
Anuncia de la tarde la agonía.
Se extienden en redor fajas de montes
Que se van elevando allá á lo lejos,
Y del dia espirante los reflejos,
Limitan los distantes horizontes.
Rústicas chozas en su falda humean,
Y el humo sube en blancas espirales,
Y al través de sus ondas desiguales
Los juegos de la luz entre-clarean.
Brilla en distintas partes de los cerros
El fuego del hogar de los pastores,
Mientras de las cabañas guardadores
A lo léjos ladrar se oye á los perros.
Abajo el ancha presa está tendida,
Y el azul de los cielos reproduce;
Inmensa concha que se ostenta y luce

En su marco de peñas embutida.
Con nubes que le cercan, sonrosadas,
Parte su última luz el sol poniente,
Cual padre que al morir, lánguidamente
Entre sus hijas parte sus miradas.
La luna en tanto tras la opuesta loma,
Melancólica y dulce va saliendo;
Así, cuando el placer se va perdiendo,
Por lado opuesto la esperanza asoma.
Y de la presa en el espejo blando,
Sus rayos luna y sol al par retratan,
Y en el agua se mezclan y dilatan
Su reflejo en cada ola transformando.

....

....

—¡Qué lindos versos! exclamó Doña Luisa.

—A mí tambien me agradan mucho, mamá, dijo Adelina.

—Se conoce que tienes buen gusto, contestó la madre.

Juan Valle, uno de los mas tiernos é inspirados poetas mexicanos, nació en Guanajuato en 1839. Cuando tenia tres años perdió la vista, á consecuencia de una dolorosa enfermedad, y desde en-

tónces el infortunio fué su constante compañero. Desde muy niño manifestó su aficion á la poesía, y á la edad de quince años, saludó al poeta español Zorrilla, en versos magníficos que le conquistaron una envidiable reputacion literaria y llenaron de admiracion y de entusiasmo á todos los amantes de lo grande y de lo bello.

Desde esa época, sus composiciones se publicaron en los periódicos nacionales y extranjeros, con justos elogios. Jóven, ardiente y generoso, Juan Valle se filió en el partido progresista y sus ideas atrajeron sobre él el rencor implacable y la persecucion despiadada de los satélites de la tiranía. El pobre é inofensivo ciego, cuyo crímen era exhalar en dulcísimos himnos el sentimiento de amor á la libertad, que atesoraba su corazon, fué conducido á la cárcel y confundido con los mas infames criminales. Habiendo salido de la prision, comió durante mucho tiempo, el pan amargo de la miseria y de la proscripcion. El 31 de Diciembre de 1864 falleció en Guadalajara, pobre y abandonado. Una parte de las producciones de Juan Valle fué coleccionada en un grueso volúmen que se imprimió en México, en la casa de Cumplido; sus demás poesías permanecen inéditas. Las composiciones de Juan

Valle se hacen notar por su correccion, por su ternura y por el dulce y melancólico sentimiento que era natural al desventurado ciego. Sus composiciones patrióticas son elevadas y robustas, y están llenas de brillantes imágenes, aunque á veces las desluce un estudiado amaneramiento. El nombre de Juan Valle figura dignamente, entre los de los poetas mas ilustres de la América. El autor de este humilde libro, se complace en consagrar á su memoria este cariñoso recuerdo.

CAPITULO X.

Silao.—Leon.—El hospital.—El Teatro.—El Coecillo.—Los Gómez.—Los Castillos.—La cañada de los Ochoas.—Separacion.

En la noche, nuestros viajeros recorrieron por última vez la pintoresca ciudad, que á la luz de la luna presentaba un aspecto verdaderamente encantador. Al pasar por la plazuela del baratillo, Don Juan notó que un hombre sospechoso los seguia.

—Es el mismo de Celaya, papá; exclamó Cárlos. Don Juan, alarmado, llamó á un agente de policía. Desgraciadamente, cuando el representante de la autoridad acudió, el embozado habia desaparecido por las tortuosas callejuelas de la subida de Robles.

Don Juan no quiso dar cuenta á Doña Luisa de este desagradable incidente.

Cárlos tambien guardó silencio, por recomendacion de su padre; pero estaba tan inquieto que no pudo dormir.

Al dia siguiente, á las seis de la mañana, se pusieron en camino.

A las nueve y quince minutos llegaron á Silao.

Silao de la Victoria, ciudad cabecera del Distrito y municipalidad de su nombre, en el Estado de Guanajuato, está situada en una llanura poco fértil que se extiende próxima á la falda del cerro del Cubilete, á los 20° 43' de latitud N. y á los 2° 40' de longitud O. del meridiano de México. Dista de la capital del Estado, cinco leguas, y nueve de la ciudad de Leon. La poblacion de Silao se calcula en 14,000 habitantes.

—Por qué tiene el nombre de Silao esta ciudad, papá? preguntó Cárlos.

Porque en la llanura donde está situada abunda, la planta llamada *silao*, de la familia de los umbelíferos.

—¿En qué época fué fundada la poblacion?

—No se sabe á punto fijo; pero es probable que haya sido hácia el año de 1553, en cuyo tiempo se avecindaron en la llanura siete familias de españoles y algunas de otomites, conducidas por Don Francisco Cervantes Rendon.

—¿Cuántos templos hay aquí, papá? preguntó Adelina.

—Siete, contestó Don Juan: La parroquia, el Señor de la Vera-Cruz, El Tercer órden de San Nicolas, Jesus, la Casa de Ejercicios, el templo de las Hermanas y el del Señor de la Buena Muerte. En la iglesia de la Vera-Cruz se venera una imágen de Cristo, cuyo orígen se hace remontar á la época en que los moros invadieron á España.

—El comercio de Silao me parece de importancia, dijo Doña Luisa.

—Efectivamente, hay algunos establecimientos mercantiles, en los cuales se nota alguna animacion y movimiento.

—Yo he visto muchas placitas, dijo Luis.

—Ademas de la plaza principal hay cinco en la ciudad: en la plaza de la Cruz existe un bonito jardin.

En la tarde nuestros viajeros recorrieron la po-

blacion, fueron á conocer el barrio nuevo y terminaron por visitar la extensa huerta de Ribera.

Al dia siguiente salieron para Leon.

Al pasar el pequeño rio, que corre próximo á Silao, Don Juan llamó la atencion de los niños. En este sitio, les dijo, se dió la memorable batalla de 1860 entre las tropas liberales, al mando del general Gonzalez Ortega y las reaccionarias, acaudilladas por D. Miguel Miramon.

—¡Qué árida y qué triste es esta llanura! exclamó Cárlos.

—El mismo aspecto presenta el camino hasta las inmediaciones de Leon.

—¡Cuánto deseo conocer esa ciudad! exclamó Adelina.

Es una de las mas importantes de la República, por su industria, por su agricultura y por el número de sus habitantes. En pocos años ha progresado de una manera verdaderamente asombrosa y yo creo que está llamada á ocupar un lugar distinguido entre las ciudades mas florecientes. Siempre me ha inspirado un grande cariño, tal vez porque la amable hospitalidad que en ella he recibido me ha proporcionado algunos de los dias mas felices de mi vida.

—Ya se descubre á lo lejos, exclamó Cárlos, asomando la cabeza por la portezuela.

—Aquí teneis, dijo Don Juan, uno de los valles mas hermosos de la república; mirad hácia la derecha, aquellas lejanas y magestuosas montañas que se elevan hasta las nubes son las cumbres de la sierra de Comanja, hácia la izquierda se extienden campos fértiles y verdes sembrados, y en el fondo se levanta la ciudad tranquila y risueña. Por todas partes y en todas direcciones se ven frondosas arboledas y huertecillos y jardines que son verdaderos bosques de flores y de verdura. Seria difícil encontrar una ciudad cuyos alrededores fueran mas pintorescos.

—Ya llegamos, papá, dijo Luis.

—Este es el paseo de la Calzada, de que tanto os he hablado, dijo D. Juan.

Cárlos, habiendo contemplado con delicia el hermoso paisaje, escribió en el album:

"Despues de pasar un puente que se levanta sobre el rio de Leon, el carruaje comenzó á correr por un extenso paseo que tiene el nombre de la Calzada. En el centro de ella y en toda su lon-

gitud se eleva un bonito jardin de naranjos y de rosales; á uno y otro lado una doble hilera de frondosos fresnos, dan á este hermoso sitio de recreo, agradable sombra y frescura. A la derecha se ven dos pequeñas quintas, rodeadas de árboles y de flores; á la orilla del paseo, á lo lejos, entre las arboledas, se descubre una pequeña cúpula roja: á la izquierda hay un magnífico edificio en construccion.

—Es la penitenciaría, dijo Don Juan; comenzó á edificarse en 1851, bajo la direccion del inteligente arquitecto Don Lorenzo Hidalga. Desgraciadamente las discordias que durante muchos años nos han agitado, vinieron á paralizar los trabajos de construccion de este edificio.

—¿Cuál es la situacion de Leon, papá? cuéntame su historia, dijo Cárlos.

—Esta hermosa ciudad, eminentemente industriosa, cabecera del Distrito, y capital del obispado de su nombre, la segunda en importancia en el país, por su poblacion, está situada en la márgen derecha del rio de Señora, á los 2° 71′ de longitud y 21° 4′ 38″ de latitud, 99 y media leguas distante de México y á 14 leguas al O. de la capital

del Estado; en el fondo de un extenso y pintoresco valle que Pedro Almindez de Chirinos y otros conquistadores llamaron "Valle de Señora," el cual forma la extremidad occidental de la gran llanura, donde vivian y fueron vencidos los pueblos errantes y cazadores que los historiadores designan con los nombres de chichimecas, y estaban formados por tribus de indios Pames, Capuces, Samues y Guachichiles.

Fué fundada el dia 20 de Enero de 1576, cincuenta años despues de la toma de la ciudad de México por los españoles, y á los veintidos de establecido el real de Santa Fé de Guanajuato, siendo virey de la Nueva España, Don Martin Enriquez de Almanza. El decreto de fundaçion fué expedido en 1575, y se encargó su cumplimiento á Don Juan de Orozco, alcalde de corte, en aquella época. Yo he visto una copia del acta de la primera sesion celebrada por el primer ayuntamiento de la villa. Este curioso documento fué publicado, hace algunos años, en el periódico "El Estado del Centro" de esta ciudad, y en la "Revista Universal" de México.

Luego que el decreto fué publicado, se avencindaron en el valle algunas familias de españoles;

se reunió á los indios en congregacion; se comenzó á construir el templo llamado hoy de la Soledad: se edificaron algunas casas, y se declaró erigida la nueva poblacion. El rey le concedió desde entonces el título de Villa y le dió un escudo de armas y privilegios; pero á pesar de su nobleza y de sus prerogativas, permaneció largos años en el estado de una pobre aldea, contando apenas cuatro ó cinco mil habitantes.

En los últimos años del siglo pasado y en los primeros del presente, comenzó á ser ya notable el aumento de la poblacion: en la época en que escribió Alcedo su célebre Diccionario Geográfico, se habia aumentado considerablemente el número de familias avencindadas en la villa, y en 1810 la poblacion ascendia á mas de diez y ocho mil habitantes. En 1818, segun unos apuntes formados por un antiguo y laborioso vecino de Leon, la poblacion podia calcularse en mas de treinta mil habitantes. Consumada la independencia, el progreso fué cada vez mas rápido, y segun los datos recogidos por el benéfico é infatigable cura Don Ignacio Aguado, en 1851 contaba ya ochenta mil habitantes.

El ayuntamiento ha pretendido formar varias

veces el censo exacto de la poblacion; pero por diversas circunstancias, que seria largo enumerar, los padrones han quedado siempre muy imperfectos, y el resultado ha sido en lo general poco satisfactorio. Puede calcularse, sin embargo, aproximadamente el número de habitantes que la ciudad contiene, en poco mas de cien mil, teniendo por base para este cálculo, el asombroso aumento de poblacion que se ha notado en estos últimos veinte años, y los datos que arrojan los padrones formados en 1864 y 1869.

Leon se enorgullece justamente de haber sido la cuna del general Don Ignacio Aldama, compañero de Hidalgo, en su gloriosa empresa, y uno de los mas ilustrados caudillos de la indepencia. Por esta circunstancia, al elevarla al rango de ciudad, la honorable legislatura del Estado, en Julio de 1830, le dió el nombre de Leon de los Aldamas, conque es hoy generalmente conocida.

El clima de Leon es salubre y agradable, poco sensible el invierno y excesivo el calor en el verano. En algunos años, en el mes de Mayo, ha llegado á marcar en la sombra el termómetro centígrado, hasta 30° y 31°.

La planta de la ciudad es irregular: está dividida en diez y seis cuarteles mayores y cada uno de estos en dos menores. Tiene quinientas diez calles, casi todas anchas y rectas, orientadas en la direccion de los puntos cardinales; empedradas las céntricas y con enlosados en ambos lados, y algunas hermoseadas con una doble línea de naranjos. El número de casas que hay en la ciudad, se calcula en poco menos de siete mil, y su valor en cerca de tres millones de pesos.

—En ninguna de las poblaciones que hemos recorrido he visto nna alameda que tenga esta forma, exclamó Adelina en el momento en que el carruaje salia de la calzada.

—Es cierto, dijo Doña Luisa, y esta circunstancia hace tal vez que me parezca mas agradable.

—¿Qué calle es esta, papá?

—Es la calle real de Guanajuato. En el sitio que hoy ocupan esas tocinerías, estaba antes el meson de Animas, célebre en la guerra de independencia.

—Allá está la plaza, papá.

—Las casas son de un solo piso, en lo general;

pero hay algunas que no presentan un aspecto desagradable, escribió Cárlos.

—¡Qué bonita plaza! exclamó Adelina.

—Es la Plaza de la Constitucion, la mas grande de la ciudad.

El carruaje en ese momento, despues de haber atravesado la plaza, de Norte á Sur, siguió por una pequeña calle, dió vuelta á la derecha y se detuvo frente al hotel de las diligencias.

Nuestros viajeros tomaron posesion de su alojamiento y se dirijieron al comedor, donde con excelente apetito, hicieron los honores á un magnífico almuerzo.

En seguida, Don Juan, acompañado de Cárlos y Luis comenzó á rrecorrer la ciudad.

La plaza de la Constitucion es un extenso paralelógramo rectangular, adornado en tres de sus lados por galerías cubiertas, en donde están situados los principales establecimientos mercantiles. En el lado que vé al Oriente, se levanta la antigua parroquia, templo pequeño, coronado por una torre; junto á la parroquia está el colegio seminario, y la escuela de artes y oficios y en seguida se eleva la nueva casa municipal, dominando la pla-

za y hermoseándola. En este vasto edificio, construido en 1869 están reunidas todas las oficinas públicas: en primer término, á la izquierda está la aduana, en frente la administracion de correos, contigua á ésta, la tesorería municipal; y el espacio del primer piso que se extiende á uno y á otro lado, está ocupado por los juzgados populares. En el fondo del extenso patio una elegante escalera conduce á las habitaciones superiores. En el segundo piso están situados los juzgados de primera instancia, los oficios públicos, el registro civil, y la secretaría y el salon de sesiones del ayuntamiento.

A Cárlos le agradó mucho este salon que recibe luz por tres grandes arcos que ven hácia á la plaza; Luis patinó sobre las alfombras, haciendo reir al secretario de la corporacion que los acompañaba, se vió repetidas veces en los grandes espejos y se sentó muy grave en el sillon del presidente, llamando al órden y tocando la campanilla.

Desde uno de los balcones, Don Juan y Cárlos estuvieron contemplando el hermoso y bien cultivado jardin de la plaza, que está resguardado por un elegante balaustrado de hierro, redeado de an-

chos enlosados y sombreado por una doble hilera de fresnos y de naranjos.

—En las calurosas noches del verano, dijo Don Juan, este paseo es uno de los mas agradables de la ciudad.

—¡Cuántos faroles, exclamó Luis!

—Puedo asegurar, dijo Don Juan, que este jardin está mejor alumbrado que el de México.

Enfrente, medio oculto entre los árboles, veo un edificio muy bonito, dijo Cárlos.

—Es la casa del Sr. Portillo, una de las mejores de la ciudad.

Despues de haber recorrido la casa municipal, nuestros amigos se dirijieron á la plaza de Hidalgo, donde está el mercado principal.

—¿Cuántas plazas hay en Leon? preguntó Luis.

—Seis, hijo mio, y cuatro plazuelas, contestó Don Juan.

El mercado de Hidalgo, situado en la plaza de su nombre, es pequeño pero elegante, tiene cuatro grandes portadas con los nombres de los héroes de la independencia, y está formado por galerías cubiertas, sostenidas por columnas del órden toscano. Este mercado se comenzó á construir en

1866, á expensas de los Sres. Portillo y Peña, y fué concluido por el Ayuntamiento, en los primeros meses del año de 1868.

—Ahí veo un edificio notable, dijo Cárlos.

—Es el antiguo hotel de las Delicias.

—¿Cuántos mercados hay en Leon, papá?

—Tres: el de Hidalgo, que acabamos de ver, el de Santiago y el de la Soledad.

—¿Cuáles son los templos principales? preguntó Cárlos.

—La Catedral, la Parroquia, el Tercer Orden, la Soledad, la Compañía Vieja, los Angeles, San Francisco del Barrio, San Nicolás, San Felipe Neri, San Juan de Dios, San Miguel, San Francisco del Coecillo, Santiago, San Juan del Coecillo, Capilla de San Antonio, Oratorio de la Soledad, capilla del Santo Niño, La Paz, capilla del Mezquitito, la Candelaria, Capilla de la Conquista, Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y capilla del Señor de los Pachecos.

—Vamos á ver la Catedral.

—Muy cerca de ella estamos, dijo Don Juan.

Este templo, conocido antes con el nombre de la Compañía Nueva, fué comenzado por los jesui-

tas en 1739 y terminado por el actual obispo de la diócesis que lo erigió en Catedral y lo consagró solemnemente el 16 de Marzo de 1866. Es de una sola nave y tiene la forma de una cruz; su longitud es de ochenta varas, su anchura de diez y seis y media, su elevacion de veinticuatro y de dos y media el espesor de sus muros. La fachada es de muy mál gusto y el átrio no podia ser peor; pero la cúpula, cuya construccion fué dirigida por el arquitecto Don Herculano Ramirez, es airosa y elegante. (1) El interior del templo es bastante agradable: los altares imitan la escuela gótica y son en su mayor parte de una preciosa piedra calcárea, muy semejante al mármol, que existe en la Hacienda de Arriba, propiedad del Sr Ruiz.

Cárlos tomó sus apuntes y en seguida se dirijieron á ver el hospital.

Ocupa este benéfico establecimiento el antiguo edificio conocido por "el diezmo" y el que ocupaba el hospicio. Reedificados ambos, á expensas del obispo y de varios vecinos, presentan hoy todas las comodidades que se necesitan para que los asi-

---

(1) Véase la revista que publicamos en el *Siglo XIX*, correspondiente al 27 de Marzo de 1869.

los consagrados á la humanidad doliente, sean diggos de una poblacion civilizada. Las hermanas de la caridad cuidan de este establecimiento con incomparable celo, y Cárlos admiró el órden y buena administracion, como viajero justo é imparcial.

Invitado Don Juan por varios de sus amigos, fué á ver el magnífico teatro que se está construyendo bajo la direccion del inteligente ingeniero D. José María Noriega. (1)

Cárlos y Luis admiraron con entusiasmo la belleza arquitectónica de este elegante edificio. Está situado en el ángulo que forman dos de las calles mas céntricas, ocupando un espacio de 244 piés de largo por 150 de ancho. El hermoso pórtico que puede contemplarse desde una larga distancia, está sostenido por cuatro esbeltas y elevadas columnas del órden corintio. El vestíbulo es poco espacioso; pero dispuesto y adornado con el mejor gusto. El salon de espectáculos formado por cuatro líneas de palcos tiene 60 piés de largo, 48 en su mayor diámetro y 45 de elevacion. Los palcos son volados, como todos los de los teatros eu-

---

(1) En la actualidad el teatro está terminado y es uno de los mas hermosos de la República.

ropeos modernos y sus dimensiones 8 piés de frente, 8 de altura y 7 de fondo. El palco escénico es muy extenso y presenta todas las comodidades que puedan apetecerse para el juego de una complicada maquinaria. En el fondo, y á ambos lados del escenario hay diez y seis gabinetes para los actores. Sobre el vestíbulo existe un hermoso salon de desahogo, al estilo francés. Contiguo al teatro se levanta un hotel, pequeño pero elegante. El teatro de Leon puede contener perfectamente mas de dos mil espectadores.

Despues de haber visto el teatro y la bonita casita donde está la segunda escuela municipal de niñas, nuestros viajeros regresaron á su alojamiento.

Al caer la tarde, cuando Don Juan acabó de arreglar algunos negocios mercantiles, se dirijieron al fértil y poético barrio del Coecillo.

Despues de haber pasado el puente de Santiago y de haber recorrido algunas de las calles principales, Cárlos exclamó:

—Parece el Coecillo una poblacion independiente: tiene plazas, templos, escuelas, mercados etc.

—Antiguamente, dijo Don Juan, era un peque-

ño pueblo; pero la ciudad de Leon se ha extendido mucho por este rumbo y hoy el Coecillo es uno de sus barrios, el mas fértil y el mas agradable.

—¿Y por qué tiene el nombre de Coecillo? papá.

—Porque en este sitio existen muchos montecillos artificiales, que eran monumentos fúnebres de los chichimecas.

—¿Pues qué quiere decir *coecillo?*

—Creo que tumba ó sepulcro, contestó D. Juan.

A las seis de la mañana del siguiente dia fueron á ver el paseo de los Gómez, que es el mas concurrido en la estacion de las lluvias. Al salir de la ciudad, á la derecha del camino que conduce á este pintoresco sitio, se eleva el peñascoso Cerro Gordo, á la izquierda serpentea entre los sembrados de maíz el rio Turbio, poco caudaloso al pasar por Leon, y en el fondo, á lo léjos, se descubren casas rústicas medio ocultas entre espesísimos bosques de mezquites. Despues de haber descansado un momento, en la casa de los Gómez, nuestros viajeros atravesaron el rio, frente á la pequeña presa y siguieron el camino que conduce á los Castillos. Al otro lado del rio, el paisaje cambia enteramente: en todas direcciones se descubren

pequeños caseríos, y los campos cultivados están bordados por líneas de verdes y frondosos saúces. Despues de haber caminado mas de una legua volvió á presentarse el rio al paso de los viajeros. Desde ese punto comenzaron á ascender por el declive de la pedregosa colina, en cuyo centro se eleva el pequeño caserío de los Castillos. Dominando la poblacion se destaca una casita blanca, donde se reflejan los rayos del sol: es la escuela. Al llegar Don Juan, el maestro, que es un campesino rudo, pero inteligente, honrado y afectuoso, daba á sus educandos lecciones de escritura. Mucho sorprendió á Cárlos ver las magníficas letras que habian formado aquellas manos endurecidas por las faenas campestres.

En la casa del profesor de primeras letras, almorzaron frugalmente, pero con buen apetito, y despues se dirigieron á la cañada de los Ochoas.

—Vamos á ver, dijo D. Juan, un hermosísimo paisaje. Recuerdo que en los bellos dias de mi juventud me complacia en vagar por estas gratas soledades, entretenido con varios pensamientos y acariciado por dulces esperanzas.

—¿Cómo se llama este sitio, papá?

—La cañada de los Ochoas.

Nuestros viajeros descendieron del carruaje y comenzaron á andar por una angosta vereda que se extiende en la falda de la montaña, siguiendo las sinuosidades del terreno. Espesos matorrales ocultan las rocas y en el fondo de la cañada corre rumoroso en sus lechos de menudas piedras, un riachuelo. Despues de haber caminado un cuarto de hora, Don Juan hizo notar á los niños que desde ese punto la cañada comenzaba á formar una espiral, torciéndose caprichosa en diversas direcciones. Rocas colosales cortadas perpendicularmente y que parecen hendidas por el rayo, se levantan altivas dominando los bosquecillos de plantas silvestres.

—Ya estoy fatigado, papá, dijo Cárlos.

—Nos volveremos; pero todavía nos falta ver el sitio mas pintoresco: la cañada se extiende por espacio de muchas leguas.

Al regresar, Cárlos formó sus apuntes.

A las cinco y tres cuartos llegaron á Leon.

Doña Luisa salió á encontrar á Don Juan, conmovida y trémula:

—¿Por qué lloras, que es lo que pasa?

—Acabo de recibir una carta de Guadalajara

en que me dicen que mi madre está gravemente enferma.

—Pues es preciso que te pongas en camino mañana mismo.

—¿Qué, no me acompañas?

—Me es imposible: un negocio urgente me llama á otra parte.

—Al otro dia, á las nueve de la mañana Doña Luisa partió en la diligencia para la capital de Jalisco, acompañada de Adelina y Luis.

Don Juan y Cárlos permanecieron ese dia en Leon y á la mañana siguiente salieron para San Luis Potosí.

Al llegar á aquella capital, recibieron una carta de Doña Luisa, que llena de angustia, les participaba que el pequeño Luis habia desaparecido.

Don Juan temia que el desgraciado niño hubiera sido plajiado.

Afortunadamente sus temores no eran fundados.

Por nuestro amigo Cárlos hemos sabido que Luis volvió al desolado hogar paterno, quince dias despues, sin que nadie hubiera pedido por él rescate alguno. ¿Cuál es pues la explicacion de este inesperado acontecimiento? ¿Cuál fué la causa de

esa repentina desaparicion? ¿Dónde estuvo Luis? Nada sabemos.

Cárlos y Adelina nos han ofrecido mandarnos sus memorias de viaje; creemos que la relacion de sus infantiles excursiones será grata á nuestros lectores y nos proponemos publicarlas en nuestra biblioteca bajo el título de AVENTURAS DE TRES NIÑOS.

Ojalá que nuestros humildes trabajos sean de alguna utilidad á la infancia mexicana á quien consagramos nuestras mas tiernas y cariñosas afecciones.

FIN DEL VIAJERO.

INDICE.

Páginas.

PLANILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.